

BIBLIOTECA ARTIGAS

COLECCIÓN de CLÁSICOS URUGUAYOS

VOLUMEN 178

JOSÉ PEDRO DÍAZ

LOS FUEGOS DE SAN TELMO

MONTEVIDEO

2008

**LOS FUEGOS DE
SAN TELMO**



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISIÓN EDITORA

ING. MARÍA SIMÓN

Ministra de Educación y Cultura

LIC. ALICIA CASAS DE BARRÁN

Directora del Archivo General de la Nación

DR. TOMÁS DE MATTOS

Director de la Biblioteca Nacional

DR. LUIS AUGUSTO RODRÍGUEZ DÍAZ

Director del Museo Histórico Nacional



COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

DR. WILFREDO PENCO

Director Honorario

Vol. 178

JOSÉ PEDRO DÍAZ

LOS FUEGOS DE SAN TELMO

Cuidado de la edición: LEONORO DELGADO

JOSÉ PEDRO DÍAZ

**LOS FUEGOS DE
SAN TELMO**

Prólogo de
JEAN-PHILIPPE BARNABÉ

MONTEVIDEO
2008

PRÓLOGO

El camino de la escritura

En 1964, cuando publicó *Los fuegos de San Telmo*, José Pedro Díaz tenía cuarenta y tres años. Hasta ese momento, su trayectoria de escritor había sido relativamente escueta. A decir verdad, era ante todo un profesor, oficio en el que había hecho sus primeros pasos en la década del cuarenta, al ingresar a la enseñanza secundaria. Desde allí llegó luego al Instituto de Profesores Artigas y finalmente, en 1956, a la Facultad de Humanidades, en la que ocupó la Cátedra de Literatura Francesa que habría de conservar durante casi todo el resto de su vida, si se exceptúa el período en que fue destituido por la dictadura, entre 1973 y 1985. De esta sostenida práctica docente y de la labor de investigación asociada a ella derivaron sucesivos trabajos de crítica literaria. Los hitos mayores fueron su importante monografía sobre Bécquer, que circuló internacionalmente gracias a una reedición española de 1958, un extenso artículo del mismo año sobre la narrativa de Gide, y su voluminoso estudio posterior, desarrollado a partir del caso de Balzac, sobre las relaciones entre novela y sociedad. No pueden olvidarse tampoco sus tempranos ensayos sobre poesía (Herrera y Reissig, Nerval) ni sus diversos textos sobre los dos escritores uruguayos a los que a lo largo de los años se dedicaría con mayor ahínco y constancia, Onetti y Felisberto Hernández, a los

que hizo dialogar reuniéndolos en los volúmenes de *El espectáculo imaginario*.

En 1944, Díaz se había casado con la poeta Amanda Berenguer, y con ella fundó ese mismo año La Galatea, un sello editorial del que salieron con el correr del tiempo varios títulos, que fueron imprimiéndose artesanalmente, con pasión y esmero, en el domicilio de la pareja, gracias a una antigua máquina que aún se conserva y que es hoy un objeto de alto valor testimonial. Toda esta actividad literaria y editorial se insertó en el contexto de lo que dio en llamarse "la generación del 45", un nutrido grupo de poetas, narradores y ensayistas que marcaron la historia de las letras uruguayas del siglo XX, y que en su mayoría mantuvieron con José Pedro Díaz y su esposa fecundas relaciones intelectuales, y en muchos casos, fuertes vínculos de amistad.

Antes de cumplir veinte años, Díaz se abrió camino en la creación literaria con dos pequeños cuadernos de poesía a los que tituló *Canto pleno*, y que se sucedieron entre 1939 (el mismo año de *El pozo*, y en su misma imprenta) y 1940. En 1941 publicó *El abanico rosa*, un primer relato breve y de factura bastante convencional, pero dejó transcurrir un lapso prolongado antes de volver a probar fortuna en este terreno con un esfuerzo ya más ambicioso, *El habitante* (1949), una curiosa historia de amor imposible entre dos seres situados en planos diferentes, que hace pensar en *La invención de Morel* (1940), aunque con una inversión de la fantástica situación imaginada por Bioy Casares puesto que

en el relato de Díaz la criatura fantasmal no es la mujer amada, sino el propio narrador. Otro intervalo separó *El habitante del Tratado de la llama*, que salió en 1957 de las prensas de La Galatea, y que incursionaba en un nuevo registro genérico, el de una original prosa poética de carácter abstracto, y ribetes casi metafísicos. Estas páginas condujeron a los *Ejercicios antropológicos* de 1960, un conjunto de hermosos fragmentos en los que un mínimo esquema narrativo se amolda a un discurso de apariencia enciclopédica, abriendo la posibilidad de diversas lecturas alegóricas, de gran sugestión poética.

Hasta ese momento pues, el camino había sido indeciso y entrecortado, y muy poca cosa, al menos en los dos intentos narrativos que había comportado; permitía vislumbrar el paso siguiente, que sería el de *Los fuegos de San Telmo*. En *El abanico rosa*, es cierto, se apuntaba en una acotación lateral que la anciana protagonista era oriunda de un remoto pueblito a orillas del Cantábrico, en el que pensaba con secreta nostalgia en sus últimos días. Algo más parecía perfilarse en *El habitante*, para empezar en la dedicatoria a "Doménico D'Onofrio fu Emmanuele", el futuro centro focal de la novela, y luego en la situación de las andanzas del narrador en un solitario balneario, frente a un mar omnipresente que proyecta su fascinante misterio sobre los dos personajes —algo en lo que Díaz también parecía hacerse eco, a sabiendas o no, de un relato anterior, *El habitante y su esperanza*, de Pablo Neruda (1926).

Al llegar a la década del sesenta, sin embargo, el impulso narrativo parecía haberse detenido, o estar prematuramente agotado. "Podría acaso —acaso desearía— escribir una historia: contar hechos, describir paisajes [...] Pero temo no saber contar", había confesado en el *Tratado de la llama*, para justificar la elección de su tema y la forma de su tratamiento. ¿Cómo puede entonces explicarse la superación del temor, y el surgimiento del relato de 1964? La respuesta a esta pregunta se encuentra en *La claraboya y los relojes*, un magnífico y conmovedor texto que apareció en 2001, que sería a la postre la última publicación de José Pedro Díaz antes de su fallecimiento, unos años después. El libro, que complementa, prolonga e ilumina *Los fuegos...*, se compone de una serie de viñetas de inspiración autobiográfica sobre los años de infancia, entremezcladas con reflexiones acerca de la finalidad y las dificultades de la escritura. Las viñetas se hilvanan en torno al recuerdo de dos antiguas casonas familiares y de los seres queridos (entre los cuales se encuentra el tío Doménico) que las habitaban, en una tesitura comparable a la de *El jardín de invierno*, que su casi estricto contemporáneo Antonio Larreta había de publicar al año siguiente. Las reflexiones justifican la insistencia en lo autobiográfico estableciendo una distinción entre la "angustia mayor, como de salto en el vacío, que impone la invención" y el esfuerzo, más natural y atractivo para él, por explorar materiales suministrados por la memoria. Si el pasado, en el balance final, constituye "el sostén más profundo

de la escritura", es porque las imágenes que la memoria preserva poseen una fuerza, una profundidad y un misterio cuya elucidación requiere un esfuerzo en nada diferente, en el fondo, del que exige la invención. El renunciamiento a la invención, por lo tanto, no supone una debilidad: "recordar es también acordarse de algo que no sabemos, y es también, por lo tanto, inventar".

Entre memoria e invención

Los contados trabajos críticos que se han ocupado de *Los fuegos de San Telmo*, así como las notas de contrapunta de algunas ediciones señalan que el libro combina elementos genéricos heterogéneos, propios de la autobiografía, de la novela, del diario y hasta de la crónica de viajes. A pesar de su disposición astillada, es decir, de su alternancia —que parece al principio sistemáticamente implementada— con algo en efecto parecido a fragmentos de un diario íntimo, no cabe duda de que el componente autobiográfico impone de inmediato su gravitación. El relato conjunta una serie de recuerdos relacionados con la entrañable figura de un tío abuelo de origen italiano, infaltable acompañante del niño en sus paseos al puerto, y relator de pintorescas anécdotas relativas a sus años mozos en Marina di Camerota, un pequeño pueblo costero de la provincia de Salerno. El otro venero de la memoria es el peregrinaje sentimental al sur de Italia que realiza el narrador muchos años más tarde, procurando encontrar algún rastro de

su tío y conocer por fin los paisajes tantas veces evocados por él. En los dos casos, todo induce a identificar a este narrador con el autor material del libro, respetando así un criterio definitorio ineludible del género autobiográfico. La veracidad de las vivencias del niño está avalada desde distintos ángulos y por textos como *La claraboya y los relojes*; en cuanto al viaje a Italia, las reseñas biográficas confirman que fue llevado a cabo a principios de los años 50, momento en el que Díaz se hallaba radicado en Europa, usufructuando una beca de estudios. Por otra parte, la imagen del narrador, atento lector de Virgilio y de Nerval, según consta en varias oportunidades, es coincidente con la figura del profesor universitario de literatura; y por si fuera necesaria, la confirmación definitiva llega con las palabras del tío Domingo en su lecho de muerte (cap. 18): "Ah, José Pedro, ¿por qué me traes? [...] ¡Deja las inyecciones, José Pedro!".

Ahora bien, es no menos fácilmente perceptible que sobre este inequívoco basamento rememorativo Díaz lleva a cabo un trabajo de escritura y de composición que tiende a desactivar la posibilidad de una lectura en clave simplemente autobiográfica mediante diversas infracciones a los códigos usuales del género. Estas líneas de divergencia, que abren el espacio de lo ficcional, merecen ser examinadas con algún detenimiento.

La primera de ellas va en el sentido de una estilización de los personajes, que pierden en buena medida sus determinaciones concretas, su consistencia referen-

cial. Por cierto la figura del tío abuelo, que imanta el conjunto del relato, se ve nítidamente individualizada desde el principio aunque, es preciso notarlo, el proceso de su nominación se efectúa por etapas, como con cierta reticencia: se trata en un principio simplemente de "él" (cap. 1), luego de "el viejo" (cap. 2), de "tío" (cap. 4), "Tío Domingo" (cap. 7), y sólo finalmente de "Doménico" (cap. 8). Pero así como el narrador es sólo designado, fuera de la única (y tardía) mención de su nombre que se ha visto, como "yo", o "el niño", los demás personajes del entorno familiar se reducen a figuras anónimas, casi abstractas ("el padre", "la madre") o a veces, casi invisibles (éste sería el caso de la esposa del narrador, que contra la verdad "histórica" no desempeña papel alguno en la crónica del viaje al sur de Italia). Coherentemente, lo mismo sucede con las coordenadas geográficas montevidéanas, que se indican de manera rápida e incidental, configurando un telón de fondo apenas insinuado.

En segundo lugar, la estructura general del relato reviste una complejidad poco afín a la linealidad y a la homogeneidad discursiva que suelen imperar en el campo autobiográfico. No se apunta aquí sólo a la fragmentación del texto en capítulos de extensiones dispares (y al comienzo, de imprecisa cronología relativa), o a su división general en tres secciones nítidamente contrastadas en su contenido y en su ritmo narrativo, sino también a la estratificación temporal, igualmente ternaria, sobre la que se funda el conjunto. En un pri-

mer nivel se sitúa el momento de la enunciación, en el que nos instala la frase inicial del libro ("Hace ya muchos meses que esto dura"), y al que se regresa con regularidad a lo largo de la primera parte, en el periódico contrapunto a lo recordado que producen ciertos capítulos enteramente referidos a este "ahora" (1, 3, 5, 11). En la segunda parte, este contrapunto reaparece ocasionalmente cuando se trata de comentar las sucesivas mutaciones del recuerdo:

El mar, que entonces yo veía otra vez desde la altura, luminoso y brillante, resuena ahora en mi memoria, y sin que yo sepa por qué [...] Por eso, mientras pienso ahora en aquel mediodía de verano en que guiaba mi automóvil por las escarpadas costas del Mediterráneo [...] aquel pedazo de mar se me aparece como lo que realmente fue una vez (cap. 16)

o de detenerse un instante en el proceso de la escritura:

Hay otras frases tuyas que también recuerdo. Algunas las leí esta misma tarde, antes de escribir esto. Son cosas que anoté aquellos mismos días, temblando en una libreta. Pero no puedo copiarlas aquí. Estoy escribiendo para él, y porque no puedo dejar de hacerlo. (cap. 18)

A partir de este presente, la retrospectión se proyecta hacia otros dos niveles temporales, que corresponden a las dos instancias del pasado ya señaladas (los primeros años, el viaje a Italia), emplazadas cada una

de ellas ambas a una distancia indefinida del punto de referencia inicial. A cada uno de estos dos niveles está reservado en principio un tramo delimitado del texto: la primera parte por un lado, las dos siguientes por el otro; si bien algunos recuerdos infantiles reaparecen en la segunda sección (caps. 12, 14, 15, 17, 18), y aún en la tercera (cap. 26).

El tercer plano en el que el relato toma opciones que lo alejan de los vectores y de los límites del estilo autobiográfico, y lo conducen hacia la órbita de la ficción, es el del lenguaje narrativo. En esta órbita se inscriben claramente los segmentos dialogados, que adquieren particular importancia en la tercera parte, en donde producen un efecto de realismo "escénico" característico del decurso novelesco, obviamente alejado de la verosimilitud de una simple rememoración. También escapan a la tónica usual de la autobiografía las incursiones en el ámbito de una prosa lírica de cuidado balanceo rítmico, y de rica imaginaria. Un buen ejemplo de ello se encuentra en el párrafo inicial del capítulo 5:

Lo que ahora me rodea le era acaso ajeno: un campo inmenso y liso, tembloroso de balidos, rumoroso de pezuñas mansas, un campo de América en cuya orilla nací. Lo pueblan pequeños animales tiernos: pájaros que hacen su nido con barro amasado en el rocío de la primavera, pequeñas aves temerosas y huidizas que se funden con el color de la tierra y del pasto, largas majadas baladoras y, sobre todo, densas tropas que mugen hacia la noche rodando sobre el hondo rumor de sus pezuñas innumerables.

En el mismo sentido opera, por último, el uso puntual de algunos recursos formales de la literatura moderna, entre los que pueden contarse el desdoblamiento del narrador, que en los capítulos iniciales toma distancia consigo mismo al designarse por medio de la tercera persona ("el niño"), antes de afirmarse en un "yo" más canónico; la deliberada oscilación, en el episodio de la lucha con un perro embravecido (cap. 10), entre pretérito y presente de simultaneidad, con saltos repentinos de uno a otro tiempo; el audaz vaivén entre episodios situados en tiempos y espacios alejados de "El pique", en donde el contrapunto entre presente y pasado se instala en el interior mismo del capítulo (6), mediante la inserción, sin transición ni marca textual alguna, de los fragmentos del recuerdo en distintos puntos de la narración inicial.

Felisberto

Esta reinversión de materiales autobiográficos dentro de un proyecto de ambición novelesca constituye una de las orientaciones creativas más recurrentes, a partir de Proust, en la literatura del siglo XX. En este campo, José Pedro Díaz tuvo a su cercana disposición un antecedente insoslayable, el de Felisberto Hernández, cuyos dos grandes relatos de 1942 y 1943 (*Por los tiempos de Clemente Colling*, *El caballo perdido*) exploraban diferentes modalidades de este pasaje de lo memorial a lo ficcional, y se situaban en un espacio intermedio,

de ambigua definición, entre un proyecto que podía parecer de inspiración simplemente autobiográfica y una singular forma de novela, de acuerdo al término con el que el autor siempre insistió en referirse a estos textos, según lo indica su correspondencia.

Los fuegos de San Telmo se publicó en el mismo año de la desaparición de Felisberto, en una coincidencia de fechas que subraya, más allá del azar, la indiscutible filiación literaria. Otro coincidencia no es menos llamativa: el año siguiente, 1965, es el de la revelación de *Tierras de la memoria*, un tercer relato "novelesco" en el que Felisberto había trabajado, para finalmente abandonarlo, en 1944, y que a diferencia de los dos anteriores había permanecido inédito, fuera de unos pocos fragmentos fugitivamente aparecidos en distintos periódicos. El manuscrito de *Tierras...* fue rescatado del olvido por Díaz, quien lo publicó junto con un importante estudio ("Felisberto Hernández: una conciencia que se rehúsa a la existencia"), el primero de una larga serie de trabajos sobre el autor, que se sucederían luego con regularidad hasta llegar a una suerte de culminación entre 1981 y 1983, con su edición profusamente anotada de las obras completas. La mención, en el capítulo 13 de *Los fuegos...*, de "ese extraño pasado, que compone para mí un *territorio de la memoria*" es una elocuente marca de la concomitancia entre el inicio de esta atenta lectura de Felisberto, originada en la edición de *Tierras...*, y la concepción de la novela propia.

Dejando de lado su común focalización sobre el encantado pero irrecuperable mundo de la infancia, los paralelos que pueden establecerse entre los tres grandes relatos felisbertianos de los años 40 y el texto de Díaz son numerosos. En ambos casos, la proustiana búsqueda de un tiempo perdido y el tránsito por los laberintos de la memoria gobiernan un relato cuya progresión parece insegura, casi improvisada, y que no vacila en exhibir los precarios andamiajes de su composición. En ambos casos, el discurso del narrador parece supeditarse deliberadamente a los cambiantes e impredecibles espectáculos del "teatro del recuerdo", para retomar una de las tantas originales metáforas de *El caballo perdido*:

El alma se acomoda para recordar, como se acomoda el cuerpo en la banqueta de un cine. No puedo pensar si la proyección es nítida, si estoy sentado muy atrás, quiénes son mis vecinos o si alguien me observa. No sé si yo mismo soy el operador; ni siquiera sé si yo vine o alguien me preparó y me trajo para el momento del recuerdo.

Si el operador es desconocido, no hay control posible de la proyección, es decir, del relato, que justifica así su desorganización, y su estructura fragmentada. Lo explica el narrador de *Los fuegos...*, en un pasaje que parece directamente inspirado por la metáfora de Felisberto:

Ahora mismo quiero recordar qué otra cosa ocurrió y no puedo encontrar en mi recuerdo más que imágenes fragmentarias, como trozos de una película destruida de la que

se proyectan repetidamente, en un salón vacío, y para un solo espectador, las pocas imágenes que milagrosamente se salvaron, y cuya secuencia se interrumpe por el luminoso estallido de la pantalla blanca en donde de pronto no ocurre nada, y su luz se refleja en la sala y hace que ese espectador sepa que está solo y sin sueños. (cap. 17)

Y en ambos casos también, el protagonismo del proceso rememorativo hace que la trama de la novela se reduzca a la descripción de un accidentado itinerario interior, cuyo horizonte es el difícil presente del narrador adulto. *El caballo perdido* lo muestra con ejemplar nitidez. Como se sabe, el relato traza una fuerte disyunción, materializada en la edición original de 1943 por una página en blanco, entre la evocación enternecida de las primeras lecciones de piano con la que se abre el libro y la actualidad de un narrador que pronto admite, a partir del brusco quiebre que señala ese blanco, su incapacidad para llevar adelante la rememoración, y se entrega de allí en más a un detenido análisis de los mecanismos del recuerdo, y a una angustiada descripción de sus abismos íntimos. Es más que factible equiparar el atormentado "ahora" de la segunda parte del texto, que culmina en el agitado sueño nocturno del final, con la puntuación de los recuerdos que hace el narrador de *Los fuegos...* desde su reiterado "ahora" —casualmente también asociado, en el capítulo 6, con la noche, y con una noche en la que sus silencios trasuntan una melancolía y un desasosiego quizá más discretos, pero en el fondo no mucho menos intensos que los de ese

"vagón desenganchado de la vida" que es el narrador de *El caballo perdido*.

El mismo "ahora" vuelve a aparecer en *Tierras de la memoria*, cuya estructura articula, como *Los fuegos...* (y como el comienzo de la *Recherche* proustiana), tres momentos distintos. En un primer plano —apenas esbozado— se sitúa el indeterminado presente de la enunciación, desde el que se recuerda un viaje en tren al interior a la edad de veintitrés años, durante el cual había surgido imprevistamente, a su vez, otro recuerdo, el de una intensa jornada vivida nueve años antes en Mendoza. Contrariamente a lo que sucede en *Los fuegos...*, en donde el recuerdo del momento más alejado en el tiempo se concentra en el segmento inicial del texto, el de la jornada mendocina termina en *Tierras...* por absorber prácticamente la totalidad del relato, y la etapa intermedia (el viaje en tren) por reducirse a una mera bisagra narrativa. Pero esta bisagra, así como la etapa intermedia del viaje a Marina di Camerota en *Los fuegos...*, carga con todo el peso de un reconocimiento doloroso y definitivo, explícitamente formulado en una frase capital:

Pero si ahora tengo ganas de decir que empecé a conocer la vida a las nueve de la mañana en un vagón de ferrocarril, es porque aquel día que salía de Montevideo, acompañado por el Mandolín, no sólo volví a reconocer esa angustia, sino que me di cuenta que la tendría conmigo para toda la vida.

Una breve observación completará el recuento de analogías. *El caballo perdido* es un título de clara proyección alegórica. Dentro del texto, este "caballo" no recibe más que una mención fugaz al final de una frase, al parecer sin mayor significación ("...y hasta encontramos un caballo perdido"). No obstante, es indudable que la promoción de este detalle al rango de título atribuye a la "pérdida" un valor metafórico, que se extiende al conjunto de la narración y nombra poéticamente uno de sus núcleos fundamentales. ¿No podría acaso entrelazarse aquí otro punto de convergencia con la novela de Díaz, cuyo título remite a una de las historias contadas al niño por el tío Domingo, un episodio ciertamente colorido pero al que no puede en primera instancia tampoco asignarse una importancia mucho mayor que la de las restantes anécdotas de su juventud? Al pasar a la posición titular, sin embargo, la luminosa protección de estos "fuegos de San Telmo" cobra a su vez un valor simbólico que abarca, como se verá, el relato entero.

"Un viaje a las entrañas"

Un pronunciado hiato temporal y geográfico separa la primera parte del libro de lo que sigue. Los recuerdos del mundo infantil montevideano ceden repentinamente paso a la crónica del viaje en automóvil que a partir de Nápoles, y pasando por Paestum, lleva a cabo el narrador en dirección a Marina di Camerota, años después de la muerte de su tío abuelo. Pero las vicisitu-

des del desplazamiento importan mucho menos que su disposición anímica al acercarse al pueblo. El segundo capítulo de esta sección (13) interrumpe muy pronto la crónica, y constituye uno de los momentos decisivos en la construcción del sentido de la novela.

"Mi recuerdo se confunde con sueños y con mitos": su título señala otra de las vías, menos técnica, y ya alejada de Felisberto, por las que el relato se sustrae en gran medida a la perspectiva individual y a la presunción de excepcionalidad implícitas en lo autobiográfico, otorgándole a la figura de su narrador una dimensión más compartible, y por ello, asimilable a la de un personaje de ficción. Esta universalización, por así decirlo, de la peripecia del sujeto pasa por una superposición de la vida y de la literatura, en la que una y otra se buscan, se responden, se alimentan mutuamente, y finalmente, se "(con)funden":

Por eso, cuando evoco ese extraño pasado [...] siento, fundiéndose en una misma materia, mi historia personal, los pasos de Eneas por el reino de las sombras, el subsuelo de algunos fragmentarios recuerdos que buscan situar en aquella tierra italiana los pasos de aquel cuya imagen busco, y la agonía ardiente del poeta que se inundó allí de luz mediterránea, mientras se sentía atraído y empezaba a caer en su abismo imaginario.

La crítica no ha dejado de señalar la integración al relato, en este capítulo y en algunos de los siguientes, de un conjunto de citas de Virgilio y de Nerval, sin reparar tal vez plenamente en la relevancia de estos

eruces intertextuales, cuya función excede la mera referencia erudita, o el juego intelectual. Yo, Eneas, Doménico, Nerval: las historias, reales o imaginadas, pueden fundirse porque secretamente se parecen. O porque se repiten: todas implican un viaje, y todas son, al fin y al cabo, una misma historia. Varias décadas después y en sentido inverso, el narrador vuelve a realizar el viaje emigratorio de su tío italiano hacia el Uruguay. Al mismo tiempo, en su maravillado descubrimiento de la "luz mediterránea", su viaje es también el de Gérard de Nerval, cuyas dos breves estadias en Nápoles (en 1834 y 1843) dejaron una marca indeleble en su obra, no sólo en los sonetos de *Les Chimères* que cita parcialmente el capítulo 13 ("Mirto" para la primera cita, "El desdichado" para las tres siguientes, "Delfica" para la última, más larga), sino en algunos relatos de la serie *Les filles du feu*, en el que la magia del encuentro amoroso es inseparable del deslumbrante paisaje de la ciudad y de su ancha bahía ("Octavie", "Isis", "Corilla").

Pero si el viaje a Marina debe ser leído al trasluz de "antiguas y poderosas imágenes que [lo] sobrepasan" es porque repite también y ante todo el mítico viaje que refiere *La Eneida*, cuyo canto VI se convierte en la referencia capital, en el subtexto fundamental de *Los fuegos...*, como ya lo anunciaba el epígrafe, la primera de todas las citas virgilianas del libro ("Pero si tu alma arde en deseos..."). Dos razones lo explican. Una es que las tierras que va descubriendo el conductor desde que sale de Nápoles no son sólo las de la juventud de su

tío abuelo, sino también aquellas en que Virgilio sitúa el desembarco de Eneas a su llegada a la península, al final del canto V, como no deja de recordárselo la toponimia (el cabo Palinuro, el valle del Infierno, etc.), de tal manera que sus lecturas previas imprimen al paisaje el mismo "temblor antiguo" que había sentido en Paes-tum, y tiñen ahora las etapas de su trayecto de un color literario particularmente emotivo.

La segunda es de mayor importancia. El canto VI de *La Eneida* describe la catábasis de Eneas: acompañado por la Sibila, el jefe de los troyanos baja a los infiernos en busca de su padre, Anquiso. Por su lado, en cierto punto de su recorrido por las montañas de Lucania el narrador de *Los fuegos...* llega por fin a ver Marina di Camerota, recostada sobre un mar resplandeciente hacia el cual su automóvil habrá de dirigirse en un progresivo descenso desde las cumbres, como lo anuncia el título del capítulo 18 ("Ahora descendiendo hacia el mar"). Pero así como el descenso de Eneas hacia las entrañas de la tierra se convierte, en su lectura, en un "diálogo con sus propias sombras", el descenso hacia Marina cobra para él una significación que va bastante más allá de lo físico, como lo muestra el término de neta connotación espiritual que aparece en el capítulo siguiente: "Este viaje al Sur fue un viaje a las entrañas; no sé a cuales, no hay claramente un sitio para ellas, pero sí hubo un hundimiento en algún lugar".

Eneas se adentraba en la siniestra gruta movido por el deseo de volver a ver a su difunto padre, al que ter-

minaría por encontrar, como lo cuenta la epopeya en un pasaje que el capítulo 13 cita fielmente, sin omitir su amarga conclusión: después de haber vuelto a hablar con él, el héroe no logra estrecharlo entre sus brazos porque en el inframundo se ha convertido en una sombra. Al igual, otra vez, que el viaje de Eneas hacia el corazón de las tinieblas, el del narrador de *Los fuegos...* se define también como una errante y desorientada *búsqueda*. La palabra se repite con insistencia a lo largo de la novela, como si fuera la única manera de dar cuenta de la unidad y del alcance profundo de lo relatado. La encontramos desde el comienzo, signando el malestar del tiempo presente en el que el narrador echa a andar sus recuerdos. El tercer capítulo, cuya extrema brevedad —apenas media página— parecería proponer una súbita condensación del sentido, lleva ese simple título: “Mi búsqueda”. Vuelve a aparecer en el quinto capítulo, otra vez en el título (“Lo busco en un campo de América”), y luego en el mismo texto, en el que la repetición casi musical del motivo en la corta frase inicial de cada uno de los dos párrafos finales (“Por eso lo busco a tientas” / “Lo busco a tientas”) produce una anhelante intensificación lírica, acorde con la tonalidad decididamente poética del párrafo inicial, ya citado.

Hasta cierto punto, el viaje y la búsqueda parecerían tener un propósito definido: darle cuerpo a las lejanas palabras del tío abuelo, y mediante una operación de carácter taumatúrgico, revivirlo de alguna manera en la memoria que de él puedan haber conservado los lu-

gareños; o algún desconocido pariente. Al acercarse al pueblo, esta expectativa se concreta, y el viajero se pone al acecho de una "inminente aparición" (cap. 16). Sin embargo, es significativo que su propósito nunca llegue verdaderamente a formularse, como aquí, más que de manera alusiva, y que más tarde, al recordar este viaje al Sur, lo describa retrospectivamente como "un andar desolado", como una "búsqueda de nada", o por lo menos, "siempre de otra cosa" (cap. 13). En realidad, la sospecha de que el objeto de la búsqueda es elusivo, porque es fundamentalmente oscuro y difícil —si no imposible— de aprehender, y hasta de nombrar, atraviesa todo el relato. De hecho, este amargo saber queda ya insalvablemente asentado en las graves palabras con las que se cierra la primera parte:

El sabe y quiere enseñarme que entre el hombre y la sombra que lo cerca lo único que puede ser hallado es ese mismo empuinado empuje de la búsqueda, una lucha a brazo partido con lo que no sabemos.

No en vano este capítulo final de la primera sección, tan breve, denso y contundente en su laconismo como el tercero, sigue inmediatamente al titulado "La pelea en lo alto", que refiere una de las pintorescas anécdotas del tío que tanto habían impresionado al niño. En una elaborada transposición narrativa, oímos aquí exclusivamente la voz de Doménico contando su denodada lucha, desde las alturas de una parva y durante una noche entera, con "algo que salta y que gruñe", que al prin-

capio no es para él más que "una sombra", luego "una bestia", y sólo al final, con la luz recobrada del amanecer, puede ser identificado como "un gran cane bruno", aunque el remate de su relato, recordado en el tono tan querido de su voz italiana ("Non so. Forse ch'era un'altra cosa"), mantiene a este respecto una significativa incertidumbre. Luego de esta conclusión en puntos suspensivos, y de la silenciosa pausa figurada por el espacio en blanco que ocupa el resto de la página, el corto capítulo siguiente propicia una lectura metafórica del episodio, y de la incertidumbre de Doménico: la "pelea en lo alto" con un animal ignoto anticipa la "lucha a brazo partido" del narrador "con lo que no sabemos", y se transforma para éste en una fuerte e inolvidable imagen de la lucha que, como Eneas, el hombre debe inevitablemente librar "con sus propias sombras".

Sombra, oscuridad, entraña, núcleo, fondo: entre las diversas palabras que se alternan en la novela para delinear este incierto objeto de la búsqueda, podría tal vez retenerse el término poco usual, y por ende la hermosa metáfora, a la que Díaz acude en tres oportunidades, que pone el acento sobre la proliferación, el intrincamiento, la derivación incesante: "ramazón" (caps. 8, 11, 13). Así, al pisar por fin la tierra de su tío, el narrador siente que "sin saberlo abría entonces una *ramazón* de temblores que se hundían en las profundidades". La metáfora arbórea puede asociarse, no está de más recordarlo, a otra catábasis literaria ilustremente entroncada con la de Virgilio, que viene indirectamente

a enriquecer la red intertextual tejida por el autor en el capítulo 13: "Nel mezzo del cammin di nostra vita / mi ritrovai per una selva oscura".

La sombra del padre

"Su ausencia me rodea": como lo expone el título del primer capítulo, el laberíntico viaje a las entrañas responde al sentimiento de una pérdida. En este punto es donde los versos de Nerval, citados según podría parecer a modo de simple referencia libresco en el capítulo 13, asumen su pleno significado y muestran el hilo común en el que se engarzan, que Díaz se abstiene delicadamente de poner en evidencia. Nerval ya había sido el tema de un artículo redactado en marzo de 1955 en ocasión del centenario de su muerte, para ser publicado en el número 5-6 de la revista *Entregas de La Licorne* de Susana Soca. Varios pasajes del artículo pueden ser sugerentemente releídos desde la perspectiva de la novela. En él, Díaz describía *Aurelia* como la "insistente evocación de un pasado que se revela como tembloroso y traslúcido y que se vierte en imágenes que quedan como impregnadas de un trasmundo cercano, inminente", y agregaba, más adelante, que estas alucinadas imágenes, "son a menudo algo más que sueños o visiones personales: sobre esas figuras se condensa, más allá de la memoria enamorada o sufriente de Nerval, la ancha memoria de la humanidad entera". Y en la inexorable deriva que habría de llevar a su autor al suicidio veía,

para concluir, un espejo de los padecimientos del hombre moderno, la imagen de un ser "que se mueve entre dislocados jirones míticos, sin posible organización".

Estos "jirones míticos" (de origen griego, latino o egipcio) afluyen en los versos de *Les Chimères*, en donde no desorganizan propiamente sino que multiplican y abundan los sentidos de este enigmático conjunto de sonetos, publicado en 1854 en apéndice a los relatos de *Les filles du feu*. Consolidando la cadena de ecos textuales, algunos de los versos que selecciona la novela ("Et j'ai deux fois vainqueur traversé l'Achéron", "Cependant la sibylle au visage latin...") nos remiten a la catábasis de Eneo y a Virgilio, de quien Nerval fue un ferviente lector, y cuya figura, tal como le sucede al narrador de *Los fuegos...*, no dejó de surgir frente a él a su paso por Nápoles. Otros merecen una atenta consideración por la sutil relación que mantienen con la temática rectora de la novela y que constituye el motivo no explicitado por el cual vuelven a la memoria del narrador, ya sea durante su viaje a Italia o en el momento en que escribe. Las tres citas centrales, ya se dijo, corresponden a versos aislados del extraordinario soneto "El desdichado", y en la primera de ellas ("Rends-moi le Pausanias et la mer d'Italie"), el "desdichado" sujeto lírico que alumbra el "Sol negro de la Melancolía" alude a la pérdida y la imposible recuperación ("Rends-moi") de un objeto al que, metafórica o metonímicamente, nombra por medio de una geografía. Por fin, la última cita del capítulo 13 reproduce las dos estrofas finales del

soneto "Delfica", y también estos versos ("Ils reviennent ces dieux que tu pleures toujours! / Le temps va ramener l'ordre des jours anciens") tienen que ver con el desconsuelo provocado por una pérdida, en este caso la de la un "orden antiguo" y de su luz "divina".

¿Cómo nombrar, más allá de una geografía, la pérdida a cuyo desconsuelo respondió en su momento la peregrinación a Marina di Camerota, o el "desolado andar" del hombre que ahora recuerda esa expedición? Sabemos que la tejana y entrañable figura del tío Doménico es el motor declarado del viaje, pero es posible conjeturar que esta figura recubre la "ausencia" de otro objeto, en el sentido analítico de la palabra; y que este objeto tiene algo que ver con la compañía, con la conducción, con la autoridad, con el sostén afectivo, con la elucidación y el ordenamiento del mundo. En una palabra: con la *paternidad*.

Para fundamentar esta hipótesis, es necesario retornar a un capítulo ya destacado en cuanto a su intrincada construcción formal, y en el que se anuda buena parte de la significación del libro. "El pique" (6), uno de los dos capítulos más largos, presenta una escena de la vida familiar del adulto: junto con su mujer y su hijo, el narrador se encuentra pescando en una playa al pie de "las sierras"; en una noche de luna (la referencia autobiográfica es a la casa de veraneo del autor en las cercanías de Playa Verde, y a su afición de toda la vida por la pesca). La esposa es mencionada apenas una vez, al paso; el hijo, unido con su padre en la complicidad

de la pesca, es aquí el centro de atención. Al padre van dirigidas todas las ansiosas preguntas sobre los pescados y el mar, que reciben su pronta respuesta, su serena y esclarecedora explicación.

Luego de los párrafos iniciales, dedicados a una poética descripción del paisaje nocturno, el ambiente cobra repentinamente vida y movimiento cuando llega el instante del "pique", y con él, la clave de lectura para todo el resto del capítulo:

De pronto dos tirones irregulares de la línea me sobresaltan. Ese tirón, que se repite, es algo que reconozco. Pero no tengo tiempo de recordar bien. Espero todavía, y antes de que esté totalmente preparado lo siento de nuevo: dos sacudidas seguras, rápidas, irregulares. Entonces tiro con un movimiento brusco y al fin detengo el brazo para esperar: ¿está allí todavía? Sí: ahora es un tironeo insistente; hay algo prendido, vivo, en la punta de ese hilo que se hunde en el mar. Como si el hilo estuviera ligado a la entraña de esa masa oscura de la que no veo más que su piel manxa. Pero mientras tiro del aparejo siento que también tiro de mí, que algo vivo e inquieto que llevo hundido conmigo pugna por subir.

A pesar de la agitación, el "hundido" recuerdo define rápidamente sus trazos: más que un pescado, el tirón hace aflorar inesperadamente a la memoria del narrador su primera salida a pescar en barco con el tío Doménico, en una madrugada de la infancia, y la intensa alegría de la excursión, esperada durante todo un invierno. Uno tras otro, cada uno de los instantes, cada una de las

palabras de aquella madrugada van resurgiendo, hasta llegar a la imborrable emoción del pique ("—¡Un pescado, tío!").

Esta alegría y esta emoción son las que regresan ahora, pero le pertenecen esta vez al hijo. Con el tiempo, los roles se han invertido. El narrador asiste como espectador a la repetición, y desde esa posición, puede comprender mejor la sustancia profunda de la experiencia. Aquella madrugada, el tío había atendido todas las inquietudes, había dado todos los consejos y todas las explicaciones, y así, en la mano de la que lo llevaba por las calles del puerto rumbo a la barca ("El niño se acercaba al borde del muelle, pero no soltaba la mano del viejo"), un mundo se iba ordenando y afianzando al amparo del afecto. Porque Doménico no es sólo el relator de vívidas anécdotas. El primero de los recuerdos que lo conciernen es el de un paseo al puerto suspendido, desde el título del capítulo (2), en la eternidad de un imperfecto iterativo ("Comprábamos pescados"). En esos paseos en los que introducía a su pequeño sobrino en su mundo de pescadores, el tío italiano había asumido la dimensión espiritual de un padre, de un padre uruguayo no verdaderamente ausente, pero sí relegado por la memoria, o en todo caso por el relato, a un plano secundario. Pero ahora, en esta noche de luna en la playa, el narrador es quien debe prodigar ese mismo afecto, acompañando a su propio hijo y ordenando su mundo.

En esta perspectiva, la novela propone un juego de ecos y de sugerencias cuya percepción deja librada a la sensibilidad del lector. Al descender al reino de los muertos, Eneas no se encontraba solamente con la sombra de su padre, sino con la de su fiel Palinuro, una figura a la que, en el conjunto de sus referencias a la *Eneida*, *Los fuegos...* reserva un lugar privilegiado. Ya próximo a Marina (cap. 15), el conductor descubre a lo lejos el cabo que lleva el nombre del piloto de los troyanos, su recuerdo de su caída al mar en esas aguas, según lo relata Virgilio al final del canto V, en un pasaje que se cita parcialmente aquí, antes de recoger en el capítulo 16 la versión casi completa del episodio que el propio Palinuro le da a Eneas a orillas de la laguna Estigia en el canto VI. Las palabras de Palinuro que recuerda el narrador expresan el sentimiento de inquietud por así decirlo paterna del timonel por el destino de la nave, y su comentario inmediato de la cita no deja de subrayarla: "Después de su caída al mar sólo le había importado a Palinuro el desamparo en que había quedado el sueño de Eneas, que seguía navegando en aquel mar sin piloto y sin timón". Y al final del capítulo 16, la imagen de Palinuro pidiéndole ansiosamente a Eneas la gracia de una sepultura que ponga término definitivo a su errancia por el reino de los muertos llega a identificarse para él con la de su tío, sin que, una vez más, se detenga a glosar esa nueva "confusión", que anota simplemente al paso.

Pero no es todo, porque el episodio literario le recuerda otra de las anécdotas de su tío, la de una excursión marítima que había hecho necesaria la circunnavegación del cabo Palinuro, y en la que los aldeanos, entre los que se contaba Doménico, habían estado a punto de naufragar dramáticamente en una tormenta. Al no poder hacer ya nada el piloto Marcello, la embarcación se había salvado *in extremis* gracias a la aparición en lo alto del mástil de los fuegos de San Telmo, interpretada por los atemorizados tripulantes como una mágica y salvadora intervención del santo patrono de los navegantes. En la historia grabada en la mente del niño, y recordada después por el narrador durante su viaje, lo esencial es esta intercesión, esta luminosa protección que el santo le dispensa a los navegantes, como un padre que vela por sus hijos perdidos en alta mar. Los grandes textos ofrecen un incesante desborde de sentidos que se cruzan y se reflejan unos a otros: uno de los primeros elementos que componen la descripción del paisaje con la que se inicia el capítulo en que el padre le enseña a pescar a su hijo es la breve y enigmática mención de un incendio en las sierras vecinas, que el narrador ve "bordadas", así como Doménico había visto el mástil de la nave de Marcello, "por una leve corona de fuego". Así pues, la anécdota del capítulo 15, en apariencia tan sólo una más en el repertorio del tío, toma una dimensión simbólica que se ajusta plenamente a la trama secreta del relato. Más aún: como ya se indicó, llega a señalarla alegóricamente, vale decir, poéticamente, gracias a su

emplazamiento final en el lugar del título no ya de un capítulo, sino del libro, cumpliendo así una función a todas luces análoga a la que cumplía el inocente y casual "caballo perdido" felisbertiano.

"Un despliegue nuevo"

Por su fuerte contraste, en textura y densidad, con las dos anteriores, la última, la más extensa de las tres secciones de *Los fuegos...*, enteramente dedicada a la llegada y a la corta estada del narrador en Marina di Camerota, puede desconcertar. Varios encuentros con los habitantes del pueblo, entre los cuales algunos familiares más o menos distantes de Doménico, se suceden en una serie de escenas mayormente dialogadas, en una sucesión de intercambios de inocuo y por momentos fastidioso prosaísmo para el narrador, que no cesa de sentir el olor al principio sólo "acre", "pesado", pero al final ya "repugnante" que invade todo el pueblo y se infiltra en las casas, como si ese olor condensara la asfixia, el rechazo y finalmente, el imperioso deseo de partir que pronto se apodera de él. Esta brusca caída en la cruda realidad de un pequeño pueblo de toscos aldeanos cumple, sin embargo, su función en el diseño de la novela. Marca con creces el forzado reconocimiento, por parte del viajero, de que ninguna "aparición" se producirá, porque muy poco queda ya de su tío en Marina di Camerota, cuyos habitantes poco y nada pueden aportarle, fuera de su voluntariosa cordialidad. Marca,

por lo tanto, el fracaso del viaje. La ausencia es irremediable: el Padre ya no está, ni estará.

En el capítulo 18 ya se había recordado con emoción las circunstancias de la muerte de Doménico. Pero lo que con la distancia del tiempo se había reducido a la imagen de una habitación, de una ampolla de suero, de un tubo de oxígeno y de unas pocas palabras de despedida, se transforma ahora en una experiencia menos dramática, pero en el fondo más difícil, porque supone un solitario proceso interior, para el que ya no hay imágenes, ni modelos, ni guías, ni por supuesto, padre. Como Palinuro, Doménico no puede regresar del reino de los muertos, y al narrador, como a Eneas, sólo le cabe darle por fin una digna sepultura. Por eso, los dos párrafos del breve y sobrecogedor capítulo final de *Los fuegos...* completan lo relatado en el capítulo 18, y evocan, sin nombrarlo en ningún momento, la ceremonia de su entierro.

A poco de salir de Marina en su camino de regreso a Nápoles el narrador, obedeciendo a un secreto impulso, detiene el automóvil en las primeras laderas de la montaña, bajo unos árboles entre los que puede ver brillar el mar. Como lo presiente, hay allí mucho más que un bonito panorama. La altura, el cielo puro de un día soleado, el mar entre los árboles, el profundo silencio, perturbado sólo por el tenue sonido de sus pisadas sobre las piedras del camino: gracias a todas estas coincidencias, un recuerdo pugna por salir a la superficie. La revelación llega enseguida. Aquel día en el cemen-

terio del Buceo, todo era igual a este instante en que el viajero se despide de Marina di Camerota y de su mar, que alcanza a divisar por última vez, antes del próximo recodo de la carretera. El Mediterráneo se confunde con el Río de la Plata y por un momento el sur de Italia y el "Sur" americano, así nombrado en la novela, se superponen. Oscuramente, esta partida repite aquel entierro, con una sola diferencia, pero de mucho peso: aquel día, el viajero no estaba, como ahora, solo. En su lento andar hacia la tumba del tío, lo acompañaba, al otro lado del ataúd, su padre, el único de sus familiares que sobrevive en su recuerdo, y en el texto, puesto que los demás se confunden en la vaguedad del sujeto colectivo de la última frase ("El grupo iba en silencio: sólo se oía el rumor de los pasos sobre la grava del camino").

Pero en esta mañana soleada ya no queda padre ni figura paterna alguna bajo la que ampararse. La amarga lección iniciática que recibe el viajero es que no existe para él esa "rama áurea" que, según el epígrafe de la novela, pudo existir para Eneas; que el camino siempre conduce a un punto en donde no hay sostén posible, en donde la ausencia y la orfandad son definitivas, en donde la soledad debe ser aceptada, y habitada. Como lo recuerda la etimología de la palabra, el andar "desolado" es ante todo un andar en soledad, y para el narrador, hay en esta soledad un difícil mandato, y si se quiere, un enigma, figurado de alguna manera por el movimiento incesante del mar italiano que observa a lo lejos, como lo volverá a observar mucho después

en una playa uruguaya, al comienzo de "El pique". El lazo que el mar tiende entre los dos capítulos (el de la pesca nocturna al pie de las sierras, el de la partida de Marina) parece sugerir que la única posibilidad de redimir esa soledad es la de prestarse a un relevo, dando a otros el sostén que se perdió, y respondiendo así a ese "silencioso ofrecimiento de un despliegue nuevo" al que se reduce, en definitiva, el recuerdo del tío, según lo formula el final del capítulo 13. Se trata, en síntesis, de asumir ahora en carne propia la paternidad, acompañando a un hijo a pescar, y contestando todas sus preguntas.

Poco antes, en el penúltimo capítulo, la novela había dado una inesperada vuelta de tuerca al intercalar en el relato de la partida de Marina otra de las historias de Doménico, la última de ellas, que había impresionado al narrador en su niñez quizá más que cualquier otra, y que de pronto recuerda al ver ahora una barca aislada en el mar. Encabezando un pequeño grupo, Marcello había salido a pescar, y la sorpresa había sido mayúscula al sentir el tirón del temible *pescecanne*, un pez de una fuerza casi irresistible. Éste había logrado arrastrar a los pescadores hacia alta mar, en donde habían luchado durante toda una noche sin lograr, a pesar de sus denodados esfuerzos, traer la bestia a la superficie. Al final, para evitar el vuelco de la embarcación por una súbita embestida del pez, Marcello no había tenido más remedio que cortar el cabo. El relato y el capítulo concluyen

con estas palabras, en las que es difícil distinguir la voz del narrador de la de su tío:

La barca quedó como ciega, sin destino, flotando simplemente sobre el mar. Debajo, inhallable ya, en el abismo, se movía una sombra todavía viva. Y perdida.

La "pérdida" de esta "sombra", notablemente enfatizada por la sintaxis, puede ser comprendida literalmente, claro está, como la de una presa codiciada y extraordinaria. Pero el énfasis, tanto como la repentina rememoración de esta anécdota en el preciso momento de la partida de Marina, no son, quizá, del todo casuales. Porque si bien Doménico estaba a bordo de la barca de Marcello, y por eso pudo contar el episodio con tanta vivacidad, era entre todos los tripulantes el único niño, como se recalca al comienzo, para diferenciar esta historia de casi todas las demás, relacionadas con su adolescencia o con su juventud; un niño, es decir, no ya la sólida figura tutelar del resto de la novela, sino un ser frágil, inserto como todos los demás en la cadena de las generaciones, y por lo tanto de las pérdidas, ya sean éstas, como aquella vez, la de un fabuloso *pescecane*, o más comúnmente, la del propio padre.

La novela se cierra, entonces, con la imagen de un apesadumbrado grupo familiar, avanzando calladamente por una de las sendas del cementerio. El silencio de los parientes de Doménico es también el de un texto que se interrumpe definitivamente aquí, pero abriendo una vez más la cámara de ecos de este relato fragmen-

tado, discontinuo, que deja resonar en sus blancos, entre capítulo y capítulo, la densa ramazón de sentidos que se entrelazan y se reflejan unos a otros. Es éste uno de los modos operatorios característicos de ese "relato poético" cuya emergencia en la literatura francesa de principios del siglo XX mostró el crítico Jean-Yves Tadié, intentando definir los parámetros constitutivos de una forma por así decirlo híbrida, ya que preserva en cierta medida los fundamentos esenciales de lo novelesco (la trama, los personajes, la progresión temporal), pero al mismo tiempo desplaza su centro de gravitación hacia la contemplación de una serie de instantes autónomos, cargados de intensidad poética, que suspenden o al menos atenúan la tensión puramente narrativa.

Dentro del amplio espectro de las letras hispano-americanas del siglo pasado es posible reconocer un conjunto de obras que en mayor o menor grado pueden inscribirse dentro de este peculiar y novedoso espacio genérico. En muchos casos, estos textos ocupan por ello un lugar marginal, casi secreto, apartado a veces de las preferencias del lector, y de los inventarios habituales de nuestra literatura, pero desde donde irradian su luz extraña, perturbadora e inclasificable, y sin embargo esencial. Es tentador pensar que éste es, precisamente, el lugar de libros como *El caballo perdido* o *Los fuegos de San Telmo*, y de sus mínimas historias, felizmente atravesadas por el poder incandescente de la poesía.

Jean-Philippe Barnabé

JOSÉ PEDRO DÍAZ

Narrador, ensayista y poeta, José Pedro Díaz nació en Montevideo en 1921, hijo de Fernando Díaz y Rosa D'Onofrio. En 1939 y 1940 publica dos cuadernos de poesía bajo el título *Canto pleno*. En 1941 aparece su primer relato, "El abanico rosa", y un año después inicia su labor docente en la enseñanza secundaria. En 1944 se casa con la poeta Amanda Berenguer y funda con ella el sello editorial "La Galatea". Cinco años después ambos se instalan a vivir en el barrio Punta Gorda, en la calle Mangaripé (actual María Espínola) 1619, donde permanecerán el resto de su vida. En estos tiempos, Díaz comienza a colaborar en diversas revistas literarias como *Escritura*, *Asir* y *Mito*. En 1949 publica el relato "El habitante", por el cual recibe la atención de la crítica. Entonces parte; en 1950, a Francia en usufructo de una beca de dos años cumpliendo además funciones en la embajada uruguaya en Bélgica y realizando el viaje a Italia que luego narra en la novela *Los fuegos de San Telmo*. A su vuelta a Montevideo se inicia como profesor del Instituto de Profesores Artigas (IPA) y en 1953 publica *Gustavo Adolfo Bécquer: vida y poesía*, reconocido ensayo reeditado por la editorial española Gredos cinco años después. En 1956 obtiene la Cátedra de Literatura Francesa en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República y publica sus prosas poéticas *Tratado de la llana* en 1957 y *Ejercicios antropológicos* en 1960. En este año se inicia como colaborador en la página literaria del semanario *Marcha* y dos años después funda la editorial Arca, de gran importancia en la difusión de la literatura del período, junto con los hermanos Ángel y Germán Rama. En 1964 publica la novela *Los fuegos de San Telmo*, un año después viaja a Cuba y Checoslovaquia y publica, en 1967, otra serie de prosas, *Tratados y ejercicios* que incluye "Tratado de los lugares" y "Ejercicios arqueológicos" además de sus prosas publicadas en 1957. En 1968 participa de la fundación de la revista literaria *Maldoror* y al año siguiente publica su segunda novela, *Partes de naufragio*; viaja a Francia y Gran Bretaña dos

años después. Con el golpe de Estado en 1973 cesan sus actividades docentes. En 1974 publica el ensayo *Balzac: novela y sociedad* y dos años después crea el Club del Libro de Radio Sarandí junto con Carlos Maggi y Rubén Castillo. En 1979 viaja a Estados Unidos donde dicta cursos de literatura hispanoamericana y francesa. En 1982 publica *Nuevos tratados y ejercicios* y, con la reapertura democrática en 1985, recupera su Cátedra de Literatura Francesa al tiempo que asume la dirección del Departamento de Filología Moderna en la Facultad de Humanidades. Al año siguiente participa en un coloquio en la Universidad de Maryland, integra parte del jurado del Premio Casa de las Américas y publica *El espectáculo imaginario*, que continúa en 1989 con *El espectáculo imaginario II*, sobre Juan Carlos Onetti. En 1990 viaja a Alemania y en 1991 aparece su ensayo *Novela y sociedad*. Cinco años después publica, junto con su hijo Álvaro Díaz Berenguer, el ensayo *Una mirada crítica: medicina y literatura*. En 1997 es editada la traducción italiana de *Los fuegos de San Telmo* (Salerno, Galzerano Editore) razón por la que viaja, en noviembre de ese año, a Marina di Camerota para su presentación. Publica el ensayo *Felisberto Hernández: su vida y su obra* en 2000 y su libro de memorias *La claraboya y los relojes* en 2001. Muere en Montevideo el 3 de julio de 2006.

CRITERIO DE LA EDICIÓN

La edición original de *Los fuegos de San Telmo* es la de la editorial Arca (Montevideo, 1964). La tapa lleva un dibujo del *pescecane* (cuya pesca se relata en el penúltimo capítulo) por el hijo del autor, Alvaro Díaz Berenguer, que tenía entonces diez años. Fuera de una mínima intervención (la rectificación de una concordancia temporal en el tercer párrafo del primer capítulo: "anduviera" en vez de "andara"), el texto no fue retocado en ninguna de las ediciones posteriores, y sirve entonces de base para la presente publicación. Se han corregido tan sólo unas pocas erratas evidentes, así como algunos errores de escasa importancia en la puntuación y la ortografía de los versos franceses de Gérard de Nerval citados en el capítulo 13, probablemente imputables a las versiones manejadas por el autor. Contrariamente a otras ediciones, se ha respetado en ésta la disposición gráfica de la edición original, en la que se cambia de página al final de cada capítulo, preservando así un espacio de respiración y de silencio que es esencial para el significado del relato.

Las ediciones de *Los fuegos de San Telmo* que siguieron a la de Arca fueron, en orden cronológico, las del Centro Editor de América Latina (Buenos Aires, 1967 y 1968), Bogavante (México, 1969), Editorial Calicanto (Buenos Aires, 1979), Club del Libro de Radio Sarandí (1981), Lectores de Banda Oriental (1987) y Fin de Siglo (1993), las tres últimas en Montevideo.

LOS FUEGOS DE SAN TELMO

*Pero si tu alma arde en deseos de atravesar
dos veces las aguas Estigias, y ver dos veces
el Tártaro, si te agrada acometer tan temera-
ria empresa, escucha bien lo que ante todo de-
berás hacer. Sobre un árbol de espeso follaje
se oculta una rama consagrada a la Juno de
los infiernos, su ligero tallo y sus hojas son de
oro; todo el bosque la oculta a las miradas y
un tenebroso valle la encierra en sus sombras.
Pero no es dado a ningún mortal penetrar en el
imperio de los muertos sin haber desgajado del
árbol la áurea rama; es el presente que la bella
Proserpina exige que se le lleve. La rama des-
prendida es súbitamente reemplazada por otra,
cuyo tallo y hojas son también de oro. Búscala
con la vista en la extensa floresta y una vez en-
contrada tiéndele la mano siguiendo el sagra-
do rito; porque si los hados te llaman ella se
desprenderá por sí misma. Si no fuera así ni la
fuerza de tu pujante brazo ni el hierro podrían
arrancarla de donde está.*

VIRGILIO, *Eneida*, VI

PRIMERA PARTE

EL PUERTO

SU AUSENCIA ME RODEA

Hace ya muchos meses que esto dura. Cuando ando por algunos lugares siento con tal intensidad el eco de sus pasos que tengo que volverme hacia el recuerdo, hacia aquel lugar donde permanece todavía la explanada empedrada del puerto, y donde quedó abandonada una zorra con granos de trigo que picotean las palomas. También hay un largo y grueso mástil tendido cerca de los rieles. El agua chapotea cerca. Toda aquella región del recuerdo está animada por un latido de mar que golpea maderas de barcos o de muelles.

Ahora que anda como perdido por la ciudad, él me acompaña de un modo parecido al de entonces. Y tampoco ahora sé adónde vamos. Él me enseñó muchas cosas, pero justamente cosas de esas en cuyo fondo hay siempre algo más que no se alcanza a ver.

Me llevaba a pasear y hablábamos, pero no me daba consejos. Así quisiera pasear con él ahora, y hablar de cualquier cosa. Porque con él me sentía seguro, a pesar de que también sabía que lo incierto nos rondaba. Pero sentía que mientras anduviera con él, el mundo podría llegar a serme familiar aun sin dejar de ser oscuro. Y ahora que ya empieza a serme familiar, pienso que es él quien me lo nutre todavía de una fina y penetrante hebra oscura. Porque él sabía estar, casi como está ahora, nada más, quizá esperando.

Acaso también fue él quien me enseñó a esperar, y a esperar precisamente esto, este llamado suyo de ahora para ir juntos no sé adónde. Por eso me empeño en seguir a aquella borrosa figura pequeña que anda con paso vacilante sobre el empedrado irregular del puerto.

COMPRÁBAMOS PESCADOS

Seguramente era verano. Habían esperado, sobre el muelle, el arribo de las barcas. Era media tarde, y la primera acababa de atracar. El niño ya había visto su fondo, en el que se amontonaba el brillo plateado y todavía palpitante de los pescados. Mientras uno de los pescadores arriaba las velas manejando las cuerdas oscuras, mojadas, que chorreaban un agua prestigiosa, agua de mar adentro, el dueño de la barca dialogaba gritando su dialecto a los que estaban en el muelle. El viejo gritaba también algo a alguno de aquellos hombres. El niño no soltaba su mano. Por entre las tablas separadas del piso del muelle veía agitarse abajo el agua negra en la que la luz del sol, filtrada por las ranuras de las tablas, reforcía entre los gruesos pilares musgosos, curvas líneas brillantes y ágiles, símbolos naturales de aquel mundo de peces que habitaba en las profundidades. Veía la barca que se movía recogiendo la palpitación del mar. Oía el chasquido casi regular del agua contra el casco. Sentía oscilar lentamente, cerca de él, el mástil seguro, audaz, rítmico. Imaginaba que alguna vez podría pisar una barca así; sentir bajo sus pies livianos el cuerpo pesado y móvil de la barca y, debajo, el mar. No se animaba a pedirlo, pero no podía apartarse del borde del muelle. A popa, la red formaba un bulto oscuro y empapado, en el que el sol hacía brillar a veces algún reflejo. ¿Cómo se

extendería una red? Los hombres recogían el pescado en latas. Enrollaban cuerdas. El niño se acercaba al borde del muelle, pero no soltaba la mano del viejo.

—Vamos, le dijo éste.

En su otra mano colgaban, acollaradas en un junco verde, dos corvinas. Él ya había hecho su compra. Era pequeño. Tenía que recoger un poco el brazo para que las colas de las corvinas no arrastraran por el suelo.

MI BÚSQUEDA

Tengo que buscar. ¿Pero, dónde?

Sé que los olivos, que crecen junto al camino y llegan casi hasta el mar, son más grandes que los que jamás pude ver, "casi como plátanos"; sé que las sombras de las barcas pueden verse en el fondo del mar: "allí, si cae una moneda, desde el muelle se la ve llegar al fondo". Y también sé otras cosas: conozco el rugoso tacto de sus manos curtidas, de sus dedos gruesos e inocentes; recuerdo pedazos de viejas historias de caballerías; donde todos los caballeros son fieles servidores del Emperador de la Barba Florida; y recuerdo muy bien cómo el *pescecan* arrastró su barca mar afuera, hasta donde no se veía la tierra, apenas si la cumbre de la montaña. Y aún recuerdo la explanada empedrada que se extiende junto a los malecones, y un mástil viejo, abandonado cerca de los rieles.

Y sé que eso mismo es lo que tengo que volver a encontrar. Su compañía de ahora sólo procura ayudarme a tener mejor eso que tengo. Por eso me llama.

PASEAMOS POR EL PUERTO Y HABLAMOS DE MARINA DI CAMEROTA

—¡Vamos!, dijo.

—¿Tan pronto, tío?

—Ah; tú estarías siempre aquí... E un bambino...—
explicó a los otros dos hombres que conversaban con él, sentados sobre un viejo y grueso mástil que reposaba sobre los adoquines, cerca de los rieles.

—Sono tutti così, i bambini, le respondió uno de ellos.

—Hay tiempo, tío.

—E bene, se ti piace. Non è tanto oscuro. Fumero un'altra sigaretta.

Las corvinas, envueltas en una hoja de papel de diario, estaban ahora sobre las piedras, a sus pies. Los tres estaban sentados cerca del extremo más grueso del mástil. El niño no entendía de qué hablaban. Nombraban personas que él no conocía. Todo aquello de que se ocupaban ocurría en otro lugar: no podía saber dónde.

Habían ido caminando desde el muelle. Él se había detenido a hacer algo en su buceta.

—Estate quieto, ¿eh?, le había dicho. Yo voy arriba un momento. Tú espera aquí.

Y el niño se había quedado quieto junto a una de las grandes bitas, sentado en las cuerdas que tiraban de ella. El viejo dejó las corvinas en el suelo y entró al

muelle; bajó la escalera y subió a un remolcador; pasó sobre la borda, caminó en equilibrio sobre la regala, saltó a una buceta, y de ella, al fin, pasó a la suya. A cada paso el niño lo veía cayendo al agua. Tenía ganas de decirle que tuviera cuidado. La buceta se balanceaba a cada movimiento suyo: ¿No podría ir nunca en ella? El tío salía de noche: a la una, le había dicho. ¿Cómo sería el puerto a esa hora? Remaba mar afuera y salía de la bahía. Una vez un temporal de verano lo hizo ir a dar con su buceta a la punta del Cerro. Desde donde él estaba, casi no se veía esa costa: era el otro extremo de la bahía. Ahora estaba moviendo en el agua la lata de los cangrejos. Con ellos hacía su cebo. Hablaba a gritos con el marinero de una balandra que tomaba mate y le contestaba riendo. Él también se reía.

—A domani,— le oyó gritar al fin.

Cuando subió al muelle recogió las corvinas.

—Ahora nos sentaremos en aquel palo.— le dijo.

—¿Es italiano?— le preguntó el niño aludiendo al marinero de la balandra.

—Sí, es italiano, pero de más arriba: de Salerno. É un altro paese.

—Diferente al suyo, tío.

—Sí. Salerno es liso. En Camerota tutte sono montagne.

—¿Pero no está al lado del mar?

—Las montañas están junto al mar. Muy cerca de Marina hay una montaña que baja así— y con una mano mostraba la inclinación de la montaña cuya falda se

hundía bajo el agua—. Allí el agua es profunda. Como de aquí a allí—y señalaba donde estaba una chata, a treinta metros de la costa—con un cabo de cien brazas no se llega al fondo. ¡Pero es otra agua! ¡Clara! No es río, como esto. Esto es agua de río, sucia. Allí desde el muelle se ve el fondo del mar, se ven las sombras de las barcas en el fondo. Cuando yo era muchacho, como tú, tirábamos piedras y se las veía caer; y veíamos cómo escapaban los cangrejos abajo. Después nos tirábamos al agua para buscarlas. Jugábamos.

—Un hombre subía al muelle frente al cual pasaban, cerca ya del mástil sobre el que iban a sentarse.

—Este es de Marina—dijo el viejo. Y luego, llamándolo:

—¡Antonio!

—¿Che fai?—contestó el hombre.

El niño entendió que su tío decía que le estaba haciendo tomar el aire. Pero le era muy difícil seguir la conversación. Se sentaron en el mástil y el hombre le dijo:

—¿Quieres saber cómo es Marina, eh? ¡É un bello paese!

Luego vino otro hombre. El niño jugaba cerca haciendo correr una zorra. Ellos conversaban. El niño empujaba primero la zorra, y luego subía de un salto y se arrodillaba junto al freno. Las rodillas le dolían, porque la zorra había servido para descargar trigo y las maderas del piso habían quedado sembradas de granos que se le hundían en la piel. Cuando la zorra se detenía,

él se levantaba y se quitaba los granos de trigo que se le habían incrustado en las rodillas, donde dejaban sus marcas profundas y rosadas.

Cuando vio que se acercaba un marinero de la Prefectura, dejó la zorra. Había muchas palomas que iban a comer el trigo caído entre las piedras, y él corría entre ellas con la ilusión de poder atraparlas; cuando levantaban vuelo para huir lo envolvían con su aleteo. Él se detenía al sentir tan cerca el estremecimiento de sus alas, el ruido de las plumas: era algo que deseaba y temía a la vez. Por eso esperaba que volvieran a posarse, y entonces las corría de nuevo, para volver a sentir una vez más, junto a su cara, el pesado roce de las alas en el aire.

Por fin volvió al grupo, junto al mástil, y se sentó en el suelo. Ellos recordaban, aludían a sus parientes. Le parecía que su tío explicaba algo de su madre, y cómo él era "cucino" de alguien. Pero todo aquello que hablaban ocurría en otro lugar, sin que pudiera saber dónde; apenas vislumbraba un mar transparente, y las sombras de las barcas en el fondo, y las montañas. —"¿Cómo aquella?", había preguntado señalando el Cerro. —"¡Oh, no, altas, altas!" —las montañas altas que dejaban caer su falda vertiginosa en el mar.

LO BUSCO EN UN CAMPO DE AMÉRICA

Lo que ahora me rodea le era acaso ajeno: un campo inmenso y liso, tembloroso de balidos, rumoroso de pezuñas mansas, un campo de América en cuya orilla nació. Lo pueblan pequeños animales tiernos: pájaros que hacen su nido con barro amasado en el rocío de la primavera, pequeñas aves temerosas y huidizas que se funden con el color de la tierra y del pasto, largas majadas baladoras y, sobre todo, densas tropas que mugen hacia la noche rodando sobre el hondo rumor de sus pezuñas innumerables.

Por eso lo busco a tientas. Y mientras busco, se abre a veces un vasto espacio gris en el que diversas imágenes se mueven, hasta que sólo queda al fin, como un apretado centro de niebla aglutinada, su viejo y querido rostro: sus bigotes largos, un poco ralos en el centro, sobre los labios, donde aparecían amarillentos y quemados por el humo del tabaco; los largos pelos negros que crecían desaparejos y caprichosos entre las cejas y algunos más sobre la nariz misma; su limpia frente comba; su piel curtida y sus cabellos lacios y siempre negros, casi hasta su muerte, que lo alcanzó cuando tenía más de ochenta años. Y ese rostro queda en medio de la borrosa sombra que desvanece alrededor sus contornos, como aquellas viejas fotografías que mostraban una imagen aprisionada en un óvalo esfumado, casi

confundida con el contorno amarillo con que el tiempo la abraza desde el resto de la vieja cartulina.

Lo busco a tientas. Pero nada lo evoca en este campo. Acaso el viento. O las nubes blancas y rápidas que vienen del Sur, del mar. Allí sí nos encontramos: en la orilla arenosa de esta tierra, allí donde América mira al mar, el mismo mar azul y salino de su infancia, ese gran mar tentacular y disperso que rodea la tierra como una mano viva.

EL PIQUE

Hay luna. La extensa llanura de arena y piedras es clara a esta hora. Sé que si miro hacia atrás veré las sierras oscuras, mansas y extendidas bajo la luna y bordeadas por una leve corona de fuego. Porque hace días que arden. Durante el día se ve subir el humo que fuerce luego hacia aquí, hacia el Sur, donde se disuelve en la atmósfera. Cuando llega la noche, alguna parte de la sierra cambia sus límites azules por el festón naranja brillante de los matorrales ardientes. Cada noche es una cumbre diferente, otra quebrada, a veces una ladera entera la que arde.

Pero no miro hacia atrás. Me basta con sentir a mis espaldas el inmenso espacio abierto y el ancho aleteo del viento Norte que baja desde la sierra. Miro el mar. Miro lo único que los ojos, sin embargo, no pueden penetrar. El mar es sólo un inquietante borde oscuro cuya misma superficie es casi invisible. Cuando tiro el aparejo distingo a veces el fugacísimo resplandor plateado de la espuma que brota cuando la plomada se hunde.

La playa en cambio es blanca. La luz de la luna es tan intensa que el farol de querosene arde inútilmente sobre la arena, junto al envoltorio en el que está la carnada.

El latido del mar llega a mis manos por el hilo del aparejo, que cada ola afloja un poco y pone tenso des-

pués, alcanzándome pequeñas vibraciones: el correrse de la plomada por el fondo rocoso. No es nada todavía. El mar está casi quieto, pero vivo. Atrás, cerca de la casita, gritan los teros. Cuando se callan, vuelve a oírse el chapoteo apagado de las olas y el crepitar de la arena sobre la que estallan las burbujas de espuma.

De pronto dos tirones irregulares de la línea casi me sobresaltan. Ese tirón, que se repite, es algo que reconozco. Pero no tengo tiempo de recordar bien. Espero todavía, y antes de que esté totalmente preparado lo siento de nuevo: dos sacudidas seguras, rápidas, irregulares. Entonces tiro con un movimiento brusco y al fin detengo el brazo para esperar: ¿está allí todavía? Sí: ahora es un tironeo insistente; hay algo prendido, vivo, en la punta de ese hilo que se hunde en el mar. Como si el hilo estuviera ligado a la entraña de esa masa oscura de la que no veo más que su piel mansa. Pero mientras tiro del aparejo siento que también tiro de mí, que algo vivo e inquieto que llevo hundido conmigo pugna por subir. Durante un momento me siento como recobrando no sé qué independencia nueva; el aire húmedo y salino, el mar, el tironeo de la línea, el frío de la arena que siento en los pies, y todo lo que me rodea, forman un mundo firme y luminoso que estoy recobrando. Tiro de la línea chorreante de agua salada que viene con colgajos de algas. Las sacudidas del hilo se corresponden con un chapoteo que oigo; una forma plateada salta y se curva sobre la arena.

—¿Pescaste, papá?, me pregunta mi hijo que viene corriendo desde la arena seca.

—¡Es un cazón!, grita.

Él tiene ahora en sus manos el pescado vivo. Pero lo que yo traía prendido en el anzuelo era algo más: otra noche inmensa que surge y en la que otro tironeo persiste. También había mar y estrellas, y junto a nosotros se deslizaban las altas sombras de los buques anclados, silenciosos. El pique, entonces, lo había sentido con una caña corta: la línea era un anzuelo atado a un delgado alambre de bronce. Como no tenía boya, bajaba y subía según el balanceo de la buceta. La que picó fue una roncadera. Él me había ayudado a desprenderla con cuidado, y luego la habíamos puesto en una lata de aceite con agua de mar. Durante todo el camino de vuelta hasta casa había ido sintiendo el ronquido del pez dentro de la lata.

—¿Te traigo la camada, papá?

—Sí, trácme.

Durante todo el invierno le había pedido que me llevara. Y ya había llegado al verano.

—¿Cuándo me lleva, tío?

—Vamos a preguntarle a papá. Si él quiere, esta semana vas conmigo.

Le pedí a mi madre y ella obtuvo el permiso. La noche antes ya estaba dispuesto a cenar temprano y a irme en seguida a la cama. Pero sentía una felicidad tan inminente que no tenía sueño. Y aquella felicidad de entonces es la misma que nutre ahora mi goce de lanzar

la plumada y esperar luego, quieto, el llamado del mar. Una nube oculta la luna y la extensión se oscurece. Mi hijo me pregunta:

—¿Vas a tirarlo de nuevo, papá?

—Sí. Cuidado que no se te enrede el hilo.

—No. Yo me quedo quieto aquí.

Y luego que la plumada se hundió:

—¿Podemos pescar un pescado muy grande, papá?

—Es difícil...

—¿Por qué, difícil?

Mientras sostengo el aparejo siento mis dedos más gruesos: el agua de mar, la arena, no sé... y me acuerdo de sus dedos cuando encarnaban el anzuelo de la cañita.

—¿Por qué es difícil pescar un pescado muy grande? ¿Porque tira mucho?

—No. Porque no hay aquí, cerca de la costa.

—Ah!

Un pescado muy grande. Eso es lo que yo también había querido, pero en la bahía no había *pescecani*.

—¿Y si viene a comer mejillones? ¿O cangrejos? ¿No puede venir uno grande a comer cangrejos?

—No comen cangrejos, los grandes; comen otros pescados. Y además aquí hay poca agua.

—¿Y si compramos un barco? Podríamos ir a pescar al horizonte, ¿verdad? ¿Vamos a comprar un barco?

¡Salir a pescar en barco! Para eso mi madre había estado preparando la ropa durante toda la tarde como para una larga expedición: camisa gruesa, tricota de lana, el

saco de mi traje viejo y la gorra con visera —“porque después el sol se pone muy fuerte”; había dicho él. Y en los bolsillos del saco yo había ido amontonando lo que juzgaba necesario: hilos, un pedazo de alambre, tapones de corcho, mi cortaplumas.

Cuando me levanté de la mesa fui a su lado:

—¿Ud. me despierta, tío?

—Pierde cuidado. Ahora ve a dormir.

Debajo de las sábanas pensaba en el mar, en los grandes peces, y sobre todo en aquel que una vez había arrastrado su barca mar afuera, frente a Marina di Camerota. Todavía soñaba con el *pescecame* cuando su mano gruesa y áspera sacudía la mía junto a la almohada.

—¡Hay que levantarse! ¿Andiamo a pescar?

No podía creerlo. Era noche oscura, todavía. ¡Y era cierto!

—¿Qué hora es, tío?

—Van a ser las dos. Vamos.

Él me había dicho que íbamos a salir a la una: se hacía tarde. (¡Salir a pescar a la una de la mañana!) Pero ya eran casi las dos. Yo no sabía cuándo amanecía. Temía que pudiera hacerse de día. En seguida estuve vestido y fui al comedor. La casa tenía ahora ruidos diferentes. Al pasar frente al cuarto de mi abuela la oí roncar y temí que estuviera enferma. Estaba oscuriísimo. Desde el corredor vi la luz que venía de la lámpara del comedor. Allí él me había preparado el desayuno. Un desayuno diferente: había extendido una servilleta

en la cabecera de la mesa, sobre el viejo hule floreado, y había cortado gruesas rebanadas de pan sobre las que había aplastado algunos pedazos de manteca. (Mi madre cortaba rebanadas más finas y extendía la manteca de manera pareja). Él se había servido un desayuno igual al mío. Era un desayuno de pescadores. Yo lo tomaba gustosa y orgullosamente.

—¿Tenemos que llevar algo, tío?

—No. Voy a llevar esa lata de pintura, nada más.

—¿Hay que pintar algo? ¿Ahora?

Ya veía demorada la salida.

—No; es para dejarla en la buqueta.

—Yo llevo hilo. Se necesita, ¿no? Y el cortaplumas.

¿Sirve, verdad?

—Sí, yo tengo el mío. Pero toma tu leche.

—Está rica. ¿Me lo muestra, tío?

Nunca volví a ver otro igual. Tenía la hoja más ancha en la punta que junto al cabo, como un hacha pequeña y alargada, y por el otro lado se habría un punzón grueso y algo herrumbrado. Servía para trenzar cuerdas.

Quise cortar el pan con la hoja.

—Ah! ¡Deja eso! ¡Corta con el cuchillo! ¡Está sucio, eso!

—Está limpio, tío.

—Deja, vamos. Pone dos pedazos de pan en el bolsillo.

Y me envolvió el pan en un pedazo de papel de estraza.

La calle, a esa hora, me era desconocida.



Cuando él cerró la puerta, el golpe resonó por toda la cuadra. Y en seguida nuestros pasos, cuyo ruido oíamos rebotar en la pared de enfrente y volar luego sobre nosotros.

Entonces vivíamos en la casa de Don Francisco, en la calle Paysandú casi Cuareim. De modo que bajamos por Rondeau y doblamos en Galicia. Yo desconocía las calles: los rieles del tranvía dormían brillantes y silenciosos en medio del empedrado desierto. Las únicas luces encendidas eran los faroles de las esquinas: los de la media cuadra también estaban apagados. A veces oía largas pitadas seguidas de otras más cortas a las que respondían otras mucho más lejanas: eran las señales de los guardiaciviles. La estación del ferrocarril, sí, tenía sus luces encendidas, y en su hall resonaba un fuerte rumor de máquinas y el silbido profundo de las calderas de vapor. Más allá se extendía la ancha avenida empedrada sobre la que dormían los vagones de carga cobijados por las lonas impermeables.

Por allí entramos al puerto, y apenas pasamos junto al Rowing se nos abrió a la izquierda la ancha libertad de la bahía. No había luna. Pero la noche era clara. En algunos barcos brillaban luces. Nosotros pasábamos frente a los muelles. Creí reconocer aquél en el que debía estar amarrada la buceta.

—¿No es aquí, tío?

—Sí. Es aquí. Pero primero vamos al muelle de pescadores a buscar la carnada.

Al fondo de la explanada brillaban varias luces y se distinguían sombras que se movían.

—Papá, ¿no pica?

—No.

—¿Me lo dejás tener, papá?

Él toma el aparejo y yo me siento en el suelo. Él se sienta sobre mis rodillas y mantiene el brazo en alto para que el hilo no arrastre por la arena. La nube pasó. Me vuelvo para ver la playa. La extensión es clara ahora. Al girar me palpo en la cintura el cuchillo. Me gustaría tener el cortaplumas aquel, poder tocarlo. ¿Dónde estará ahora? El farol de querosene arde sobre la arena. Mi mujer me hace señas. Le contesto. La ilumina de un lado la luz amarillenta del farol. Aquellas luces también eran amarillentas. Eran los fuegos sobre los que hervían las ollas con la carnada. El fuego era de leña y hacía arder los ojos, y el vapor denso de las ollas nos impregnaba. Envolvió las lachas en una hoja de diario y volvimos. Sobre la buceta volvió a acompañarnos la emanación de la olla donde las puso a hervir. Yo estaba a proa, escapando al olor. La buceta se balanceaba suavemente. A mi lado se deslizaba el agua negra que nos sostenía. Él remaba, de pie y mirando hacia adelante. Pero el viento corría más que nosotros y el vapor de la olla me alcanzaba en algunas ráfagas. Lo que después puso en el anzuelo no fue sin embargo esa carnada, sino un pedazo de pejerrey. La lacha la pisó con cangrejos y pan duro y la fue tirando al agua. Y luego dejó caer el mediomundo. Lo dejaba hundirse de canto, contra

la borda; y detrás se hundía la pulida caña de tacuara. Entonces me dijo que me estuviera quieto; que si hacía ruido en la barca los peces me oirían y huirían. La buceta se movía apenas. La extensión de agua de la bahía se aclaraba en torno y tomaba un color de acero. Yo siempre la había visto desde lo alto de los muelles: ahora, desde la buceta, me sentía adherido a su mansa superficie y me sorprendía sentiría tan ancha en torno. Y a lo lejos, el parpadeo rojo y blanco de la farola del Cerro.

Contra los muelles despertaban las siluetas de las grandes naves de ultramar; el cielo se iluminaba detrás de la ciudad gris, y las grúas recortaban sus largas siluetas de garzas mecánicas contra aquella mancha rosada que se extendía. Arriba, el cielo era casi verde.

—¿Aquello qué es, tío?, le pregunté en voz baja.

—¿Aquello? La torre del Correo. Pero estate quieto a proa.

Lejos, a la entrada del canal, un remolcador lanzó una pitada profunda que vino resbalando sobre el agua, hizo ecos sobre los malecones y se alejó en dirección al Cerro como una espesa nube de sonido que llenó un momento toda la bahía y al fin se perdió, disipándose como humo o niebla contra los últimos barcos. A algunas cuerdas otras bucetas venían remando en medio del sonido que se disipaba. Nosotros ya habíamos quedado otra vez en silencio, escuchando el aire abierto y el leve chapoteo del agua contra el casco.

Él había puesto el pie izquierdo sobre la borda; apoyó el antebrazo en la rodilla y con el brazo derecho hizo palanca sobre la tacuara que alzaba lentamente la caldera. Aparecieron los cinco hilos, reunidos primero junto a la punta y separándose después, a medida que la caña se alzaba, hasta que emergió el círculo de mallas de bronce en las que brillaba el agua. En el fondo venían algunos pejerreyes.

—¡Pica, papá! ¡Pica!, dice mi hijo incorporándose de golpe, y como no tiene confianza en el largo de su brazo para tirar, da la espalda a la orilla y se lanza corriendo playa arriba, el hilo asido con las dos manos:

—¡Tirá, papá, tirá! ¡Picó! ¡Picó! Y tropieza sobre la arena y cae de bruces sin soltar el hilo ni dejar de gritar: ¡Picó, papá, picó! Se me acerca y le veo la cara llena de arena.

La luna me deja ver la línea que corre a mi lado. Otra vez siento el tironeo del pez: delicado, insistente, seguro. Mi hijo está ya en la orilla, asiendo otra vez el hilo y tirando. Al fin viene con el pez en el aire que se debate.

—¡Grita, papá! ¡Es un pescado que rezonga!

—¿Cómo: rezonga?

—Sí: oí el ruido que hace!

También es una roncadera.

Pero ésta es más grande. Aquélla era pequeñita. Dentro de la lata de aceite llena de agua de mar podía nadar. Y roncaba. Yo sentía la vibración del ronquido en las manos mientras llevaba la lata.

Ahora vas a pescar tú, me había dicho.

Dejó el mediomundo sobre la popa y sacó de debajo de los bancos una cañita corta y delgada. Le ató a la punta un alambre de bronce, del mismo con que tejía el mediomundo, y en la punta puso un anzuelito pequeño que encarnó.

—Pesca ahora, me dijo.

—¡Pero no tiene boyal!

—¿Y para qué la necesitas? Toma. Y me puso en las manos la caña. El anzuelo ya estaba debajo del agua. Por la otra borda empezó a deslizarse de nuevo el mediomundo y luego la caña de tacuara. Con la mano izquierda dejaba caer la ceba.

Pero alguien tiraba de la punta de mi caña.

—¡Un pescado, tío!

—¡Levanta!

Levanté la caña. En la punta del alambre se encorbaba la media luna dorada de un pez. Lo desenganchó con cuidado y lo puso en la latita.

—Oye como rezonga. Es una roncadera.

—Llévasela a tu madre, le dije después de desengancharla.

Él salió corriendo hacia la luz del farol que mancha de amarillo la silueta de su madre. Atrás, alta, una corona de fuego bordea las cumbres. La luna, en la mitad del cielo, tiene suspendida la noche; esta noche de ahora. Pero en los bordes de su claridad se pierde también la otra que el recuerdo disuelve en la luz de una limpia y antigua mañana de enero.

EL BRASERO Y EL RELOJ

El invierno eran sus gestos más que el mismo frío, porque, con frecuencia, el mal tiempo hacía imposible que saliera al mar, y entonces pasaba casi todo el día en la casa, salvo al fin de la tarde, cuando iba "a ver cómo estaba la buceta".

Entonces su ocupación principal era el brasero: una vieja olla de hierro fundido en la que ardían mansamente las minúsculas brasas de cisco. Él las removía y renovaba todas las mañanas y todas las tardes. Con una espumadera vieja quitaba la capa de ceniza y dejaba a la vista las brasas, que primero ardían vivamente y en seguida se oscurecían y tomaban un profundo color rubí de calidad cristalina, transparente; y aquel color, que era como la misma entraña visceral del fuego, al quedar así expuesto al aire, se estremecía al más leve soplo, y se veían pasar sobre él pasajeras ondas más sombrías, como aguas en un lujoso tejido de piedra viva. Después, con la misma espumadera, agrupaba el cisco encendido hacia el centro y vertía otro nuevo y negro en el borde circular. Entonces ya iba apareciendo sobre el fuego una levisima escarcha de ceniza. Luego ponía el triángulo sobre la olla, encima la gran caldera, y terminaba cubriéndola con la gruesa colcha de retazos que la abuela había hecho en la máquina de coser.

A esa caldera se iba siempre cuando se necesitaba agua caliente: con ella se tomaba mate, y a ella se volvía por las noches para llenar las bolsas y los porrones. Cubierta con su manta de retazos parecía una gran gallina bataraza en su nido. Para tomar mate siempre era necesario esperar a que cantara.

—Vamos a tomar mate.

—¡Y espera un poco! Acabo de arreglar el brasero y todavía no canta.

El canto de la caldera era el apagado chisporroteo de burbujas que resonaban débilmente en su gran vientre circular.

En verano, el brasero —al que también llamaban el calorífero—, estaba al fin del corredor, junto a la puerta de la cocina, y casi nadie pensaba en él; pero en invierno, como un gran perro manso, siempre estaba a los pies de los mayores, estuvieran donde estuvieran; a la hora de comer, en el comedor, y, durante la tarde, en su propio cuarto, porque, además de su cama, de su mesita de luz y de una mesa grande y vieja, estaba la máquina de coser, y allí cosían la madre y la abuela. Allí era también donde él tejía el mediomundo y donde el niño jugaba, haciendo de su cama una barca, o de su despertador la campana del carro de los bomberos.

El despertador, en cuya esfera amarilla lucían las grandes cifras de las horas, estaba sobre la mesa de noche, coronado por una gran campana niquelada. A su lado, también amarillenta, apergaminada, una vieja litografía de Santo Domingo: el santo tiene las manos

juntas y el rostro impávido, los ojos mirando a lo alto; el perro que lo acompaña lo mira a él mientras sostiene entre los dientes una antorcha encendida. Secas y polvorientas, siempre colgaban sobre su marco las hojas de laurel de un ramo de pascua.

—Por un sueño que tuvo la madre. Antes de que él naciera ella soñó que su hijo iba a ser un perro así, que llevaba fuego en la boca. Y así fue. Porque todo lo que decía era como una luz, que alumbraba a todos. Por eso lo pintan siempre con el perro.

—Pero él, ¿tuvo perro?

—No. Ése es el perro que soñó la madre. A Santo Domingo lo pintan siempre así.

La abuela intervino:

—A lo mejor tenía un perro...

Y él se escandalizaba:

—¡Qué iba a tener! ¡Un santo, con un perro! ¡Y para qué lo quería! ¿Para que mordiera a la gente? ¡Era un santo!

Pero la abuela insistía:

—Yo decía... Hay otro santo, también, que conversaba con los animales.

—¡Pero ése era San Francisco! ¡Era otra cosa!

Entonces el niño preguntaba:

—Tío Domingo: pero usted le tiene miedo a los perros.

—Y cómo no les voy a tener. Una vez me atacó uno, en la montaña. ¿No te conté, otras veces? Toda la noche estuve peleando con él.

¡Cuántas confusiones! Tío Domingo y Santo Domingo; pero también el despertador. Porque en él aprendió las horas, y con ellas el misterio inextricable de los homónimos. Aquella era la única habitación a la que llamaban "cuarto"; "el cuarto del fondo" o "el cuarto del tío Domingo"; los otros eran "el comedor de todos los días" o "el comedor del frente" —que tenía el piso brillante de goma laca y que siempre estaba limpio, oscuro y ordenado, esperando visitas— o "dormitorios". Y fue justamente en aquel cuarto que aprendió a decir: "las cuatro y cuarto" o, "las cuatro y tres cuartos". Es cierto que ya sabía que las otras habitaciones también podían ser llamadas cuartos, pero eso no hacía sino aumentar la confusión. Además, cuarto y cuatro ya eran dos palabras que tendían a confundirse, pero, cuando, para superar el aprendizaje demasiado abstracto del reloj, y después de estar seguro de que eran las cuatro y tres cuartos, interrumpía las explicaciones, iba hasta el dormitorio de la abuela, contemplaba en él todavía un momento el otro reloj, cuyo ornamentado péndulo de bronce aparecía y desaparecía detrás de la puerta de cristal, burgaba acaso un poco en su costurero o buscaba algún caramelo de miel de los que ella solía tener sobre la cómoda, y se lanzaba al fin de vuelta a la carrera a través de las habitaciones en serie gritando, al atravesar cada una de las puertas: "Un cuarto,... otro cuarto,... y otro cuarto", cuando llegaba otra vez frente al despertador, dispuesto a decir, "Las cuatro y tres cuartos", contemplaba con estupor las agujas, y oía,

desconcertado, cómo el tío abuelo le explicaba: "Ahora son las cinco menos diez".

A veces, cuando el reloj atrasaba, el tío abuelo se preparaba para una operación que el niño seguiría atentamente a su lado: la limpieza del reloj. Lo llevaba a la mesa, extendía sobre el hule unas hojas de papel de diario, y preparaba sus herramientas: una latita pequeña, de conserva, que había limpiado y en la que había puesto unas gotas de querosene, y una pluma arrancada del plumero. Entonces quitaba la tapa del reloj y dejaba a la vista su maravilloso mecanismo metálico, que latía en círculos minuciosos, como si en el centro del volante goteara el tiempo, e irradiara después en aquellos giros repetidos y dorados hasta el lento movimiento que animaba las otras ruedas silenciosas. A veces, al introducir la pluma mojada en querosene entre las ruedas brillantes, el volante se detenía:

—Se paró, tío.

—Ya andará, contestaba él. Y seguía escrupuloso su limpieza.

Al fin, cuando, a su juicio, ya estaba limpio, volvía a poner la tapa y el niño gozaba a veces del privilegio de atomillar de nuevo las llaves. Entonces él lo hacía girar sacudiéndolo con una mano, y lo detenía luego en el aire, para oír si ya empezaba el triunfante tic-tac que anunciaba que la operación estaba terminada. Más tarde, el niño también alcanzó el privilegio de sacudirlo él mismo.

TEJÍA EL MEDIOMUNDO Y ME CONTABA HISTORIAS

Otras veces el tío abuelo tejía.

El mediomundo giraba lentamente, y él conversaba, o contaba historias, pero con frecuencia tenía que interrumpirlas para mascullar la cuenta de los puntos. La mano izquierda sostenía el delicado tejido de alambre, mientras la derecha hacía pasar la aguja por la trama. El movimiento de la aguja se retardaba al pasar por el tejido: estaba gruesa, cargada de hilo dorado, y se movía entre los lazos con lentitud de larva. Pero después salía disparada hasta el extremo del brazo extendido y tensaba el hilo hasta que el nuevo punto dibujaba la forma de un ala. De tiempo en tiempo dejaba de tejer, abandonaba la aguja a medio pasar en uno de los puntos, y parsimoniosamente, liaba un cigarrillo; pasaba la lengua por el borde de la hojilla, lo hacía rodar entre los dedos, y lo encendía. Entonces, con los brazos abiertos, levantaba desde el borde el liviano círculo de bronce, lo hacía girar un poco en torno, y volvía a tejer.

—¿El pulpo? Yo no lo vi; vi el brazo que me agarró, nada más. Jugábamos entre las rocas, junto al mar. Nos zambullíamos, buscábamos cangrejos...

—¿Pero son grandes, los pulpos?

—Aquél debía ser grande, porque el brazo que vi era como una serpiente; no muy grueso, pero fuerte como una cuerda, duro. Le costó trabajo a Vicente, cortarlo.

—¿Lo cortó? ¿Cómo?

—¿Quieres saber cómo fue? Jugábamos...

El niño escuchaba. No sabía qué mundo le crecía en torno, qué ramazón subía, qué tiempo se acumulaba. No se ve el aire que respiramos, nos da su aliento, nada más.

—Cuando hundí el brazo en el agua me agarró. Yo no sabía qué era. ¡Y tiraba!

El sol brillaba alto. Los muchachos de la aldea corrían y jugaban por la playa. Doménico había nadado cerca de las rocas, y nadando había visitado el fondo, allí donde había un ancla herrumbrada y fuertemente enganchada en una hendidura, y luego había trepado sobre las piedras, había vagado en busca de piojos de mar, de cangrejos.

Un cielo claro, un mar azul y espumoso, y un agua transparente, suplantaron la fría y gris tarde de invierno.

Entonces el tiempo marcaba su cadencia apoyándose en los gestos del tío abuelo, en su diario retorno del puerto, vestido todavía con sus ropas de mar; en la llegada de aquel atado de arpillera mojada en el que venían, los días de buena pesca, alguna docena de pejerreyes brillantes; en la periódica y parsimoniosa preparación de los mediomundos nuevos.

Y aún, de aquel círculo solar, de su metálica y porosa espuma, surgía a veces una diáfana luz distante: la luz de Marina di Camerota.

Cuando hundió el brazo en el agua, detrás de un cangrejo que escapaba, sintió como si una mano lo atrapara por la muñeca. Doménico estaba en cuclillas sobre el borde de la roca y no podía hacer fuerza. Para estar más seguro, se dejó deslizar, siempre con el brazo en el agua, hasta que estuvo de bruces y pudo aferrarse con el otro brazo a una saliente: entonces tiró, pero el brazo quedó asido abajo y sólo pudo hacerlo subir apenas mientras la piel sangraba contra el borde de piedra.

—El brazo no subía. No era una mano, era como una cuerda que me hubieran atado a la muñeca.

Y para que se entendiera mejor, dejó la aguja entre los últimos puntos; extendió el brazo derecho, y mostró cómo había tirado entonces; cómo se le lastimaba el brazo contra la roca:

—Así, tiraba. El brazo se me lastimaba contra la piedra.

—Y con el mediomundo, ¿no se puede pescar, un pulpo?

—¡Ah, no! —dijo él volviendo a su tejido— ¡Con un mediomundo! El mediomundo es para pescados chicos que están en el agua. Ellos viven en una cueva, entre las rocas. Sacan un brazo afuera, pescan lo que quieren, y se lo llevan adentro.

—¿Y a Ud. se lo quería llevar?

—¡Claro! Por eso tiraba. Y no sueltan, eh, no sueltan; son como algunos perros.

Mientras oí la explicación, yo tenía el brazo derecho plegado y apretado contra el cuerpo.

—Pero al final, soltó, ¿no?

—No soltó, no. ¡No soltó más! —dijo—. Hubo que cortarlo.

Dejó la aguja en el tejido, e hizo girar otro poco en torno al mediomundo.

Yo buscaba en el brazo, en la muñeca, que ya empezaba a moverse otra vez detrás de la aguja, el lugar donde había quedado la herida. O el corte.

—¿Y cómo?

Estaba solo; los demás se habían quedado jugando en la playa, lejos. Entonces él se puso a gritar. Mientras tanto, y con la esperanza de que el pulpo aflojara, bajó aún más el brazo, lo hundió casi hasta el hombro en el agua, y tiró de golpe; pero el espacio que así perdió, ya no lo pudo recuperar. Quedó de bruces sobre la roca inclinada, con todo un brazo en el agua y el otro estirado hacia atrás, asido a una ranura; la muñeca le dolía y le ardía; y también le ardía la piel en la que se le incrustaban los filos de la roca.

—Yo gritaba; pero los otros no me creían.

—¿Como el pastor mentiroso? —dijo la madre.

—Tú te ríes; pero no podía sacar el brazo por más fuerza que hiciera. Y no son tan grandes; los brazos tampoco son tan grandes, pero son fuertes como cabos. Al fin vinieron, pero no querían hacerme caso; jugaban;

me agarraban del cuerpo y tiraban; y yo gritaba, porque el brazo no venía y me estaban despellejando contra la piedra. El pulpo era una correa de fuego que me cortaba la muñeca. Entonces fue Vicente el que dijo: "Hay que cortarlo". Y se tiró al agua. Él tenía un cuchillo.

—¿Y el pulpo no lo agarró a él también, tío?

—No; estaba en un agujero de la roca, y no tenía afuera más que un brazo, aquel que me agarraba a mí. Vicente trabajó para cortarlo, porque era duro. Como goma dura. Al fin, cuando lo cortó, todavía vino prendido con mi brazo y moviéndose como si fuera una serpiente; y cuando se soltó, me dejó como una pulsera de lentejas, todas rojas, que ardía como si tuviera fuego.

—¿Por qué?

—Porque todo a lo largo de los brazos tienen como botones que chupan y se quedan pegados; y con cada uno me había hecho como una lenteja en el brazo. Después me quedaron negras.

—Pero no se ve nada, en la muñeca.

—¡Eh; hace tiempo de esto! Yo era joven, era un muchacho, entonces —dijo, mientras la aguja retomaba su ritmo habitual. De pronto pasó dos veces por el mismo punto y dijo, mirando la claraboya y su débil blancor ya ceniciento: —Rosita: ¡prende la luz!, y empezó a mascullar la cuenta de los puntos.

... El día moría. El tiempo de la tarde lo medía aquel ritmo de la aguja que trenzaba el inacabable festón de bronce; pero había aún otro ritmo, más amplio, que abarcaba el paso de las estaciones, acaso de los años,

y que también se hacía sensible en el girar de las grandes ruedas doradas. Él tejía sentado en el suelo, en el centro del transparente círculo metálico, que se movía lentamente a su alrededor, mientras la aguja creaba las innumerables series concéntricas de aquel fijo enjambre de alas doradas y vacías.

... Nunca dijo si alguien le enseñó a tejer; a nadie se le hubiera ocurrido preguntarlo; lo sabía, como saben las aves sus largas derrotas migratorias.

... ¿A dónde llevaba aquel tejido? Porque su tarea, no era sólo artesanal. Tejía en invierno y por las tardes, en una habitación del fondo de la casa, pero allí donde tejía, espacio, tiempo y climas manaban y se extendían: el lento girar de aquella rueda, el ritmo del tejedor en el centro, y aún la cuenta que mascullaba a veces, sin atender a nadie, convertían al mediomundo en un calendario ritual; allí quedaban inscriptos, en los flexibles jeroglíficos que dibujaba el largo hilo de oro, anchos días de sol y de mar, de barcas y de peces: dentro del invierno, encapullados en aquel círculo dorado, nutridos de días remotos, anidaban y se generaban los futuros veranos.

EL PONTÓN.

...Seguramente fue la abuela quien la puso sobre la mesa. El niño la había contemplado muchas veces ya, pero nunca podía recordar cómo era realmente aquella maravilla. Todos los días, mientras se guardaban los vasos en el aparador, alcanzaba a verla en el fondo, en un rincón, detrás de la caja de cartón que había sido de alguna medicina y en la que entonces se guardaban las barajas, y junto a la resplandeciente dulcera de cristal que periódicamente la abuela hacía rebosar del dulce de leche que no cabía ya en los frascos, y cuya cúpula brillante, coronada por una esfera de vidrio, sobresalía entre los vasos, las copas rojas y verdes, y las cajas en las que se guardaban los juegos: el dominó, las barajas, el ajedrez. Pero lo que de ella alcanzaba generalmente a ver era sólo su cuello, común, humilde, modestísimo, que apenas se distinguía de los de algunas otras botellas allí guardadas por el lacre inusual con que estaba protegida. Ahora que estaba sobre la mesa, en la posición que realmente debía tener, casi no la miraba. A través del vidrio no muy limpio sus ojos recorrían minuciosamente las ondas de azul pálido, bordeadas de otras blancas, de aquel pequeño mar de lacre endurecido en el que se sostenía, inverosímil, increíble aun para los ojos que lo veían y más todavía para el tacto que no podía alcanzarlo, el maravilloso vapor tallado en madera, de

cuya chimenea se desplegaba, sostenido por un viento en el que sólo él creía, un penacho de humo espeso y rígido, tan rígido y tan inmóvil, tan obediente él mismo a los más leves movimientos que se imprimieran a la botella, que no parecía ser siquiera ni del sucio algodón con que unas manos ingenuas e ingeniosas lo habían construido. Tenía, además, dos mástiles y todo un sistema de jarcias que los unían entre sí. ¡Cómo aumentaba su encanto la frágil y segura cárcel de vidrio que lo encerraba! Si hubiera podido tocarlo; si, desprendido del pequeño charco de lacre azul endurecido, hubiera podido hacerlo navegar por el complicado archipiélago que dibujaban las flores repetidas del hule de la mesa, si lo hubiera podido hacer atracar al magnífico muelle en que estaba pronta a transformarse la tapa de la caja de ajedrez, para cargarlo con tanta mercancía como estaba dispuesto a encontrar en el palillero, en el azucarero, o en el paquete de tabaco de su tío, hubiera creído poder disponer de una dicha inmensa. Pero el placer era todavía mayor —aunque él no lo supiera— porque no podía siquiera tocarlo. Mirarlo sí. Cuanto quisiera. Y por eso había descubierto que el hilo que partía de lo alto del palo bajaba hasta la proa y, desde allí, seguía en línea recta, inexplicablemente tenso, hasta el corcho del tapón donde se ocultaba debajo del lacre; de modo que le parecía uno de esos insectos que segregan de su propia boca un hilo sutil con el que tejen un capullo que terminan desde dentro, y que, cuando los descubrían en el jardín y desgarraba la envoltura, los encontraba

como atrapados por su misma tarea, como si colgaran, pescados, por el mismo hilo que segregaran. Así, cautivo en su propia cárcel transparente por aquel hilo que había descubierto, el sortilegio era aún mayor y más vivo. Además: ¿cómo había entrado allí?

—Lo hacen fuera, —le había dicho su padre— y luego lo arman.

—¿Y cómo?

El que entonces contestaba era el tío:

—Lo preparan todo muy bien, después lo meten adentro y lo pegan, y después tiran de un hilito y suben los palos.

—¿Y la chimenea? ¿Y el humo?

—También.

Eso era lo que completaba la maravilla: tiraban de un hilito y la chimenea se levantaba, los palos se erguían, los cordajes se ponían tensos, y el penacho de humo orientaba para siempre, en la pequeña cámara de cristal, un viento inmóvil. Esa inverosímil metamorfosis, ese lento desplegarse del pequeño navío moderno —¡porque era un vapor!— que veía allí erguido y levantando con su pequeña proa enérgica dos simétricas ondas de endurecido azul pálido, nutría la imagen que se le ofrecía, con un esplendor propio. El instante en el que él soñaba era ése en el que la mariposa despliega desde el capullo la frágil estructura de sus alas; no el momento, acaso más milagroso, en el que ocurre la metamorfosis de la larva, —porque éste está como hundido en un oscuro y casi inimaginable subsuelo biológico—,

sino aquel otro en el que, ya formadas, pero plegadas e increíblemente dispuestas en el estrecho capullo, van desplegándose las nervaduras y tendiéndose las delicadas membranas, mientras el insecto reptaba todavía con sus últimos movimientos de gusano por el orificio de salida. Sólo que, dilapidando tanta riqueza, la naturaleza nos deja olvidar, cuando contemplamos su vuelo irregular o la simetría de esas alas clavadas debajo de un cristal, el lujo creador del momento de su despliegue. Pero el barquito, en cambio, por el hecho de tener que ser visto siempre dentro de la burbuja de vidrio, le hacía inevitable el pensamiento de su misma construcción, y aunque la madera en la que estaba tallado era tosca, y el penacho de humo permanecía rígido, todo él estaba todavía conmovido por el estremecimiento del instante aquel en que sus palos se habían erguido, su chimenea se había alzado y los cordajes se habían puesto tensos. Su creación la repetía cada mirada.

Además, él mismo venía del mar; había nacido él mismo en un barco.

—¿Lo hizo Vicente, no?, indicó la abuela.

—No. Vicente no. Lo trajo Vicente. Lo hizo aquel Antonio que estaba con él en el pontón.

—¿Qué es un pontón, tío?

El Pontón de la Panela. Un barco con una farola.

—¿Para qué, con una farola?

—Un faro. Para que los otros barcos sepan que por allí no se puede pasar. El pontón está anclado. Una vez cada quince días iban a llevarles cosas. Ellos venían a

tierra cada dos meses. Un mes uno, un mes el otro. Para matar el tiempo hacían cosas. Allí fue donde Vicente empezó a tomar.

Un gesto de su madre lo hizo callar. Pero aquella expresión oscura y sin embargo cargada de sentido, evocaba las noches en que, a la vuelta de un paseo por los muelles, pasaban un rato en "La Recalada" viendo jugar a las cartas en un ambiente saturado de olores extraños; tabacos toscanos y viejos olores a vino que subían del sótano, y en cuya luz amarillenta aparecía a veces un hombre que vociferaba y amenazaba, hasta que salían porque había llegado alguien que "estaba tomado".

—El Pontón de la Panella, ¿está lejos?

—Sí. Delante del Cerro. Pero afuera.

Como la abuela se llamaba Panella y él ya lo sabía, aquel barco que estaba amarrado en el río, lejos, delante del Cerro, extendía hasta aquellas aguas desconocidas el patrimonio familiar. Es cierto que él no lo había visto nunca, pero tampoco había visto nunca por dentro el taller donde trabajaba su padre, del que sin embargo sabía tantas cosas, y que era de algún modo, por eso mismo, de su pertenencia, de modo que pensaba en él como si se tratara de una habitación de su propia casa a la que simplemente no hubiera entrado todavía. Así fue suyo también aquel pontón durante un tiempo; tanto como lo era entonces —y aún después, pero eso tardó más en saberlo— la misma Marina di Camerota. Además allí estaba aquel barquito como una prueba fehaciente

de su existencia y de la familiaridad que los ligaba. Por eso lo hacía balancearse moviendo un poco la botella sobre la mesa, con la ilusión de que reproducía, no el movimiento que él mismo hubiera tenido si navegara, sino aquel otro, infinitamente más sugeridor, que habría tenido si reposara sobre la mesa o sobre el desconocido aparador de otro gran barco anclado, el Pontón, mientras fuera soplabla el temporal, y allí dentro, entre olores a toscano y vino viejo, un hombre bebía vino sentado a la mesa, hasta que se levantaba y se acercaba a la puerta para vociferar y para gritarle a la noche.



LA PELEA EN LO ALTO

Salvatore era rico. Por eso su hijo estudiaba "para cura" al otro lado de la montaña, a dos días de viaje. Dos veces por mes la familia preparaba su canasta. Se ordenaban allí piezas de ropa limpia; frutos —higos, uva—; quesos —cacio cavallo— y un hermoso pan blanco. Alguien del pueblo la llevaba. Una vez él empezó a llevar la canasta para "el estudiante cura". Cuando fue a recogerla, Salvatore le dio dos panes y un pedazo de queso para que comiera durante el viaje.

Era de tarde. Puso los panes en el bolsillo de su saco, colgó la canasta al brazo, y empezó a caminar. El camino bordea el olivar: la tierra es rojiza. Pronto el camino tuerce a la derecha, luego a la izquierda, y sube hacia Camerota.

Un viejo pastor cuida de dos chivas.

—¿A dónde vas?

—A Céntola. Le llevo la canasta al estudiante cura.

—Cuidado. Están los *briganti*.

—Yo llevo la canasta...

—Anda.

Pasa por Camerota. El camino vuelve a bajar y sube en seguida otra vez. Él se detiene a recoger moras. Ya es la montaña. Se detiene a mirar para atrás. El camino hecho trepa en lazos por la ladera a sus pies. Allá abajo, una montaña menor con un caserío en la cumbre:

Camerota; y detrás el mar. Marina no se ve. Se ve el mar de Marina y, a la derecha, el cabo Palinuro. Allá, detrás del mar, se puso el sol. Y el mar es violeta. Las ondas dibujan grandes semicírculos en el agua que, vistos desde lo alto, casi no se mueven. Una vela oscura viene por el golfo. Reconoce la barca de Pascual; la más grande. ¡Qué pequeña parece desde allí!

... Sigue su camino. La noche va a ser fresca y, aunque sin luna, clara. Se puede caminar todavía.

... Cenó moras que recogió por el camino. Después higos negros y dulces que tomó de un árbol bajo y deforme crecido al azar en la misma montaña. Ahora busca descansar. Desde donde está ve un pequeño valle encastrado allá en la altura entre dos cumbres. Trepa todavía otro poco y vuelve a descender apenas. Ya está en el valle. Allí termina un viñedo y el suelo se aplana: es un campo llano y espacioso; un rastrojo. En un extremo, cerca de la otra ladera, la mansa montaña de paja. Todo esto lo ve borrosamente. Lo único que ve con nitidez es el recorte de otras alturas negras contra el cielo y, sobre todo, el palpitante estrellerío de encima. Parece que estuviera en otro país. Hace frío en lo alto. Tiene prisa por sentirse hundido en la paja, por abandonarse a su olor húmedo y a su blandura crujiente.

... Se quita el saco, trepa sobre la parva, y luego se entierra en ella. Se cubre con el saco y se sacude, procurando que caigan sobre él montones de paja. Al fin se queda quieto. Siente contra su cuerpo las formas duras de los dos panes que guarda en sus bolsillos. Está

abrigado. Sólo le queda la cabeza afuera, con los ojos abiertos, inundados por el innumerable temblor del cielo. Nunca tuvo el cielo tan cerca.

Ha dormido sin duda, pero ahora debe estar despierto, porque siente en la nuca la paja y porque hay algo que se mueve cerca: algo que salta y que gruñe. Oye también sobre la tierra los golpes de un cuerpo blando y pesado, pero ágil. Abre los ojos: durmió, sí; el cielo sigue inundado de brillos, pero es diferente; es el cielo de la noche alta, que él conoce bien. La paja se mueve cerca de él: allí abajo, al pie de la parva, hay una sombra que se agita buscándolo. Se incorpora apenas. Tiene miedo porque la oye resoplar. No se atreve a moverse. La sombra dio un salto hacia él, cayó sobre la paja y arrastró algunos manojos en su caída. Su cuerpo quedó sin apoyo a un lado. Él sintió el gruñido corto, la rabia de no alcanzarlo con el salto. La bestia va a volver a saltar. Pero ahora hay un momento de quietud. Se oye un silencio puro, transparente, que se dilata hasta más allá de las cumbres. El grito débil de un pájaro nocturno, lejos. Apenas un piar. Y otra vez el silencio. Pero ahí abajo eso está vivo. Tiene que hacer algo; esa bestia espera, se mueve.

De pronto, de un salto brusco y calculado, y con un grito que su miedo le hace modular casi ferozmente, se desprende de la paja que lo rodea; y que él aventaja en torno, y cae al suelo, de pie, el saco asido con las dos manos. La gran sombra viva lo esperaba; pero la espantaron la caída y el grito y corrió unos metros. A

él le bastó. Se puso de espaldas a la parva y esperó que volviera. Viene gruñendo, saltando. Cree ver un brillo blanco en su boca. Cuando ya va a saltar sobre él, le pega con el saco lastrado por los panes y manejados con fuerza por los dos brazos. La sombra salta: él vuelve a golpear. Es fuerte y tiene las espaldas guardadas por la parva. La sombra lo acosa, se retira, y acecha durante un momento que él aprovecha para respirar hondo y asir mejor el viejo saco pesado. A cada salto del animal responde con un golpe. La bestia se separa. Entonces respira. Y luego empieza de nuevo. Le duelen los brazos, los hombros; el sudor le gotea por las cejas y le enturbia los ojos. Pero no puede detenerse. El animal sólo se separa para tomar impulso, y ya está otra vez. Así luchó toda la noche ("Tutta la notte, sai? Fino al alba...")

Al amanecer, cuando el cielo era claro ya sobre las cumbres, oyó el silbo de un pastor. El gran perro negro dudó un momento. Él se quedó quieto. El perro también. Sólo se oían las dos respiraciones agitadas, la suya profunda y la más corta del animal. Volvió a oírse el silbo. Y entonces la bestia partió, gruñendo. Todavía lo miró otra vez; girando la cabeza mientras se alejaba al trote. ("Tutta la notte, sai?, fino al alba. Era un gran cane bruno. Non so. Forse ch'era un'altra cosa...").

II.

UNA LUCHA CON LO QUE NO SABEMOS

Quando lo busco vienen ondas de imágenes que conmueven su contorno creándole un resplandor móvil e inquieto, un halo tembloroso que lo abriga. De esas imágenes ¿a cuál atender? Sé que en la plaza, a la derecha de la Iglesia de Santo Domingo —su patrono— está la casa donde nació. La parra que crece en la calle, junto a la puerta, alza su tronco rugoso contra la fachada clara y da sus frutos en lo alto, sobre el primer piso. Sé que el agua la traen las mujeres en cántaros de barro que llevan sobre sus cabezas: un brazo levantado para sostenerlo, el otro apoyado en la cintura.

Las imágenes vienen rodeando su ausencia: ¿a cuál atender? De esa vasta ramazón que la memoria empuja y conmueve como un árbol vivo ¿dónde está el núcleo que busco? La entraña de ese árbol ¿no será el viento que lo agita? Lo que lo hace vivo y sensible, ¿no será este mismo empeño de la búsqueda?

Acaso él sólo espera este buscar. Él sabe y quiere enseñarme que entre el hombre y la sombra que lo cerca lo único que puede ser hallado es ese mismo empujado empuje de la búsqueda, una lucha a brazo partido con lo que no sabemos.

SEGUNDA PARTE

EL VIAJE

LO RECUERDO EN NÁPOLES

Ya en Nápoles yo pensaba en él. Lo imaginaba recién llegado a la ciudad rumorosa, inquieta, y a él, perdido. ¿Habría buscado dónde comer luego de llegado a esa estación? Sí, sin duda, pero no en los lugares donde yo mismo buscaba ahora. Él nos contaba que era fácil entonces todo:

—Per due soldi se podía comer, si. Per due soldi... Y mi abuela traducía:

—Por dos vintenes, ¿capito? Y separaba las manos que tenía apoyadas en la falda para recoger del bolsillo del delantal el monedero que mostraba:

—Vamos a decir: dos vintenes.

Y mientras yo seguía remando por la bahía, oía otra vez más la explicación. La bahía era el grupo de patines de vidrio que, en aquella casa alta, dejaba pasar un poco de luz para el patio de abajo, mi barca era la gran bolsa de arpillera llena de ropa sucia que la lavandera vendría a buscar, y los remos eran las clavas con que había hecho gimnasia en un club el hermano de mi madre cuando jugaba al fútbol... Las ollas estaban siempre hirviendo sobre el fuego, y cuando uno pedía spaghetti —due soldi— la vendedora ataba un puñado de fideos con un hilo y lo sumergía en la olla. El parroquiano esperaba, y ella esperaba también, con el hilo en una mano. Entonces yo amarraba mi barca al muelle —allí

donde terminaban los patines y empezaban las baldosas—, y escuchaba. En seguida estaban prontos: ella tiraba del hilo, los ponía en un plato y vertía un cucharón de jugo encima —sugo—.

Nada de eso encontré, sin embargo. Acaso si hubiera buscado en los *vicoli* que están más cerca del puerto. Pero no encontré nada parecido. Además no sabía dónde buscar. Sólo sentía que me rodeaba esa ciudad que había sido el primer ensanchamiento de su vida, y desde cuyo borde, sobre aquellas aguas resplandecientes, había empezado a partir. Desde el mar y desde Capri se veía la serena y eterna nube del Vesubio. Él nunca había llegado a ver desde la altura de la isla el mundo resplandeciente que habitara.

Desde mi barca atracada al muelle, y mientras sostenía alzados los remos —las dos clavas de gimnasia— pregunté:

—¿También tiene bahía, Nápoles?

—Sí.

Desde la azotea de aquella misma casa —“la casa alta” la llamaríamos siempre después, porque vivíamos en un segundo piso al que llevaba una escalera interminable— yo había contemplado muchas veces la bahía. Desde aquella azotea de altura vertiginosa se veía, hacia el Sur, la cuesta de la ciudad que cubre la península —la casa está todavía, en la calle Paysandú, casi Julio Herrera y Obes—, y hacia el Oeste se dominaba la caprichosa geometría de otras azoteas bajas, claboyas, altillos y, más allá, los mástiles y las plumas de

las grúas del puerto, detrás de los cuales se extendía la llanura esmaltada del agua de la bahía; lejos, del otro lado, la mansa elevación del Cerro y la casi mitológica estructura de la Fortaleza en su cumbre. En las tardes de verano, y cuando ya se ponía el sol, me gustaba ver parpadear el faro: blanco, blanco, blanco; y blanco. Para mí aquel lejano parpadeo iniciaba, desde lo alto, la proliferación de luces que luego se irían encendiendo en la misma falda del Cerro, y que más tarde se derramarían por la bahía, como si una cotidiana primavera nocturna hiciera estallar brillantes flores rojas, verdes, blancas, en la mansa pradera marina.

¿Es como el Cerro, el Vesubio, tío?

No era como el Cerro. Durante el día el Vesubio se mantenía erguido, sosteniendo la brillante luminosidad del cielo y enriqueciéndolo con su delicado penacho de humo. De noche, desde Capri, veía aquel humo iluminado por los resplandores rojizos que subían desde el cráter. Él nunca había estado en Capri, por eso no había visto nunca desde la altura el mar sembrado en la noche por las luces brillantes de los pescadores: un mar sereno en el que flotan estrellas: móviles estrellas que discurrían en la sombra diferentes destinos. Y ahora yo estaba ya en ese mar, el mismo mar que surca el *pescecano* y que habitan los grandes pulpos; aquellas luces que yo veía derramadas sobre el mar navegaban sin duda sobre barcas iguales a las que, unas cuantas millas más al Sur, en el golfo de Salerno, en el golfo de Policastro, salían todas las noches a buscar la pesca.

Yo las había visto durante el día. Las más pequeñas iban gobernadas por un pescador que iba de pie y de frente a la proa, y que se apoyaba rítmicamente sobre los remos, dejando caer sobre ellos, hacia adelante, el peso de su cuerpo. Así remaba él también. Entonces yo iba sentado a proa: junto a nosotros pasaban las grandes sombras de los buques anclados; en algunos ardía un farol. En el agua oscura que nos rodeaba se veía a veces algún reflejo: eran estrellas. Cuando él hizo virar la buceta buscando las aguas más profundas, el viento me trajo el vapor de la olla donde hervía la lacha para la carnada. Después yo también había querido remar así, y al fin le había roto un remo. Pero durante un largo rato había visto su sombra —que a veces iluminaba el resplandor rojizo del fuego que ardía en el brasero— moviéndose rítmicamente sobre los remos, aquellos remos que disolvían en el agua la luz de las estrellas. Era el mismo ritmo que yo adivinaba en la sombra del golfo, cuando, desde Anacapri, veía moverse lentamente aquellas luces flotantes.

MI RECUERDO SE CONFUNDE CON SUEÑOS Y CON MITOS

Nápoles lo recuerdo ahora de manera diferente que hace unos años. Algo se modificó y, sobre todo, algo creció. Durante este tiempo se me hizo muy familiar la obra de un poeta que vivió allí unos días, y algunos de sus versos, algunas palabras suyas sobre el

Pausilippe altier, de mille feux brillant,

se fundieron con mi recuerdo nutriéndolo de una nueva materia sutil y penetrante que antes no tenía. Por eso tengo dificultad para situar de modo preciso lo que recuerdo por mi mismo y lo que me hacen recordar sus palabras. Y el llamado que esas palabras contienen brota tan naturalmente que ya no sé si es de mi mismo o de aquella sombra que busco que brotan; no sé quién de nosotros pronuncia ahora el verso de Nerval:

Rends-moi le Pausilippe et la mer d'Italie.

Porque a ese turbio y ambiguo llamado surgen imágenes que son nuestras. Pero son, además, antiguas y poderosas imágenes que me sobrepasan. Los sueños de los hombres depositaron una tan espesa capa de recuerdos sobre aquella tierra, que la hicieron porosa, maternal

y penetrable. Los pasos que la hienden no sólo levantan el polvo de los caminos y el más entrañable vapor sulfuroso de las Solfataras, levantan y agitan también nubes de sueños y mitos que envuelven al viajero, lo protegen y lo arrebatan. Por eso, cuando evoco ese extraño pasado, que compone para mí un territorio de la memoria en el que se estratifican capas sucesivas de recuerdos, siento, fundiéndose en una misma materia, mi historia personal, los pasos de Eneas por el reino de las sombras, el subsuelo de algunos fragmentarios recuerdos que buscan situar en aquella tierra italiana los pasos de aquel cuya imagen busco, y la agonía ardiente del poeta que se inundó allí de luz mediterránea, mientras se sentía atraído y empezaba a caer en su abismo imaginario.

Recuerdo muy bien el amplio esplendor de la bahía y el recorrido por la costa hasta el extremo norte, allí donde se enfrenta a Ischia. Recuerdo el viaje por mar hasta Capri y el puerto de pescadores de la isla; el paisaje que se contempla desde lo alto, desde Anacapri y, abajo, luego de una corta navegación en bote, el temblor azulado de la *grotta azzurra*. Pero ya este recuerdo se me funde con un sueño que no es mío:

J'ai rêvé dans la grotte où nage la syrène...

Los versos del poeta me hacen reconocer en el recuerdo una presencia temblorosa y viva que irradia bajo el

agua de la gruta iluminada por el resplandor verdeazulado que sube de las profundidades:

Hay aún otras imágenes nápolitanas que se cruzan en mi memoria con evocaciones indirectas. Recuerdo, por ejemplo, haber recorrido un camino solitario que la sombra de un monte cercano hacía tenebroso, y que me llevó hasta el borde de un lago oscuro y quieto, tan oscuro que parecía que la misma oscuridad manara de lo hondo: el lago Averno. Recuerdo un sendero que bordea aquel lago y otro que lleva hasta la puerta de la gruta de la Sibila. El guía que me llevó, quién sabe cómo, recitaba en latín los hexámetros de Virgilio y aun los explicaba como cumpliendo un rito que sólo en aquel lugar, en Cumas, puede cumplirse: allí donde se abrió para Eneas el diálogo con sus propias sombras; allí donde el héroe encontró la sombra de su padre; y le oyó decir:

—¡Al fin me es dado, hijo mío, ver tu rostro; escuchar tu voz y hablar contigo como antes!... ¡Cuántas tierras y cuántos mares has tenido que recorrer, hijo querido, antes de llegar a verme!

—¡Padre mío!, respondió Eneas, ha sido tu sombra, tu afligida sombra, la que apareciéndose con frecuencia me ha impulsado a descender a estas moradas! ¡Dame tu mano, padre mío, dámela y no huyas a mis abrazos!”

Pero aquel encuentro había ocurrido en el falacioso reino de las sombras, allí donde la verdad del encuentro

no halla otra confirmación que el desesperado impulso de las almas. Por eso cuenta Virgilio que:

"Dicho esto, el llanto inundó sus mejillas; por tres veces quiso estrechar entre sus brazos esta sombra querida, y por tres veces se escapó de sus manos como un ligero viento o como un alado sueño".

La profundidad de la gruta y la inminencia del Averno se me funden también, en la memoria, con otro verso de Nerval que repite en francés palabras del mismo Virgilio:

Et j' ai deux fois vainqueur traversé l'Achéron

También anduve por los campos de fuego de las Solfataras. La lisa tierra ardiente, blanca y polvorienta, que responde al golpe de los pasos con breves brotes de vapor o de humo, ya había quedado en mi memoria como un lugar sin historia ni sitio, o como un borde, como el linde de algo que es por excelencia el sitio, el lugar donde se abre una dimensión diferente pero que mi vida no había encontrado todavía.

¿Qué esperaba entonces, mientras pisaba aquella tierra calcinada, mientras bordeaba el lago Averno, mientras bajaba a la cueva de la Sibila? Acaso nada. Ahora es cuando creo que entonces esperaba, pero sin duda porque después se me hicieron familiares los versos de Nerval:

*Ils reviendront ces dieux que tu pleures toujours!...
Le temps va ramener l'ordre des anciens jours;
La terre a tressailli d'un souffle prophétique...*

*Cependant la sibylle au visage latin
Est endormie encor sous l'arc de Constantin:
—Et rien n'a dérangé le sévère portique.*

¿Lloraba yo entonces realmente dioses perdidos? No. Todavía no. Fue después que aprendí que siempre hay dioses muertos que esperan de nosotros la historia imaginaria de sus encarnaciones sucesivas. Lo que ahora recuerdo como un andar desolado, aquella búsqueda de nada mientras andaba rodeado por una nube de recuerdos y de mitos, era un andar sin dioses. Era una espera que no sabía de sí misma. Nada había alterado todavía el pórtico severo, y en el fondo de la gruta, la Sibila dormía.

Ahora, en el recuerdo, aquel suelo caliente y poroso a los vapores del azufre, y aquel leve temblor vivo con que respondía al golpe de los pasos, se hace uno con el temblor mismo del aire, con la presencia de él que me acechaba, que se me anunciaba —¿en qué encuentro?— mientras yo andaba mirando todo y buscando siempre otra cosa.

Así fue que pisé aquella tierra que era ya la suya. Sin saberlo abría entonces una ramazón de temblores que se hundían en las profundidades. Allí, en Nápoles, sólo sentía que se me anunciaba una abertura nueva, y

aun llegué a presentir que mi llegada a Marina di Camerota alcanzaría a colmarla. No sabía entonces que jamás podría ser así, que todo él no había sido nunca otra cosa que el silencioso ofrecimiento de un despliegue nuevo, de otra expectativa, pero no nada que pudiera clausurarse. ¿Qué podía yo encontrar? Las manos que intentan apresar las sombras sólo agitan vanamente el aire mismo que respiramos.

SIGO HACIA EL SUR

Recuerdo que la carretera que baja hacia el Sur corre por la cornisa donde está Amalfi, y luego, de pronto, la bordean casas bajas y claras. Muy cerca de ella, y casi a su nivel, palpita el Mediterráneo. Así es Salerno. Pero no recuerdo casi nada más. Apenas la pequeña plaza empedrada donde me lavaron el automóvil. En cambio, más al Sur, siguiendo la carretera que corre junto a la costa, y que creo que es lisa, llana y sin vueltas, empieza ya a palparse un mundo más profundo y permanente, perdido, olvidado, presente, eterno: Paestum. Allí dormí, en un hotel que está encajado entre restos de viejas murallas. Desde la habitación se oía el rumor del mar. Al amanecer, cuando abrí las ventanas, lo vi: sereno, brillante y de color de vino: el vinoso ponto que conoció Ulises, que navegó Eneas.

Ese viaje al Sur fue un viaje a las entrañas; no sé a cuales, no hay claramente un sitio para ellas, pero hubo sí un hundimiento en algún lugar.

Esa mañana de Paestum tampoco tiene que ver directamente con él, sólo que estaba en la entraña de su mundo. Él nunca me habló de Paestum: seguramente no lo conoció. Cuando venía del mar y se sentaba junto a mi cama para hacerme cuentos, éstos se referían a otras cosas: era la historia de Fioravanti, o la pesca del *pescicane*; eran las aventuras del Emperador de la Barba



Florida, o la narración de sus encuentros en la montaña: el encuentro con los *briganti*, la pelea con el perro. No: nunca había estado en Paestum. Sin embargo había un temblor antiguo en esa mañana. La playa estaba al lado; pero no llegué a mojar mis manos en ese mar; salí a las ruinas. Las calles mantienen allí unidas sus losas y llevan al templo. La piedra de color miel espera, erguida, severa, dulce. Cumple con un ritual profundo: el de mantener erguidas líneas soñadas hace un milenio. Aquel sueño de piedra ardía recortándose nítidamente contra el cielo azul y las leves nubes blancas. Caminé entre las columnas. Vi huir una lagartija. Una mariposa vino a posarse sobre una columna: la filmé. Está viva todavía en un trozo de película que reproduce su último aleteo: el aleteo lento y rítmico con que agonizan. No supe qué árbol era aquel que crecía entre las piedras de la calzada.

No. Él nunca me habló de Paestum. Sólo me había contado una vez del encuentro de viejas estatuas —“era una mujer desnuda, ¡linda! le faltaba la cabeza”— en el fondo de un pozo del pueblo. Del único pozo. Como yo tenía que estudiar algo sobre las colonias griegas en Italia, mi padre me ayudó a buscar aquello en un tomo del enorme diccionario, y lo leímos juntos mientras yo copiaba frases para recordar mejor al otro día. Habíamos separado el mantel y teníamos abierto el diccionario sobre el hule floreado, viejo ya, que un día confundiera con un caballo. Él fumaba y nos oía leer. El diccionario informaba de las colonias del golfo de



Salerno y de los hallazgos arqueológicos en las tierras de Lucania.

—Sí, —dijo de pronto—. Eso que él estudia es así. En Marina encontraron una vez. ¡Fue un barullo tan grande! Estaban ahondando el pozo, que no traía agua porque hacía tiempo que no llovía.

—¿Pero qué encontraron, tío?, preguntó mi padre.

—Estatuas, como dice el libro. A él ya le conté muchas veces, dijo señalándome. Era una mujer desnuda ¡linda! le faltaba la cabeza. Entonces todos dijeron que el pozo tenía maleficio y corrieron a buscar al cura. Pero él dijo que aquello lo había hecho otra gente, gente muy antigua. Después vino el Prefecto de Camerota y los felicitó a todos y quiso que sacaran a la mujer con mucho cuidado; y la pusieron cerca del pozo. Más tarde la llevaron a Camerota y después a Nápoles, y allí la pusieron en una pieza grande, muy acomodada, para que la viera toda la gente.

Luego de contar todo aquello en el Liceo tuve que pasar al pizarrón para explicar dónde quedaba el Golfo de Policastro y dónde Marina di Camerota, y después, durante varios días, anduve por los patios rodeado por el prestigio de aquel lejanísimo hallazgo en un pozo de una aldea del Mediterráneo. Me parece que yo decía que la estatua la había encontrado mi tío.

LOS FUEGOS DE SAN TELMO

La carretera que, después de Paestum, sigue hacia el Sur, se bifurca luego de correr todavía muchos kilómetros por la costa del Golfo de Salerno: un ramal, en realidad el tronco principal, sube por la montaña alejándose de la costa para volver a encontrarla recién en Sapri; otros ramales dan en seguida con el mar, en el comienzo mismo del Golfo de Policastro. Pero en mi mapa había dos carreteras que parecían confluir en el mismo sitio, junto a un cabo. La de más al Sur, va a través de la montaña, pasa primero por Camerota y termina en Marina; la otra, que va más directamente, termina en otra pequeña población que en el mapa se confundía casi con Marina y que está apenas al Norte, también sobre la costa.

Yo tomé esta última, que me llevaba más rápidamente.

Quería empezar a ver en seguida su mar, como si fuera diferente del que contemplaba en Paestum. Apenas crucé algunos cerros por un camino lleno de piedras sueltas que saltaban despedidas por los neumáticos, apareció delante, enorme y serena, inesperadamente hermosa, la brillante extensión del mar. Y allá abajo, claramente visible al fin de las vueltas del camino, una pequeña población blanca: a la izquierda el lomo oscuro de un cerro se alargaba hasta el mar. Nada me

era conocido. Pero ¿por qué había de reconocerlo? Los olivos no se veían. Aquello ¿era Marina? ¿O estaba detrás del cerro? No había nadie en las calles. ¿De dónde había sacado yo que las mujeres tejían cuerda en las calles? Detuve el coche al fin mismo de una carretera que moría en una playa (y no junto a un muelle, como yo hubiera creído). Había una casa junto a la carretera y se oían voces. Cuando sonó la puerta del auto al cerrarse, las voces se callaron y un hombre apareció sobre el umbral.

—¿Esta es Marina di Camerota?, le pregunté. Y al ver su gesto negativo agregué ya, sin importarme entonces saber cómo se llamaba aquel pueblo: ¿Cómo se va a Marina?

—¿A Marina di Camerota? Por la montaña... dijo, señalando la carretera por la que había venido.

—Pero ¿no está aquí, al lado?

—Del otro lado del cabo, me contestó señalando el cerro escarpado que se adelantaba sobre el mar. Desde aquí sólo se puede ir en barca.

El cabo... ¡Claro! ¡El cabo!

—¿Cómo se llama este cabo?

Su barca había navegado frente a un cabo. Debía ser ése. Además creí recordar que había habido una tormenta.

—El cabo Palinuro, se llama... Este lugar es Palinuro. Pero si Ud. quiere dejar "la macchina" puede ir por mar. Buscamos una barca...

¡Palinuro!

—Para que las mujeres hicieran la cuerda, dos veces por mes íbamos a buscar pasto. Se va por mar. Es necesario salir del golfo dando la vuelta al cabo Palinuro.

(Cuando yo oía aquello no había leído todavía a Virgilio. Para mí Palinuro no era más que un lugar, todavía.)

—¿Es lejos, tío?

—No. Poco más de una hora. Si el viento está de proa es más. A veces dos horas. Un día ya teníamos la barca cargada de pasto y veníamos contentos. El viento era bueno. Pero de pronto viró, y el cielo se puso negro.

¡Qué temporal fue aquél! Las olas eran tan altas que no nos dejaban ver la punta del cabo.

—¿Qué cabo?

—¡Palinuro! ¡Alto, bravo! Si lo vandeábamos estábamos salvados, pero todos creíamos que nos ahogábamos.

Ahora que volvía a recordar toda la historia y miraba aquel mar, imaginaba el pasaje de la barca de Eneas allí delante, en aquel horizonte, y al buen piloto Palinuro aferrado al timón y con los ojos puestos en las estrellas.

El dueño de la barca era Marcello. Mandó a todas las mujeres a popa —todas lloraban y gritaban— y nos hizo poner a los remos. ¡Estaba serio Marcello! Estaba en el timón, y nos gritaba: ¡Boga, boga! Y a las mujeres: ¡Prega, prega! Y ellas gritaban y rezaban. No sé cuánto tiempo fue así. Los golpes de agua pasaban por

encima de la cabeza, y él miraba siempre para arriba. Yo creía que rezaba también.

¿Qué hacía Marcello? ¿Buscaba las estrellas en medio de las nubes? Con el mismo gesto sin duda que había tenido el piloto de Eneas sobre este mismo mar sobre el que Virgilio soñó sus navegaciones. Eneas no sabía, cuando su madre Venus le prometió un viaje feliz, a su partida de Sicilia, que el único hombre que perdería, y cuya muerte rescataría el bien de los demás, sería su piloto. El mar, entonces, era sereno —“entonces” quiere decir: en aquel inmarcesible sueño de Virgilio—, pero a pesar de ello, cuando Forbas —que era en realidad el dios del sueño que había tomado su forma para confundirlo— lo abordó en medio de la noche y le sugirió que descansara, que él lo remplazaría en el timón, Palinuro le respondió: “¿Crees que no conozco bastante la insidiosa calma de los mares y de sus tranquilas olas? ¡Nunca me fiaré de este pérfido elemento, tantas veces engañoso, bajo las apariencias de un sereno cielo, ni abandonaré a Eneas a falaces vientos! Así habló —cuenta Virgilio— apretando con sus manos el timón y fijando la vista en los astros”. Del mismo modo sin duda apretaba Marcello con sus manos el timón y fijaba sus ojos en lo alto buscando un indicio.

Pero los golpes de mar eran tan fuertes que tuvo que hacerse atar al timón. Se hizo atar por la cintura y con las manos se aferró a la borda: “¡Boga! ¡Boga!”, nos gritaba, y a las mujeres: ¡Prega! ¡Prega!”. Se oía el clamor del mar y el rezo de las mujeres. Los demás

no hablábamos. Y Marcello que grita de pronto: "¡San Telmo nos ayuda!" Con un brazo se sujetaba a la borda y con el otro señalaba hacia arriba. Yo miré y vi que el mástil tenía dos lucecitas en la punta. "¡San Telmo nos ayuda!", gritábamos todos. Eran los fuegos de San Telmo: ¿Saben? Cuando aparecen en el palo de una barca, la barca está salvada.

—¿Y usted los vio? ¿Cómo son los Fuegos de San Telmo?

—Como dos velitas que están así, dijo, acercando las manos y mostrándome los dos gruesos dedos índices cruzados. Se ponen en lo alto del mástil. La barca no se movía más. El mar estaba grueso y las olas eran altas. Pero la barca iba serena. Las mujeres rezaban y daban gracias a San Telmo y nosotros bogábamos. "¡Prega! ¡Prega!" decía siempre Marcello. Y cuando nos dimos cuenta ya habíamos pasado el cabo y estábamos delante de Marina.

Mientras el hombre me hablaba yo miraba el cabo que al fin de la playa adelantaba sobre el mar su lomo negro. ¡El cabo Palinuro! Allí, detrás, estaba el pedazo de mar sobre el que había andado la barca, sostenida mágicamente por aquellos dos dedos luminosos cruzados.

—Y por la montaña; ¿cuánto tiempo?

—Es cerca... pero el camino es malo.

Palinuro, en cambio, no se había atado al timón, pero se había aferrado tan fuertemente a él, que el golpe de mar que lo precipitó al abismo no alcanzó a

desprenderlo. Cuando Eneas bajó al Averno y encontró vagando sin reposo junto al Cocito y a la laguna Estigia la multitud de sombras de los insepultos, reconoció entre ellas a la de Palinuro, quien le contó cómo había caído al mar:

"En tanto que yo dirigía la marcha de tus naves un choque violento me precipitó en el agua arrastrando en mi caída el timón cuyo cuidado me estaba encomendado y que llevaba fuertemente oprimido con mi mano. Entonces, yo te lo juro por esos terribles mares, tuve menos miedo por mí que por tu nave, que privada de piloto y dirección podía ser víctima del furor de las olas".

Después de su caída en el mar sólo le había importado a Palinuro el desamparo en que había quedado el sueño de Eneas, que seguía navegando en aquel mar desconocido sin piloto y sin timón. Pero él mismo, Palinuro, había quedado perdido.

—Sí. El camino es malo. Pero se puede ir. Tiene que volver a la carretera, pasar otra vez por Céntola y tomar el otro ramal que baja por aquellas montañas. Es cerca, pero ¡da tantas vueltas! Más de una hora.

¡Céntola! ¡Aquel pueblo por el que yo había pasado era Céntola! Hacia allí iba él aquella vez que se encontró con los *briganti* en la montaña.

Me quedé a almorzar allí: "espaghetti", naturalmente. Durante el almuerzo, y mientras bebíamos un vaso de vino, le oí hablar.

—¿Qué busca en Marina? En Marina no hay nadie.

—¿Cómo, nadie?

—No. Tutti sono *carachesi*.

—¿Qué quiere decir que son *carachesi*?

—Y sí: están todos en Caracas. Dejan aquí a las mujeres y se van a "hacer la América". En Marina no hay nadie.

—¿A Caracas? ¿Sólo a Caracas?

—Y también a Buenos Aires, a Montevideo, pero casi todos van a Caracas: tutti sono *carachesi*.

—Yo soy de Montevideo.

—Todo es América, ¿no?, me dijo con un gesto de entendido; y señalando el Citroën que estaba a la puerta:

—La *macchina*, ¿es americana?

—No. Es francesa.

—Pero usted, ¿no es americano?

La conversación se hizo difícil. No podía explicarle que yo podía ser de un lugar y mi *macchina* de otro, y más difícil todavía era explicar que, aunque americano, no conocía a nadie en Caracas ni había visto nunca esa ciudad.

—Adiós. Me voy a Marina.

—E bene. Se volete andare....

Al fin, cuando me iba trepando de nuevo la montaña, me volví y vi que, desde la puerta, me seguía saludando con la mano.

EN LAS MONTAÑAS DE LUCANIA

El camino era realmente muy malo. Antes de terminar de trepar los lazos que formaba contra la montaña, empecé a temer que los neumáticos no alcanzaran para ir y volver. Las piedras saltaban y golpeaban la carrocería, los guardabarros, el tanque de nafta. En las vueltas el coche se deslizaba lateralmente sobre aquel depósito de piedras sueltas que era la carretera y algunas rodaban por la pendiente perdiéndose entre la vegetación rica y baja que cubría las laderas. Durante algunas de aquellas vueltas volvía a aparecerseme, delante y abajo, lanzado sobre el mar como el lomo oscuro de un enorme animal marino, el cerro que limitaba la playa y detrás del cual yo sentía latir otra presencia invisible; que era tan intensa y tan angustiosa como si se tratara de la inminente aparición de una persona que me fuera amada y sin embargo desconocida, y cuya aparición permitiría que yo corroborara el sentido de esa vida que, aún sin conocerla, sabía que era también la mía. Pero lo único que para mí era visible era aquel cerro, el cabo Palinuro. ¡Palinuro! Lo que al principio había reconocido solamente como el lugar frente al cual la barca de Marcello había navegado sobre un mar bravo, mientras mágicamente la sostenía desde lo alto la pálida luz de los Fuegos de San Telmo, era ahora también algo a la vez más lejano y más presente, era la tierra

que había tenido delante aquel piloto de una nave tro-
yana mientras nadaba en el mar bravío tres días con
sus noches, era la tierra en cuyo borde lo había alcan-
zado la furia de una gente bárbara, era la costa donde
su cuerpo había flotado lacerado y sin reposo, mientras
la flota que él guiara seguía navegando hacia el Norte
empujada por un ciego destino creador.

"Durante tres borrascosas noches me arrastró el
violento Noto sobre los inmensos mares, sólo al cuarto
día divisé a Italia desde la cima de una imponente ola.
Poco a poco avancé nadando hacia tierra y cuando ya
el peligro había desaparecido y me acercaba, a pesar
del peso de mis empapadas ropas, a coger con manos
y uñas la áspera cumbre de un peñasco, un pueblo bár-
baro me acometió creyendo encontrar en mí una presa
de valía; ahora mi cuerpo es juguete de las olas y los
vientos que lo arrastran hacia la playa."

El mar, que entonces yo veía otra vez desde la altura,
luminoso y brillante, resuena ahora en mi memoria, y
sin que yo sepa por qué, acaso por el modo como lo do-
minaba la masa de piedra de aquel cabo, con ecos que
vienen del recuerdo que tengo de Cumas y del oscuro y
silencioso lago cuyos bordes solitarios recorrí; de aquel
mismo lugar donde esas palabras de Palinuro habían
resonado en los oídos de Eneas. Por eso, mientras pien-
so ahora en aquel mediodía de verano en que guiaba mi
automóvil por las escarpadas costas del Mediterráneo,
mientras recuerdo la turbia y como desconocida ansie-
dad que sentía entonces crecer cuando mi atención se

detenia en lo que habla del otro lado del cabo, aquel pedazo de mar se me aparece como lo que realmente fue una vez: el lugar donde —materia o sueño— flotaba el cuerpo del Piloto esperando que la piedad de los vivos le otorgara reposo. Es por eso que el objeto de mi búsqueda, hasta entonces desorientada, se definía y crecía para mí a medida que guiaba en otra vuelta del camino y buscaba la carretera que me permitiría bajar otra vez al mar pero por Camerota.

El llamado aquel, aquella presencia fantasmal, aquella persistente ausencia que me hizo volverme hacia el recuerdo, la confundo ahora con la misma ansiosa figura de Palinuro, quien, haciendo flotar su voz por encima de las aguas de la Estigia, habló a Eneas en el Averno y le pidió ayuda:

“Yo te suplico por la dulce luz de los cielos de que aún gozas, por el aire que respiras, por los manes de tu padre y por Júpiter, tu esperanza, que pongas término a mis males. Da sepultura a mi cuerpo que encontrarás en el puerto de Velia, o bien, si es posible, si tu divina madre te sugiere algún medio para ello (porque yo no creo que sin el favor de los dioses te prepares a cruzar la terrible Estigia y sus inmensos ríos) tiende la mano a este desgraciado; llévame contigo a la otra orilla para que al menos en la muerte repose en tranquila morada”.

EL ENCUENTRO CON LOS *BRIGANTI*

Una vez que llegué a la carretera principal poco tuve que correr por ella: otra derivación apareció pronto, a la derecha, que volvía a internarse en las montañas y descendía en lazos sus laderas buscando atravesar un río. Más áspera y menos frecuentada que la anterior, hacía tiempo seguramente que no la recorría ningún automóvil. El piso era también de piedras sueltas, tanto que en algunos lugares las ruedas dejaban una huella borrosa.

En lo hondo del valle atravesé el cauce de un río que dejaba entonces casi todo su fondo de piedra a la vista, y volví a subir. Recuerdo que durante largo rato la carretera tuvo a su lado grandes pendientes cubiertas de vegetación, y que trepaba por las montañas bordeando quebradas profundas. Sólo años después supe que el río que serpenteaba en el fondo era el Mingardo y que aquél era el Valle del Infierno. También recuerdo que, de pronto, y ya casi en lo alto, en una vuelta entre árboles, advertí un movimiento que ocurría al borde del camino y me detuve. Alguien me había dicho que aquellas montañas eran peligrosas; yo recordaba; además, que aquellos eran los lugares donde se encontraban los *briganti*, aunque lo que yo sabía de aquello databa sin duda de más de medio siglo atrás. Pero el movimiento que advertí junto al camino —que fue el sacudirse de algunas ramas y el desplazamiento de algún bulto—

trajo consigo, y mezclado con un poco de temor, la sollicitación de un encuentro: a un costado de la conciencia y sin que yo me lo pudiera formular siquiera, porque no era una idea, sino sólo un sentimiento, había algo que me era conocido y que se integraba con la vuelta del camino; con el bosque y con aquel crujir de ramas. Pero cuando me detuve comprendí que entonces había sido de noche. Otra vez llevaba la canasta al estudiante cura. Salvatore lo había hecho llamar por su hermano; le había mostrado la canasta, y dándole otra vez dos panes, queso y puñado de higos secos, le había dicho:

—Esto es para ti, pero tienes que salir mañana temprano.

Había andado todo el día. Había pasado, de día, por el valle donde una vez durmiera en una parva y luego peleara todo el resto de la noche con una sombra que gruñía y saltaba. Y ahora, otra vez, ya se había puesto el sol. Pero él estaba mucho más lejos. Era verano. Había descansado; a la siesta, bajo unos árboles, y quería seguir caminando al fresco de la noche. De pronto, en una vuelta del camino, oyó un crujir de ramas, un bulto que se movía y alguien que se puso delante:

—¡Alto! ¿A do vai?

Se quedó quieto y mudo: ¡los *briganti*!

—¡Habla!

—Voy a Céntola.

Entonces intervino otra voz:

—E un bambino...

Y otra vez la primera voz:

—¿Qué llevas ahí?

—La canasta para el estudiante cura.

—Ven con nosotros.

Él los siguió. Apenas unos pasos por el camino y en seguida bajo el bosque. No caminó ni cien pasos y se encontró en un claro entre árboles. A un lado había un gran fuego sobre el que colgaba una olla que pendía de una rama. Alrededor había casi una docena de hombres armados de pistolas y escopetas. ¡Si él no hubiera sabido que eran los *briganti*! Porque eran hombres como los de su pueblo. A uno lo conocía: era Rafael, el sobrino de Marcello, que hacía tiempo que faltaba y todos decían que se había ido con los *briganti*. Eran la misma gente, sí, pero tenían un aspecto más salvaje: estaban barbudos y tenían largas melenas negras y brillantes que les caían sobre los hombros, y, además, ¡estaban tan cargados de armas! Él también sabía otras cosas: que una vez habían dado de latigazos al hijo del Prefecto y lo habían dejado desnudo en el camino, y otra vez se había encontrado muerto a un comerciante y todos dijeron que habían sido ellos. Lo habían dejado atado a una silla, le habían metido en la boca un atado de fósforos y luego le habían puesto una mordaza. Había muerto envenenado.

—¿Qué llevas en la canasta?

—No sé.

—Trae.

Dos o tres se la quitaron, levantaron la servilleta que la cubría y hurgaron en su contenido. Sacaron la ropa, un gran queso, un atadito de billetes...

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Come.

Y le hicieron gesto de que se acercara.

—Ahora no tendrás que ir a Céntola.

—Tengo que llevar la canasta al estudiante cura.

—La canasta de Salvatore. Si quieres puedes llevarla; ahora, come.

Y le alcanzaron un plato en el que echaron un cucharón del contenido de la olla: porotos y fideos hervidos que formaban una pasta blanquecina y succulenta: "fasule e pasta". Él miraba la canasta.

—¡Come!

Comió.

—¿Quieres dormir?

—Tengo que llevar la canasta.

—Toma tu bendita canasta!, le dijo uno de ellos y se la puso al lado, vacía.

—¿Y la ropa? ¿Y el queso? ¡Dame la ropa!, y se lanzó furioso sobre el sobrino de Marcello que desplegaba y miraba todavía las ropas. Le sujetaron entre dos.

—¡Quieto! ¿Estás loco?

—Ve. Toma, le dijo alguien poniéndole en la canasta un pedazo de cappelletti.

Es para ti. Y ahora vete!

Se fue. Llorando. En la canasta sentía bailar el embutido y algunos pedazos de pan mientras andaba. Al día siguiente, mientras volvía, se los comió.

Cuando paré el motor se hizo un silencio intenso —hasta ese momento el motor había zumbado con fuerza y los guardabarros habían resonado bajo una lluvia de piedras—. Y en seguida oí pasos. Sobre las piedras sueltas caminaba alguien. Más de una persona. Bajé del automóvil y me di vuelta. Entonces lo vi. Iba precedido por dos cabras y llevaba un bastón en la mano. Todo él era de color castaño: las ropas, la piel, el sombrero. Creo que hasta las cabras. Cuando me vio se detuvo y las cabras se detuvieron junto a él. Lo saludé e intenté conversar, pero era casi imposible. Pronunciaba su dialecto con energía y rapidez, y la comunicación se quedaba detenida al borde de nuestras dos sonrisas. Pero el sonido del dialecto, y el rostro del hombre, y el modo de estar curtida y arrugada su piel, y el bigote que atusaba con su mano izquierda mientras me hablaba, todo me era conocido, familiar, mío; todos eran pedazos de aquel mundo mío perdido y reencontrado ahora, roto, desencajado, pero presente hasta la ahucianación. Algunos de sus rasgos —su mirada vivaz, el ángulo de su nariz— casi me hicieron sonreír, como si lo encontrara de nuevo y los dos hubiéramos contado con sorprendernos así, de improviso, pero precisamente en aquel camino; porque la mirada vivaz del pastor brillaba, detrás de las vocales explosivas de su dialecto incomprensible —pero más mío sin embargo que mi

propio idioma—, con un matiz de picardía y de inteligencia, de complicidad. Pero ahí, en ese linde, se me esfuma el encuentro. Ahora mismo quiero recordar qué otra cosa ocurrió y no puedo encontrar en mi recuerdo más que imágenes fragmentarias, como trozos de una película destruida de la que se proyectan repetidamente, en un salón vacío, y para un solo espectador, las pocas imágenes que milagrosamente se salvaron, y cuya secuencia se interrumpe por el luminoso estallido de la pantalla blanca en donde de pronto no ocurre nada, y su luz se refleja en la sala y hace que ese espectador sepa que está solo y sin sueños; así, entre desolados relámpagos en medio de los cuales no veo nada, algunas imágenes fragmentarias quedan: un gesto mío de ofrecerle algo, no sé si un cigarrillo o fuego para que encienda el que él tiene en la boca y, sobre todo, su mano: su misma mano apoyada sobre el bastón, y luego tomando torpemente entre sus dedos gruesos el cigarrillo, esa mano que apreté para saludarlo y que sentí curtida, dura, como tenía que ser. Cuando nos despedimos me dijo algo que no entendí y alzó aquella misma mano para saludarme.

· AHORA DESCRIENDO HACIA EL MAR ·
 · (ELLOS HABLABAN CON SUS MUERTOS) ·

Después la carretera descendía. Delante y abajo apareció la cresta de un cerro pequeño, y sobre ella un caserío: era Camerota. El automóvil bajó y luego trepó apenas un poco para pasar junto al pueblo, pero no entré en él, me detuve en el camino, allí donde salía un corto ramal, de no más de cien metros, que entraba en Camerota. Hacia delante el camino volvía a caer. Sobre una loma se veía ya el horizonte marino. Volví a poner en marcha el motor.

Por ese camino por el que yo dejaba andar ahora el automóvil había andado él. No hay, nunca hubo otro camino para ir de Marina a Camerota. Pero ¿cuánto tiempo hacía? ¿Cincuenta? No: sesenta, setenta años. Él había vuelto una vez, antes de que empezara el siglo, y fue cuando compró una casa para su madre. Cuando su madre murió sus hermanas quedaron en ella. Pero él no volvió. Había muerto sin volver a ver el mar abierto siquiera. Sólo iba hasta la playa; conversaba con algunos pescadores y miraba el mar. Recogía mejillones entre las rocas. Como si no pudiera desprenderse del mar. Pero el mar propiamente dicho no lo había vuelto a ver. Porque no es agua de mar aquella, frecuentemente turbia, que llega hasta la playa de Malvín. Sin embargo Marina di Camerota y los suyos estaban siempre

presentes en él. No todos lo sabían: yo mismo no lo vi bien hasta que murió. Pero a medida que la muerte se acercaba ¡qué inundación del pasado, de los suyos! Aquí, en Montevideo; él también atravesó dos veces el Aqueronte; y aún tuvo tiempo de contarme cuáles eran las sombras que primero aparecían en la otra ribera. Había sido igual que allá, en Marina di Camerota, cuando murió Pascuale.

—¡Ah, Fernando! —le dijo a mi padre—. ¡Pasan tantas cosas! Yo sé que usted no cree, Fernando... Pero pasan cosas. —Y se interrumpió mientras lo miraba fijamente y sonriendo. En seguida se puso a abrir el paquete de tabaco:— Pascuale... —y se mojó el índice en la boca para separar la hojilla de papel—, Pascuale... ¿Tú te acuerdas? —le dijo a mi abuela—, el tío de Michele, el que trabajaba en el remolcador; él fue, sí: le dijo a su mujer cuándo tenía que morirse. Tú te ríes, —le dijo a mi padre—. Ah. Son cosas... ¡Hay gente, Fernando, que es diferente!

—¿Y qué le pasó a Pascuale?, preguntó mi padre, mientras doblaba el diario disponiéndose a escuchar, pero dando por descontado, con su gesto, que no creería nada de lo que iba a oír. ¿Qué le pasó a Pascuale?

—¡Ah Fernando, Fernando! ¿Por qué dices así? En el pueblo todos lo vieron. La gente antigua era diferente... ¿Quieres saber qué le pasó? E bene. Escucha.

Ya habían levantado la mesa, y mi madre servía el café en los vasos. Yo estaba de rodillas sobre la silla,

con los codos puestos sobre la mesa. Él terminaba de hacer su cigarrillo.

—Cuenta, tío.

—Un día, cuando iba a salir a pescar, le pidió a la mujer que le diera la bolsa con la comida, y cuando se la dio, le dijo: "Ah, una cosa quiero decirte: tienes que prepararme la ropa porque al otro domingo me muero". Y se fue.

La mujer pensó que eran ideas, y no se lo dijo a nadie. Él volvió de la pesca y se puso a remendar las redes. Al otro día salió, como siempre y pescó mucho. Era verano, y entonces salían todos los días. Y de aquello no le dijo nada. Así pasaron dos o tres días, cuando, una vez, llovía tanto que no salió. Se quedó en la casa y revisó bien todas las cosas: los cabos, las redes, los plomos. Cuando terminó, fue al baúl, lo miró bien y entonces fue adonde estaba su mujer y le dijo: "¡María! ¡Yo te dije que me tienes que preparar la ropa porque al otro domingo me muero!" "¡Qué cosa dices, Pascual!", le contestó la mujer. "¿Cómo, qué cosa digo? Te digo que al otro domingo me muero, y que me tienes que preparar la ropa. Y tú no preparaste nada, y el traje no está pronto".

—¿Sabe, Fernando? —dijo mi abuela—. Allá los visten. Es costumbre.

—Sí, —explicó él—. Primero lo lavan bien, en la cama, y después le ponen el traje nuevo, limpio, y así lo acomodan. Y él quería que el traje estuviera pronto. Por eso le decía a la mujer. Pero ella no quería hacer caso.

Así pasó varias veces. Llegó un domingo y él fue temprano a la iglesia y escuchó tres misas. Tres. Y el lunes volvió a trabajar. —Se dio vuelta y le explicó a mi abuela: —Él salía en la barca con Marcello, una barca grande, con la que íbamos a buscar pasto. Cuando volvió a preguntarle por el traje la mujer le dijo: "Ah, Pascuale, tú estás mal, con esas ideas!" "Qué ideas ni ideas!", le dijo él. "Yo ya te lo dije y tú lo sabes. Si no tienes la ropa pronta es asunto tuyo!".

Hasta que llegó el otro domingo.

Ese día se levantó temprano. Pero no fue ni a misa. Se empezó a vestir con la ropa nueva. La mujer se había asustado y se la había dejado pronta en el baúl, bien planchada y doblada. Se puso los zapatos, la camisa, los pantalones, y empezó a rezar. Parecía que se lo llevaban los demonios. Porque no rezaba como se reza en la iglesia: ¡gritaba! "¡Santa María e Santo Doménico, aiútami!" y corría por la pieza de un lado para otro. Estaba en mangas de camisa, y andaba hasta la ventana, y corría de nuevo hasta el fondo. Cuando la mujer quiso entrar él cerró la puerta por dentro y siguió rezando. La ventana estaba abierta y todos lo veían ir y venir al lado de la cama. Y todos corrían a ver la maravilla. La mujer había salido a llamar a la familia, pero muchos ya habían venido, porque los gritos se oían por todos lados, y toda la gente estaba delante de la casa. ¡Era una procesión! Todos corrían a verlo, pero él no veía a nadie. Sólo gritaba: "¡Santo Doménico aiútami que me muerro! ¡Santa Rosalía!" Y después empezó a conversar con

todos los parientes muertos: "¡Espérame Antonio que ya voy! ¡Espérame María!" Él había tenido una hermana que se llamaba María y que había muerto cuando era muchacha. Por eso gritaba: "¡Sorellina aspettami!" Y así fue conversando con todos. La calle estaba llena de gente y todos lloraban. Y así pasó una hora y otra hora. Y él sudaba y corría, hasta que dieron las doce. Cuando sonó la campana de la iglesia él dio una gran voz que se oyó por todo el pueblo: "¡Ay que me muero!", gritó. Y se acostó en la cama y se quedó muerto. Así fue. No tuvieron más que ponerle el saco y secarle el sudor de la frente. ¡Había gritado tanto!

—Pedro también lo contaba, dijo mi abuela.

—Sí. Él estaba allá. Estaba en la calle, con todos, y lo oyó gritar.

¡Cómo había gritado Pascuale! Él en cambio no gritó. Pero también habló con los suyos. Y conmigo. Había ido y había vuelto, y me contó con naturalidad lo que había visto. Pero cuando me hablaba, y aunque estuviera a mi lado, era desde otro lugar que me hablaba. La habitación donde estábamos, el cuartito del primer piso, pintado de ocre claro, que siempre me fuera tan familiar, se pobló de golpe de aquellas remotas figuras borrosas que yo sólo conocía por algunos fragmentarios recuerdos de niño y que no tenían nada que ver con aquel cuarto y hacían que yo sintiera que el lugar donde estábamos se convertía en un intruso de nosotros mismos, de mí, de él, y sobre todo de aquello que él traía. Su propio cuarto él también lo sintió ajeno. De la pared

colgaba una ampolla de suero y en un ángulo había un tubo de oxígeno. Pero no era eso. Eso ni lo vio. Simplemente aquel cuarto era para cuando todavía vivía con nosotros. Y entonces ya casi se había desprendido. Un hilo tenso, sin embargo, aunque muy delgado, nos ataba todavía. Yo acababa de darle una inyección. Abrió los ojos y me miró, pero tardó un momento en encontrarme, en saber dónde era que nos encontrábamos, y entonces me dijo:

—Ah, José Pedro, ¿por qué me traes? Yo ya estaba con Pedro, con Vicente, y todos me abrazaban. ¡Deja las inyecciones, José Pedro! (él decía: Cosé Pedro) ¿Para qué me traes? Yo ya vi los ángeles. Déjame. Yo quiero estar con ellos. Tú que eres inteligente, que eres bueno, tú sabes. ¿Qué voy a hacer yo aquí? Estoy cansado.

Era pulmonía. Mi padre me había llamado para decirme que tío estaba enfermo y casi no tuvimos tiempo de llamar al médico antes de que entrara en coma. Después fueron varios días junto a su cama: suero, antibióticos, oxígeno. Yo le daba las inyecciones. Aun cuando estaba inconsciente, el dolor de los pinchazos hacía sacudir su pequeño cuerpo débil. Fue cuando salió del coma que me dijo aquello:

—¿Para qué me traes? Guarda las inyecciones. Soy viejo ya. Déjame estar con ellos.

Luego, y en varios momentos, se confundió. La imantación de las sombras con las que había estado era tan poderosa que hubo instantes durante los cuales creyó ser una de ellas. Su hermano Vicente había muerto

hacia muchos años, yo era tan niño que me acuerdo apenas de ello; sólo recuerdo a un hombre que vino de visita, que está sentado en una silla, una de las viejas sillas de enea que todavía andan destartalladas por ahí, y que en medio de la conversación vacila y cae al suelo. Ése era Vicente y su muerte había empezado de ese modo. Yo debía tener entonces cuatro o cinco años. En un momento él me explicó algo de aquella enfermedad de Vicente y luego me preguntó:

—¿Cómo es que yo esté ahora aquí? Yo no soy el mismo. Aquél ya no está, se murió. ¿Por qué estoy yo? ¿Soy otro, José Pedro? ¿Cómo es esto?

Tan hundido estaba ya en aquel pasado y tan hermanado con aquellas sombras, que tan pronto se sentía ser él mismo como una de aquellas imágenes que lo esperaban.

Hay otras frases tuyas que también recuerdo. Algunas las leí esta misma tarde, antes de escribir esto. Son cosas que anoté aquellos mismos días, temblando, en una libreta. Pero no puedo copiarlas aquí. Estoy escribiendo para él, y porque no puedo dejar de hacerlo. A pesar de eso creo que no debo escribir todo. Sin embargo hay algo que sí, que quiero copiar. Sonreía y lloraba. Le pregunté:

—¿Qué siente, tío?

—Me viene de nuevo la alegría, José Pedro. La alegría. Pero sería. Es una alegría seria, ¿sai? ¿Cómo es esto? Es seria.

Y lloraba.

TERCERA PARTE

MARINA DI CAMEROTA

LLEGO A MARINA DI CAMEROTA

La carretera seguía descendiendo. Yo sabía que delante de mí estaba el mar, pero otra elevación me lo ocultaba todavía. Nada me era conocido. La carretera hacía una vuelta. Primero hacia la derecha, y luego, a los pocos metros, hacia la izquierda. Entonces sí, de pronto, delante, brilló el mar. La carretera descendía recta. A la izquierda algo la bordeaba, creo que un muro, y a la derecha árboles. ¡Eran los olivos! Aquellos: "casi tan grandes como plátanos", y abajo la tierra ocre removida y seca.

¡Los olivos! ¡El mar!...

"El camino baja hasta el mar y dobla junto al agua, allí donde están las barcas." El descenso fue rapidísimo. Los neumáticos despidieron alguna piedra que saltó a un costado. La carretera también era ocre. Yo había dejado el coche engranado para que el motor me ayudara a frenarlo. Empezaron las casas. El pueblo quedaba a la izquierda de la carretera y las calles transversales llegaban hasta ella. Después que pasó la primera frené para poder ver la segunda. Y allí, a lo largo de la calle, vi que había mujeres en cucullas. Trabajaban. Inclínadas hacia delante retorcían entre las manos manojos de pasto. Aunque la visión fue rapidísima comprendí: ¡hacían la cuerda! Pero no detuve el automóvil hasta que no llegué al fin: el mar. El camino se detenía junto al

agua y torcí a la izquierda. Lo hice girar, me detuve y me lancé afuera. Allí estaban: mansas, móviles, vivas. Sobre una de aquellas barcas había una mujer. Me acerqué al borde para mirar al través del agua transparente. Abajo, en el fondo, las sombras se movían apenas, como animales mansos. O como el cuerpo de un piloto ahogado hacia ya dos milenios que vagara todavía bajo las aguas buscando dónde reposar.

Mi agitación era tan intensa que no podía detenerme a contemplar serenamente aquello que durante tanto tiempo había deseado ver. Por eso, irreflexivamente, caminé unos pasos por el muelle hasta quedar frente a la barca sobre la que trabajaba una mujer. Advertí entonces que en el muelle mismo, en una escalerilla de piedra, había otras dos mujeres trabajando también.

—Buon giorno. ¿Alguien se llama D'Onofrio, aquí?

Yo no podía prever lo que entonces iba a pasar. Se irguieron y me miraron, las tres, con ojos muy abiertos y como si dudaran de lo que habían oído. Las tres vestían de negro. La que estaba sobre la barca comenzó a tirar de la cuerda para acercarse al muelle.

—Yo me llamo D'Onofrio, agregué.

Aquello desencadenó un rápido parloteo en dialecto. Las tres se agitaban y gritaban. Yo entendía apenas algo: que llamaran a María, que habían llegado parientes, que corrieran a casa de Antonio —o Antonia, no sé—; que fueran a buscar al mío "cuccino". Una salió corriendo. La otra, luego de mirarme fijamente un ins-

tante, salió detrás de la primera. La última me decía cosas. Creo que me preguntó si venía de América. Le dije que sí.

—Venite, venite, —me decía, y me arrastraba hacia una calle que allí comenzaba. Me dispuse a seguirla, pero ella me señaló el automóvil. Le expliqué que podía dejarlo junto al mar.

—¡No!, —exclamó estupefacta, tomándose con ambas manos la cabeza: —¡La macchina!

Estuvo un momento todavía absorta —después comprendí que había estado tratando de determinar por qué lugares podría pasar el automóvil—, y luego se puso a guiarme. Cuando entramos propiamente al pueblo, y empezamos a trepar una de sus calles, ya había una docena de personas acompañándonos. Eran todas mujeres, casi todas vestidas de negro, a las que se había agregado algún muchacho de aspecto despreocupado y entusiasta, al que el acontecimiento había primero atraído y después excitado. Trepé por un callejón de piedra. Mientras subía vi pasar por lo alto a una joven que llevaba un cántaro sobre la cabeza y que andaba con un brazo apoyado en la cintura. Se detuvo, giró lentamente para ver qué pasaba, y desapareció detrás de un viejo muro de piedra.

En una vuelta el automóvil no pasaba. En torno de mí resonaban gritos y órdenes que seguramente pretendían explicarme qué tenía que hacer. Luego que ya había pasado continuaban todavía las discusiones sobre la curva de aquella esquina. En un momento en que la

calle era muy empinada, y me detuve a hacer un cambio, algunos gritos me alentaron explicándome que ya llegábamos a la plaza. Ya estaban disponiéndose a empujar entre todos el automóvil, cuando el coche dio un brinco y entró solo, descomedido, en la plaza silenciosa. Así me separé uno pasos de la sombría y sin embargo ruidosa procesión que, sin quererlo, encabezaba. Y me sentí un instante solo.

Lo primero que vi fue, a la izquierda, común, no muy grande, pintada de cal ocre y blanca, la iglesia sin grandeza. La Chiesa di Santo Doménico. Domingo. Tío Domingo. La iglesia de su patrono. Por algún lado había una verja. No sé dónde. Quizá en la plaza misma. Y a la derecha, en el ángulo de la plaza, a dos pasos de la iglesia, vi una casa de dos pisos, de fachada rectangular, angosta y alta, los muros pintados de ocre y las puertas de verde. Junto al muro crecía el tronco de una parra que recorría toda la altura de la fachada y desplegaba sus grandes hojas verdes en lo alto. ¡Esa era! Él había nacido allí.

Pero yo sabía que después había sido la casa de Antonio. ¿Estaría Antonio?

De pie en la puerta había dos mujeres. Una tenía un niño en brazos. Mientras detuve el automóvil y bajé, el grupo que me seguía me alcanzó. Algunos me rodeaban, otros hablaban con las mujeres de la casa. Alguien me puso delante de la mayor.

—Es la mujer de Antonio. ¿Conoces a Antonio?

—¡Antonio di Muro!, —dije.

—¡Y sí! ¡Lo conoce!, —dijeron varias voces.

Nos abrazamos con las mujeres que me saludaban con cara de duelo, y me hicieron entrar. Los demás quedaron fuera.

En la habitación en la que entramos —que era la cocina, con un fogón contra una pared y una pequeña mesa con hule— apareció una silla en la que tuve que sentarme. Las mujeres se quedaron de pie, junto a mí y con los brazos cruzados; los demás nos miraban desde la calle y a veces intervenían. El niño se arrastraba por el suelo. Fue inútil que yo quisiera estar de pie o que insistiera en que ellas se sentaran. Los que estábamos dentro habíamos quedado como en un escenario y el grupo de la calle parecía el coro que comentaba nuestros gestos. ¿Para quién representábamos? Las dos mujeres hablaban en tono doliente. Me preguntaban por mis padres, por mis tíos. Al fin pude preguntar yo:

—¿Tío Domingo nació aquí?

—¡Doménico!, —dijo la mayor asintiendo dolorosamente con la cabeza. Y luego, aún más compungida:— ¿Cómo murió?

—Era viejo, —dije.

—Cierto. Era viejo. Las hermanas son muy viejas también. Pero aquí es otro el aire.

—¿Viven las hermanas?

—Y sí, viven. Pero son muy viejas.

—¿Quieres verlas?, —me preguntó uno del coro.

—¡Qué dices de verlas! —lo increpó otro—. ¡Si están trastornadas! ¡No entienden nada! Y adelantando la

cabeza por la puerta para que lo identificara y para estar seguro de que al menos por sus gestos lo entendería, me repitió, mientras se retorció un índice contra la sien y hacia girar el pulgar abierto:

—Están trastornadas. ¿Capito?

Pero la mujer de Antonio seguía hablando:

—¡Cuánto lo quería Antonio a Doménico!

—¿Y Antonio?, le pregunté. ¿Dónde está? ¿Está en Nápoles?

—Está en Caracas, me dijo, acompañando sus palabras con un gesto casi de sorpresa, como si fuera absurda la pregunta y como si no pudiera ningún marido estar en otro sitio que en Caracas.

—¡Cuando lo sepa!... —dijo alguien desde la puerta.— ¡No haber estado aquí para recibirte! ¡El sí que sabe festejar! ¡Hubiera sido una alegría en toda Marina!...

¡Antonio! ¡Si hubiera estado Antonio! ¡Me había olvidado de él! En casa, cuando la conversación iba para su lado, siempre había alguien que me preguntaba: “—¿Te acuerdas de Antonio? ¿Cómo le gustaba jugar contigo!”. Y la verdad es que apenas me acuerdo. Y en todo caso su imagen en el pasado sólo me deja un movimiento de retracción, de huida, de vago temor: ¿era tan colorado de cara y su risa tan inmotivada...! Creo que me acuerdo, sí, de su llegada. Una remota carta, que mi padre había leído en el comedor, después de la cena —mi padre sabía italiano porque amaba la ópera—, lo había anunciado. Y un buen día llegaron los dos: por-

que con Antonio venía Carminiello. Al menos así me parece a mí. En realidad, la primera vez debió venir sólo Antonio, aunque quizá lo acompañara algún otro pariente en aquella primera visita a casa. De aquellos días no recuerdo casi nada; sólo que hablaban italiano y reían mucho. Yo no entendía. Él les hacía preguntas sobre algunas personas cuyos nombres me resultaban casi míticos: Pascuale, Marcello, Rafael, Carmine, y que me evocaban otras tantas siluetas como las que yo había conocido con él en el puerto: gruesos sacos de color madera vieja, sombreros cuyas alas caían molidas por la lluvia y endurecidas por el salitre, y zapatos grandes y sonoros como zuecos. Los recién llegados le hablaban sobre todo a él, rápidamente, con las mejillas rojas de mar y de vino, y con grandes gestos de aquellos brazos cuyas muñecas fuertes y rojas estallaban bajo los puños de las estrechas camisas ciudadanas. Cuando se dirigían al hermano de mi madre o a mi padre, procuraban adoptar una forzada compostura que también —como las camisas— les quedaba estrecha: bajaban el tono de voz y se ponían ceremoniosos, y para contener sus ademanes bajaban la cabeza como si fueran a embestir, pero a poco ese esfuerzo de contención se rasgaba, y a la menor respuesta, o entusiasta o categórica, saltaban otra vez las manos gesticulantes y las bocas volvían a reír ruidosa, explosivamente.

Ése era el momento de abrir los gruesos paquetes atados con innúmeras vueltas de cuerda que me atraían por su forma inusual, por su segura plenitud de embu-

tidos, por su prestigio de barco de altamar —en el que habían venido con sus portadores— y sobre todo por su olor: un olor denso y comestible; a quesos curados en aceite, a frutas secas y también, para mí, a barco, a mar; era esencia de barco o de viaje, destilada durante los largos días de balanceo en el mar y que aquellos paquetes conservaban todavía, como una maravillosa entraña volátil, mientras mantenían su forma viva y compacta de niño arropado, pero que se dispersaba y disolvía a medida que, abierto el paquete, dejaban de estar agrupados sus frutos. Aquella incorpórea y sin embargo degustable calidad marina, que tenía una desvaída forma olfativa, anidaba de preferencia en los bultos y sólo muy poco en las personas, a pesar de que éstas también tenían algo de ese olor, como si se tratara de grandes e invisibles aves migratorias que habiendo acompañado al barco durante su largo viaje, hubieran podido compartir de manera más íntima que los hombres la plenitud de la travesía y los secretos de la nave, anidando subrepticamente en aquellos mansos atados. Después de aquellas conversaciones y durante varios días, todo era diferente, y era posible rescatar algunos fragmentos, como plumas caídas de aquellas invisibles migraciones, recogiendo cada noche, junto al plato de sopa, las delgadísimas rebanadas circulares de cacio cavallo que ceremoniosamente cortaba mi padre, y comiendo a los postres algunos higos secos que mi abuela me daba para repartir, y que yo desprendía por pares de la delgada varilla de caña en la que estaban ensartados.

Por eso, aunque sin saberlo, mis ojos buscaban, en la casa de Antonio, un grupo de quesos que colgara de alguna parte, un estante con potes de aceite o aceitunas y, ordenados de alguna manera que no me atrevía a predecir, higos ensartados en delgadas varillas de caña. Pero no había nada. Las paredes estaban desnudas.

—Tomas una taza de café, —me conminó repentinamente la mujer de Antonio.

—No. Primero voy a buscar hotel.

—¿Qué hotel? ¿Estás en casa y quieres hotel? No hay hotel.

—¿No hay una fonda?

—Pero para tomar vino. Da alguna comida y es un ladrón.

—Escucha. No hay nada como la casa —me dijo desde la puerta el mismo que antes se había taladrado la sien para explicarme que las hermanas estaban trastornadas.

—El cuarto de arriba está vacío. Ella —siguió explicándome la mujer de Antonio mientras señalaba a su hija— duerme aquí abajo conmigo. El marido también está en Caracas, con Antonio. Te preparamos el cuarto de arriba.

Yo venía sintiendo un olor acre, pesado, que de pronto se hizo más intenso. El niño había estado un momento quieto y vuelto hacia mí con la mirada absorta; cuando volvió a gatear dejó detrás de sí sus necesidades.

—Prepara el café, dijo la más joven; tomó un trapo, recogió con él la caca del niño, y lo arrojó sobre el fogón.

—Pero no me voy a quedar aquí... Uds. están tranquilas.

—De eso no se había, dijo la mujer con un gesto de dolor y agarrándose la cabeza. ¿O no quieres dormir aquí?

Volvió a hablar uno del coro:

—Después vamos a casa. Mama dice que venga a tomar una taza de café mientras aquí le preparan el cuarto.

Todo el pueblo había decidido ya que yo me alojaría allí.

—El agua está caliente. Ya está el café.

Tomé café. Y en seguida tuve que ir a visitar a una prima de mi madre —así me dijeron—.

Salimos a la calle.

Fue entonces que empecé a sentir ya con violencia el doble aguijón con que me perseguiría después el grupo de imágenes que responden en mi memoria al llamado de aquel nombre. El nombre mismo de Marina di Camerota había provocado siempre, en mí, un luminoso esplendor coloreado de profundos azules y de oros y verdes brillantes, resonantes de mar y de voces de pescadores, y surcado por el movimiento interior de lentas luces que flotaban en la sombra de un golfo; y el fin de aquella segunda palabra, aquella que completaba para el nombre su forma definitiva, Camerota,

evocaba siempre una redondez frutal, y que era también rústicamente frutal cuando me evocaba las formas colgantes del cacio cavallo—aquellas que aparecían en casa precisamente en los días en que más se hablaba de Marina di Camerota—, pero ahora, cuando yo mismo la pronunciaba, o cuando allí la oía pronunciar, advertía en ella, y precisamente en aquellas últimas sílabas, un denso y secreto gusto final, como de pulpa frutal ya casi corrompida y pronta a hundirse bajo la mínima presión de los dedos que quisieran asirla.

Todo lo que entonces y allí encontré, era exactamente como debía de ser, pero mientras algunas cosas—seres, imágenes—cobraban, por el hecho de existir, una especie de inalterable prestigio que traslucía un modo interior de eternidad y se hacían por ello diáfanas, reverberantes y traslúcidas, como el mismo cielo azul que las cubría, o el mar brillante que las acompañaba, otras, en cambio, existían de manera sórdidamente concreta, tan sumidas en una obtusa rutina provinciana que yo las sentía yacer inermes y como penetradas por una gangrena sutil e implacable que dejaba aún intacta, pero como por piedad, aquella plenitud exterior de su forma en la que se advertían todavía algunos deliciosos ritmos arcaicos—el paso de una joven con un cántaro, el color de una cuerda recién tejida y todavía verde—pero que dejaba acumular en su interior—como en otros cántaros semejantes a aquéllos—su propio residuo corrompido y mortal.

Yo iba en medio de un grupo que conversaba entre si y conmigo y con personas que se asomaban a los balcones. El sol brillaba intensa, dolorosamente sobre las piedras de la calle, contra los muros. Pero el aire, salino, marino, tenía también, a menudo, ondas de una densidad a la vez acre y dulzona, molesta. Yo miraba los muros, las piedras del suelo, las ventanas —algunas con balconcitos de hierro y hasta con macetas— y sobre todo las casas. Buscaba. En un momento me sorprendí tratando de reconocer la casa en la que vivían sus hermanas. Era una historia que yo conocía. Tenía que ver con el segundo viaje, el que hizo por el 900, cuando todavía no era pescador. Aún no habían sido hechas las obras del puerto y él trabajaba como bote-ro. ¿Cuánto ganaría entonces? Eran los tiempos en los que se viajaba a Buenos Aires por "cinco reales"; la época en que algunas compañías ofrecían cada vez menos precio y más velocidad para atravesar el río, hasta que explotaron las calderas del *Colombia*, que corría en competencia con otro barco, y en el desastre murieron cientos de personas. La buceta —la misma en la que yo remé— era nueva, y los asientos estaban tapizados con alfombras. Era de las más hermosas, y los pasajeros la elegían con frecuencia. Así, remando desde el muelle hasta los barcos y desde los barcos hasta el muelle, había ahorrado dinero para su viaje, y así pudo ir a visitar a su madre. Y después se volvió.

Ésa era la casa que habían heredado sus hermanas y la que yo buscaba, sin saberlo, mientras me llevaban

a lo de la otra prima. Hubiera querido que, siquiera al pasar, alguien me dijera: —“Es ésa”. Pero íbamos por otro camino.

EN LA CASA DE LA PRIMA

Al fin llegamos. La prima nos esperaba en la puerta y nos hizo entrar. Pero no pudimos entrar todos. Yo tuve que subir una escalera y entrar en un dormitorio donde además de dos camas grandes había una cuna con tules blancos en la que berreaba un niño. Una mujer me abrazó diciéndome:

—¡Tú eres el hijo de Clara!

—No. De Rosa, le expliqué.

Entonces se separó un poco para mirarme mejor, desconfiada.

—¿Quién es Rosa?

—Clara y Rosa son hermanas; primas de Antonio, las hijas de Pedro.

—¡Ah, sí! ¡Claro! —dijo cuando se desvaneció su desconfianza. ¿Y tu padre?

—Fernando.

—¿El que tenía una tienda?

Otra vez me estaba confundiendo con el hijo de Clara. Su esposo —mi tío— había tenido una tienda en la Unión, la tienda "Don Julio".

—No. Ése era mi tío; el marido de Clara.

—¡Es cierto! Murió, ¿verdad?

—Sí, murió. Hace años.

—Ven —dijo desinteresándose de pronto de mi familia—. Mira: es mi nieto, el hijo de Marina. ¡Marina!

¡Ven aquí! ¡Es primo tuyo!, —le dijo señalándome e indicándole con el gesto que me abrazara. Ella se turbó, enrojeció, miró de soslayo a uno de los muchachos que me acompañaban y bajó los ojos.

—¡Felicitaciones!, dije: ¡Lindo niño! ¿Quién es el papá?, y ya me preparaba para estrechar la mano del muchacho.

—¡Ah! Está en Caracas, me dijo la prima de mi madre. Vuelve para el año que viene. Y con arrogancia dominadora agregó:

—Tenemos almacén allá.

—¿Ud. estuvo?

—¿En Caracas? No. Después, cuando lo vendan, vienen aquí. Ahora hicimos la cocina nueva. Ven a verla.

Y atravesamos en grupo un corredor para llegar a la cocina, en la que todos admiramos un fogón con una piletta esmaltada y las baldosas blancas de la pared. Uno de los que me acompañaba agregó, explicándome:

—Todo venido de Nápoles. Cada vez que viene hace hacer una cosa así. ¡En Caracas se gana dinero!

Admiramos todavía otro poco la cocina y luego volvimos. Pero fue demasiado pronto. Yo tuve que exclamar algo a propósito del niño, para que Marina y el muchacho con quien se abrazaba en el balcón tuvieran tiempo de desprenderse. Mientras tanto ya habían aparecido las tazas de café. Dos: una para la dueña de casa y otra para mí. Los demás nos miraban.

—Ya torné. Gracias.

—¿Cómo? ¡No vas a tomar café! El coro que nos rodeaba nos miraba en silencio. Ella se alteraba:

—¿Licor, entonces? ¿Una copita de guindado? ¡Es bueno el café! ¿Vas a estar en casa y no vas a tomar una taza de café? Se le desordenaba el pelo negro sobre el rostro que enrojecía.

Tomé café. Prometí volver antes de irme. Pero dije que quería ver a las hermanas de tío Domingo. Y salimos.

CONOZCO LA CASA QUE LE COMPRÓ A SU MADRE Y VISITO A SUS HERMANAS

Yo tenía ganas de andar solo por el pueblo, de sentir en la cara el viento del mar; quería dejar de sentir aquel olor acre, pesado, que me perseguía como un jirón de algo que me hubiera quedado colgado de un brazo; quería volver a la costa, mirar las barcas. Pero no quería ofender a quienes me acompañaban. Si hubiera podido andar solo, acaso hubiera podido perderme a la vuelta de una calle, ir a dar con aquella que había visto al llegar y donde las mujeres, de rodillas, o sentadas en el suelo, tejían la cuerda; hubiera podido hablar con ellas y habría sabido cuándo salía la barca para traer pasto. A lo mejor habría podido encontrar, caminando solo, aquella casa de dos pisos en la que vivían dos viejas que seguramente ya habrían olvidado los tiempos en que pudieron oír hablar de mí o de mi madre.

Quise saber estas cosas conversando con los que venían conmigo —habían ido cambiando desde que el grupo había aparecido en la plaza, y ahora eran todos hombres—. Elegí a uno joven y de ojos vivos y quise saber por él cosas del pueblo. Pero él quería hablar de otras. Me decía que había visto Génova, que seguramente podría ir el año próximo a Caracas, y cuántas liras valía cada dólar. Cuando le pregunté por la casa de

las viejas me miró un momento sorprendido y dijo dos palabras a otro. Luego me preguntó:

—¿Volete andare?

—Sí. Quiero verlas.

Volvió a dirigirse a otro.

—Anda a buscarla, entonces. Él quiere ir.

Se trataba de encontrar a alguien que fuera más cercano pariente de ellas.

—Andiamo.

Dimos vuelta una calle. Habíamos caminado cien metros y se nos acercó una mujer. Mi compañero me explicó:

—Es Antonia.

Y a ella le dijo:

—Tu primo. El sobrino de Carminiello.

Yo creo que no soy el sobrino de Carminiello. Pero me pareció demasiado difícil tratar de precisar allí qué éramos ella y yo. Nos abrazamos mientras ella decía cosas rápidamente con el mismo gesto compungido, de duelo, con que todas las mujeres me saludaban. Era un gesto de dolor, de pérdida irreparable, en el que también entraba un ingrediente de complicidad. Entre lo que decía entendí:

—¿Y tus padres? ¿Bien? —con ese mismo aire como de lamentar que estuvieran vivos.

—Sí, bien —le dije—. ¿Y los tuyos?

No supe interpretar la respuesta: los hombros levantados y las palmas hacia delante: o hacía mucho que

estaban muertos, o estaban allí vivos como siempre. También le entendí una aclaración:

—Están viejas, ¿capito?

Se refería a las dos hermanas.

Ya llegábamos. La casa era ésa. Tenía dos pisos, como yo sabía. Era muy vieja. De piedra. La más vieja de la calle.

El grupo se quedó en la puerta. Ella se adelantó:

—¿Vienes?

Entré. Tuve que bajar unos escalones de madera. Seguramente la calle había sido hecha después que la casa y había quedado a diferente nivel. Por eso en la puerta había unos escalones de madera para bajar al piso antiguo, de tierra apisonada. En seguida, contra la pared de la izquierda, otra escalera igual, también de madera y de anchos y gruesos escalones, subía al piso alto. Creí que vivirían arriba las dos, porque aquella habitación parecía un sótano. Tenía un olor rancio y húmedo al que se sumaba aquel pesado aliento acre que me perseguía por todo el pueblo. Pero cuando mis ojos se acostumbraron a la poca luz, distinguí contra la pared del fondo un amontonamiento de ramas secas, leña para el invierno, y, cerca, una pobre cama estropeada y una silla. No vi nada más. La cama, que era de hierro, había estado pintada de blanco. En la silla se encorbaba el bulto negro de la vieja. Mi acompañante se acercó a ella y le gritó rápidamente unas cuantas palabras en dialecto que no pude entender. Al fin de ellas la vieja levantó los ojos para mirarla. Antonia le hacía señas,

reforzadas por gritos, para que me mirara a mí. Pero no me veía. Yo tampoco distinguía su rostro. La mujer me tomó de un brazo y me puso delante de ella. Entonces sí me vio y yo vi su cara. Estaba vestida de negro y cubierta de negro tenía la cabeza. En medio de las telas su rostro ovalado, encogido, arrugado, de inmensa vejez. Pero la mirada, de blanca fijeza, no entendía lo que veía. Apenas le alcanzaban los ojos para ver lo que veía siempre y no entenderlo. Pero algo se reanimó en ella y buscó con sus manos el sarmiento que le servía de bastón. Buscando aquel palo se removía y se agitaba como un animal o como una criatura fantástica que en vano alguien conjuraba y llamaba para que se desprendiera de su mundo de sombras y viniera a este otro mundo en el que estábamos. Me miraba fijamente, y yo veía que aquel rostro recogía, crispados, deteriorados y envejecidos, otros rasgos que yo amaba y que durante todo el viaje me habían ido acompañando. No tenía tan pobladas las cejas y los ojos eran acaso algo más pequeños; pero el oscuro, irracional empeño que la empujaba, parecía un esfuerzo para despojarse de aquella envoltura imperfecta; por eso se agitaba como un insecto que animado por su seguro instinto quisiera romper el capullo; aquella envoltura de muerte que impedía que nos entiendiéramos. Con los ojos siempre fijos en mí terminó por incorporarse, pero no por ello se alzó: curvada hacia adelante y apoyada una mano en el bastón, adelantaba la otra hacia mí como si quisiera asirse, y así lo hizo al fin, mientras me gritaba pedazos

de palabras que no me decían nada, y me miraba con ojos que se expresaban mal —yo no sabía si alegres o despavoridos—. Mi acompañante procuraba hacer que se sentara de nuevo en aquella única silla, pero ella la rechazó duramente. Sus ojos por un momento fueron de odio, y yo sentí que me hacía cómplice. Le gritó algo con violencia a Antonia mientras seguía asida de mí. Pero Antonia no la atendía:

—La otra está arriba. Vamos a verla, me dijo.

—Sí, vamos, le contesté. Pero no sabía cómo apartarme de la vieja.

—Déjala, déjala. Vamos.

—Sí, sí, decía yo. Pero ahora la vieja me hablaba a mí.

—¿Qué me dice?, le pregunté a Antonia.

—Nada. ¿No ves? Habla de la leña y de que hoy no le trajeron agua.

La idea de que estaba allí tullida esperando que alguien le alcanzara agua se me hizo intolerable.

—Hay que ir a buscarle.

—¡Si la tiene allí!

En un rincón, junto a la cama. Había un trípode con una palangana, y en el suelo, al lado, una lata con agua.

—Y entonces ¿por qué pide?

—¿No sabes que está trastornada? Vamos a ver a la otra.

Separó el brazo de la vieja y me empujó hacia la escalera.

Mientras subíamos la vieja nos gritaba desde abajo. En un momento llegó a alzar el brazo en gesto de amenaza. Pero ya llegábamos arriba.

Allí era diferente. También había una pila de leña contra una pared. Y también una cama. Pero la pila de leña era mayor, la cama era de bronce, y contra otra pared había un antiguo tocador con mesa de mármol sobre el cual había una palangana, una jarra y hasta una jabonera. Junto a la cama había una mesita de noche y en medio de la pieza una vieja mesa de pino. Las paredes estaban encaladas.

Cuando asomamos por el agujero del piso ella nos estaba esperando. También vestía de negro. Y también era muy vieja. Pero más alta y menos encorvada. Su mirada era limpia: yo reconocí la frente comba, despejada, y la nariz que se engrosaba un poco hacia la punta. Su mirada era más parecida a la suya que la de la otra hermana. Pero me miraba como si se hubiera olvidado. Volvió a repetirse el parloteo agudo en dialecto. La vieja me miraba y asentía rápidamente con la cabeza mientras, incesantemente, mascullaba. Entre aquellas palabras había entrado su nombre: Doménico. La vieja seguía seria, como tratando de recordar. Y me abrazó. Luego me habló a mí. Antonia me explicó:

—Te pregunta quién es tu madre.

Yo me acerqué a la vieja y le expliqué. Ella trató de recordar. Durante un momento el brillo aquel reapareció en sus ojos y creí que nos íbamos a reconocer. Hizo un gesto en el que su sonrisa empezaba a aflorar.

Yo estaba casi temblando. En ella pasó algo parecido. Quiso volver a abrazarme. Pero cuando me soltó ya no quedaba más que la querida comba de la frente y el leve engrosamiento de la nariz. La mirada se había perdido. Y se puso a hablar.

—¿Qué me dice?

—Te pregunta si conoces a sus hijos: a Felipe y a Pascual.

—No. No los conozco.

Cuando comprendió que no los conocía se irritó y me hizo otras preguntas airadas. Se estaba enojando. Pronunció la palabra Caracas. Le hice explicar que yo vivía en Montevideo. Pero la vieja insistía en que era América, y la misma Antonia me miraba con gesto desconfiado e incrédulo.

—¿Vamos?, me dijo sin simpatía.

—Sí. Vamos.

Mientras bajábamos vimos a la otra vieja que se acercaba mascullando. En cuanto me vio vino a mí sin cesar de hablar. Me pareció que me increpaba. Yo no me atreví a llegar hasta la puerta.

—¿Qué pasa?

—Lo de siempre.

Y se interrumpió para calmar a la vieja explicándole algo a gritos.

—Te explica que no tiene agua. Vamos.

La vieja mascullaba sordamente y me miraba con ansiedad. Se fue a su silla y nosotros salimos.

En la calle el aire era más limpio, pero venían algunas ráfagas pesadas. Le pregunté a Antonia por qué arriba había muebles y las paredes estaban encaladas y abajo no.

—La de arriba tiene dos hijos, me dijo; la otra no se casó.

EL BAÚL VERDE Y UN PÁJARO NEGRO

En la habitación, que seguía pareciendo desnuda a pesar de ellas y de la mesa, se atareaban las dos mujeres.

—Te estamos haciendo una sopa. De pasta, dijo la mayor. Ahora te vamos a hacer la cama. Pero la buena, eh! En seguida subimos la ropa.

Abandonaron un instante la cocina para hacerme entrar en la segunda pieza. Alguien que me había acompañado por el camino gritó desde la puerta:

—Para abrir el apetito vamos a tomar una *birra* antes de comer. ¿Estamos de acuerdo?

Yo miré a las dueñas de casa.

—No sé...

Pero ella me interrumpió:

—Y si te ofrecen... ¡Anda! Pero primero mira la ropa.

—¡Ya voy! Grité.

—Estate tranquilo. Te esperamos.

Eran varios. Yo oía cómo seguían conversando en la puerta.

La segunda habitación tenía otra mesa y dos camas con las ropas revueltas y un baúl abierto. En el baúl estaba a la vista la hermosa ropa blanca. La madre levantó una sábana que crujía al ser desdoblada, con anchos bordes calados y bordados.

—Linda, eh? Es del casamiento de ella, agregó señalando a su hija. La usaron una noche, no más.

Yo toqué la sábana y asentí. En el baúl había más ropa.

—Son todas las cosas del casamiento. Tiene la ropa y los regalos. Bien guardados. Muéstrale algunas cosas. ¡Saca!

La hija se afanaba revolviendo su tesoro. Sacó un marco de madera barnizada: en medio de la litografía se alzaba el penacho de humo del Vesubio, blanco, sobre la bahía azul de Nápoles.

—Éste es el regalo de Rafael, mamma, dijo ella mientras lo sostenía arrobada en el aire.

—¡El primo! ¡Bah!, dijo la madre y dirigiéndole una mirada dura: ¡Muéstrale otras cosas!

Entonces surgió una portátil de mesa de noche, con pie de madera clara torneada y una pantalla de papel en la que había pintados algunos pájaros.

—¿Y esa?

—No sé. Me parece que es el regalo de María.

—Sí. Es el de María. E bella, eh? Tú estuviste hoy en su casa, me aclaró. La que mandó hacer aquella cocina. Ella guarda toda en el baúl para cuando venga su marido, me explicó. Ahora, mientras estamos solas, están mejor ahí, en el baúl.

El baúl era también verde. Pero del lado interior de la tapa no tenía ningún dibujo. Era junto al baúl que tenían lugar casi todas las entrevistas con Antonio y con Carmineello. Entonces dije, estúpidamente:

—Tío Domingo también tenía un baúl.

—Claro, para guardar la ropa. Es bueno. ¿Tú no tienes?

—No... sí, tengo —me corregí, pensando que tenía aquel mismo. Y luego pregunté:

—¿Suena, la llave?

—¿Cómo, si suena?

—Porque hay algunos...

—Ah! Pero se les pone un poco de olio, con una pluma. ¿Tú le pusiste, verdad?, le dijo a la hija.

—Querosceno, le puse.

Ellas no sabían que había otros baúles que sonaban de otra manera. Aquél, por ejemplo, junto al cual conversaban en voz baja él y Antonio. Una vez habían tenido un disgusto. En casa se conversaba de él: de lo bien que vestía a pesar de ser "foguista" —fogonero—, de los anillos que compraba, y de lo que tardaba en volver a Italia donde su mujer y su hija lo esperaban. Esa misma mujer vieja y esa otra más joven, pero casada ya, y con un hijo que gatea, y que allí están, esperando ahora como esperaban ya, seguramente hace más de veinte años. Mientras están solas ni siquiera tienden las camas: "—Somos nosotras, nada más, y el bambino". Por eso duermen los tres en la vieja cama de hierro del viejo matrimonio, sobre la que quedan revueltas durante el día las ropas. Y no hacen comida tampoco, ¡para ellas! Algo para el nene, nada más. Esa misma sopa "sana, con aceite puro de oliva" que tuve que tomar después bajo la mirada vigilante de las dos. Ellas

¿qué necesitan? Un poco de pan con queso y ya está. Cuando ellos vienen es diferente. Fue el suegro quien arrastró consigo al yerno. Una vez les mandaron una fotografía del niño para que lo conocieran. Todavía están en Caracas. Por eso mismo había terminado aquella diferencia, porque, en uno de sus viajes, Antonio había cambiado de destino, y en vez de volver a Montevideo a trabajar en el remolcador donde ya era hombre de confianza del patrón, había ido a Venezuela, donde había instalado un almacén. Las cartas y las noticias se habían hecho entonces más raras, aunque, desde luego, siempre muy cariñosas. Tan lejos no había ya motivos para discutir. De esos motivos se encargó desde entonces Carminiello, porque él sí regresó a Montevideo, y también trabajó en un remolcador. Por eso yo no llevo a distinguir bien entre Antonio —que es el mayor— y Carminiello. Sólo recuerdo las apariciones periódicas e irregulares, en casa, de nuestros primos de Marina di Camerota, la repentina aparición del cacio cavallo y de los higos secos y, también, las conversaciones privadas que mantenían con él. Pero a los dos los recuerdo como si fueran una misma persona que me acompaña con parecida e inalterable edad a lo largo de diversos tiempos, porque a Carminiello —el Antonio joven— lo recuerdo en las últimas casas que habitamos con las mismas risas y las mismas culpas que tuviera el otro, el mismísimo Antonio, allá en los remotos días de los primeros cacio-cavalllos de la calle Julio Herrera y Obes. Sólo que a él, a Carminiello, alcancé a verlo

llegando un domingo inesperado a Malvín, ese Malvín que, cuando yo vivía en la calle Julio Herrera y Obes, y, por lo tanto, cuando el que iba era Antonio, era una extensión de arenales todavía inexplorada, porque los veraneantes limitaban su afán de aventura costera a la playa de Capurro y, por el Este, a la de Los Pocitos, como entonces se la llamaba. Y lo veo llegando también con un paquete debajo del brazo —esa rumbosidad misma era justamente otro de los motivos de disgusto, porque su deber era ahorrar— por cuyos bordes asomaban las colas de dos grandes corvinas compradas en el muelle de pescadores: “—Sono fresquitas, eh!”, declaraba al dárselas a mi madre, que siempre repetía un gesto inicial de escándalo y de compunción, y que siempre terminaba por desaparecer con ellas en la cocina. También Antonio llegaba siempre con un paquete, y también venía siempre rodeado del brillo de una sonrisa que reverberaba en su rostro saludable con un resplandor similar al de su anillo recién comprado, o al del reloj de pulsera de oro que le mostraba, mientras él hacía un gesto de alegre pesadumbre o de cordial censura. Aquel domingo que llegó Carminiello con las corvinas, también tuvo lugar la inevitable entrevista privada, como otras más lejanas y aún lejanísimas que habían ocurrido con Antonio en las primeras casas del Centro. Estas entrevistas ocurrían siempre cerca del gran baúl de cerrojo sonoro.

Ese gran baúl verde había sido siempre para mí algo tan suyo como el olor a mar de sus manos duras,

como el paso vacilante —había padecido vértigo de Menier— y sin embargo seguro, con que andaba incansable por el empedrado del puerto. A veces yo sentí sonar el cerrojo desde el frente, desde el comedor de mis padres, en la calle Julio Herrera y Obes, y abandonaba entonces lo que estuviera haciendo para correr hacia su cuarto, el mismo donde había descubierto los homónimos y donde había tropezado con la dificultad de discriminar entre el cuarto de hora del reloj y el cuarto que era el suyo, y lo encontraba cerrando ya de nuevo la tapa maravillosa. Casi siempre conseguía que volviera a abrirla para mostrármela. Y él volvía a contarme todo. Era el mismo baúl con que hiciera los dos viajes. Pero en el segundo se había hecho amigo de un genovés que fue su compañero de pieza a su regreso, cuando él todavía no vivía con mi familia. No sé qué favor le había hecho, y el genovés había querido retribuirle pintándole el barco en la cara interior de la tapa del baúl. Así, cuando yo oía la campana del cerrojo, la interpretaba como el anuncio de la visión milagrosa que entonces podría contemplarse, como la campanilla que agita el monaguillo anuncia a los fieles en el templo el momento de la elevación. Es cierto que para que no sonara de manera tan brillante, él había hecho entrar a presión en el cerrojo unos pedazos de papel, de modo que la campana sonaba opaca y más discreta, pero no por eso menos decisiva y ritual. Corría yo entonces y tenía casi siempre tiempo de ver el barco. Por su parte interior el baúl no estaba pintado. Sobre la madera na-

tural y pobre —simple pino—, se destacaba el dibujo a lápiz, rígido, rectilíneo —la mayor parte de las líneas había sido trazada a regla—, que luego diversas tintas habían cubierto: negras para el casco, y verdes, blancas y rojas para las abundantes banderas italianas que lo empavesaban. Lo más espléndido era la bandera del tope, que flameaba rigidamente sobre las chimeneas, y cuyas dimensiones eran enormes: su alto mayor que el casco del barco y su largo como un tercio del mismo. En el centro tenía dibujado el escudo de la Casa Real. Era allí, junto a aquel baúl con la tapa abierta, que ocurrían siempre las entrevistas. Él decía algo en voz baja, Antonio-Carminiello protestaba gesticulando con diferentes actitudes de sorpresa y naturalidad; él volvía a decir algo y completaba sus palabras con un gesto reticente; había dicho ya lo que debía y a su interlocutor (Antonio-Carminiello) le tocaba ahora decidir por su parte. El resultado era siempre el mismo: el primo italiano sacaba de su bolsillo unos billetes nuevos y mi tío se inclinaba sobre el baúl para maniobrar en el secreto de su caja. Allí los billetes desaparecían.

Tardé mucho tiempo en recomponer aquella escena, en comprenderla. La última vez que vi a Carminiello —porque era Carminiello ahora— fue en Malvín, poco antes de que él muriera. Y allí lo vi abrir de nuevo el baúl. Lo abrió delante de mí y de él retiró varios grandes billetes nuevos: algunos eran enormes billetes que yo desconocía, billetes italianos de mil liras; otros eran billetes uruguayos. Los contó y se los dio.

—Aquí está lo que me diste, le dijo. Y tomando un billete uruguayo de cinco pesos de su carterita —ahorrado seguramente sobre su tabaco— también se lo dio. Y le dijo:

—Y esto es para tu hija.

Carminiello protestaba, pero él se lo hizo tomar.

Fue entonces cuando supe que aquel baúl era la caja de ahorros de los primos de Marina, y que él esperaba hasta el día antes de la partida para devolverse los, para asegurarse de que aquel dinero sería llevado a Marina, a aquella mujer que él no conocía pero que, en la misma casa en que él naciera, estaba esperando al marido que había ido a hacer la América. El "secreto" del baúl hace muy poco que volví a encontrarlo. Fui a buscar el baúl a la buhardilla, busqué su llave entre manojos de llaves viejas y lo abrí. Sonó la campana con un chirrido como de resortes que saltan: sólo a la segunda vuelta de la llave reconocí que era realmente aquel sonido. Lo abrí. Allí estaba, deforme, rígido, chato y empavesado con sus desproporcionadas banderas el "Venezia" que lo ornara tan milagrosamente durante aquellos años. A la izquierda, un cajón, cuya tapa lateral se desliza, deja libre un espacio suficiente para un buen número de billetes. Nada más. Ése era el "secreto".

El baúl de la hija de Antonio no tenía "secreto". Sólo aquellas cosas tan cargadas de esperanza y destinadas a desgastarse, desgastadas ya: las ropas de cama que seguramente no se usarían ya más, al menos antes de la vejez, cuando haya que recurrir a ellas porque no habrá

otras, y cuadros, lámparas, vestidos. En un rincón del baúl había una bola de cristal con una virgen dentro: si se la invertía y luego se la enderezaba podía contemplarse durante un momento un minúsculo vendaval de nieve que depositaba sus copos blancos sobre la enigmática figura de la virgen vestida de blanco y celeste. En algún lado llevaba escrito: *Novi Velia*.

—Te esperan para tomar la birra, me dijo la madre. Vuelve cuando quieras.

Le devolví la virgen a la hija, y dije que volvería pronto.

El pequeño torbellino de nieve se agitó todavía en su mano y fue luego a aquietarse en secreto en el fondo del baúl, como un animal que primero se revuelve un poco en su cueva y al fin se echa para pasar la invernada.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

En la pieza del frente ya estaba oscuro. Por eso me di cuenta de que en la habitación donde había estado ardía una lamparilla eléctrica.

Del grupo sólo habían quedado dos personas para esperarme. Las otras habían ido ya al bar. Atravesamos la plaza. Ya era casi de noche, y se veían las primeras estrellas. Cuando nos sentamos en la calle, a la puerta del bar, en torno a la mesa de metal pintada de verde, casi no nos distinguíamos los rasgos. Sin embargo la noche no era oscura.

—¿Birra?

—Birra.

—Birra para todos.

Rivalizaron en mostrar un viril conocimiento del mundo; hablábamos de ciudades y de dinero. Uno había ido la semana pasada a cambiar dinero en Nápoles.

—En Génova hay mejor cambio, dijo otro.

—En Nápoles es bueno, en el mercado negro.

—¿Uds. qué moneda tienen?, me preguntó el primero.

—¿En el Uruguay?

—Sí, en el Uruguay.

—El peso.

—¿Y cuánto vale?

—Un dólar, vale ¿no sabes? Es americano.

—No, corregí. Tres pesos valen un dólar. (Entonces era cierto).

—La moneda de Venezuela vale más. Allí vale lo mismo que el dólar. Es un país rico.

—Venden petróleo, es por eso. Todos necesitan petróleo.

—¿Y Uds. qué venden?

—Lana. Lana y carne.

—Entonces la carne es barata allí.

—Todos los días comen carne.

—Uds. juegan bien al fútbol. Aquí hay jugadores uruguayos.

—Fueron campeones, Uds.

—Una vez nos ganaron.

—Grandes jugadores son Uds.



—En Venezuela no saben jugar al fútbol. Pero se ganan dólares. Yo vuelvo el año que viene.

—¿Y después?

—Vengo a Marina. Me compro una casa y de tarde vengo a tomar una birra. Cuando quiero estar en una ciudad grande voy a Nápoles. Paseo todo el día por la calle y de noche voy al cine.

—Yo tengo un hermano en América. Ud. lo conoce: Rafael. Trabaja en un restaurante.

—¿Dónde?

—Allí, en Buenos Aires; al lado del puerto.

—Yo vivo en Montevideo.

—¿Y no es todo junto?

—Voy poco a Buenos Aires.

—Hay un río allá. Buenos Aires está de un lado y Montevideo del otro.

—Pero es cerca.

—Sí. El vapor sale de noche y por la mañana está en Buenos Aires. Pero voy poco.

—El viejo está en Venezuela. Tiene almacén. El año que viene yo voy de nuevo.

La noche era calurosa y serena. Pero tomando cerveza en la calle, en mangas de camisa, se estaba bien. A veces la leve brisa del mar se detenía, y entonces circulaba de nuevo el olor pesado, untuoso, sucio.

—Deben estar esperándome, ¿Mozo!

—Sí. Él tiene que ir. Nosotros lo convidamos. Felipe, ven aquí.

—Claro.

—Cóbreme a mí, por favor.

—¡Eh! ¡Deja estar! Aquí tienes, Felipe.

—¡Si hubiera estado Antonio! ¡Él sí, sabe festejar!
Ya habían pagado.

—Bueno. Muchas gracias entonces.

—Te acompañamos.

—Quédense al fresco.

—No. Varnos.

—Vamos.

Hicimos de nuevo el pequeño paseo. Ahora hablaban de ciudades. Yo miraba las casas y trataba de imaginarme que por allí había volado el pájaro amaestrado que él tenía. Era negro. No podía acordarme del nombre. Uno decía que había estado en Roma y explicaba que no le gustaba porque hacía mucho calor, pero que las mujeres eran hermosas. Debía ser un cuervo, porque era un pájaro negro. Le gustaba irse a volar por los olivares. Luego él lo llamaba y el pájaro venía a posarse en el hombro. Siempre andaba con el pájaro. Hasta que el hijo del prefecto le disparó con la escopeta. Después le explicó que lo habían confundido. ¡Cómo lo iba a confundir! En el pueblo todos lo conocían; sólo que él tenía celos porque nunca había podido amaestrar un pájaro. Por eso le tiró. Otro decía que prefería Génova. Pero me pareció que lo decía porque era lejos, y porque los demás no habían estado. Creo que él también prefería Nápoles.

Cuando desembocamos en la plaza, vi la puerta de la casa de Antonio y entreví la parra que crecía junto

al muro. Allí nos despedimos. La fachada blanca de la iglesia dominaba la plaza. Una vez el pájaro se había posado en lo alto del campanario y cuando él le gritó bajó volando sobre la plaza hasta su hombro.

—Te esperan. A domani.

—A domani.

—A domani.

La de Antonio era la única puerta iluminada y abierta. Dentro de la cocina ardía una lamparilla y las dos mujeres estaban sentadas en dos banquetitas bajas, calladas y esperando.

ME HOSPEDO EN LA CASA DE ANTONIO

Pusieron un plato de sopa sobre la mesa. Una se quedó en pie, con los brazos cruzados; la otra en una banqueta baja, contra la pared, y el niño en sus brazos. La sopa tenía una gruesa capa de aceite que sobrenadaba.

—¿Pero ustedes no comen?

—No, no.

—¿Por qué, no?

—Nosotras comemos después.

—¿Tienen que hacer algo?

—No. Estamos bien así.

—Entonces comemos.

—Siéntate tú.

—Y ustedes también.

—Oh, no! Estamos bien.

—¿Pero por qué, no?

—No, no.

—¿No comen esto?

—Nosotras comemos cualquier cosa.

—Siéntate, entonces.

Ya no respondían. Decían que no con la cabeza, moviéndola enérgicamente y con un gesto de niño enfurruñado.

Al fin dijo:

—¿Me van a dejar comer solo?

No habían previsto eso: Se miraron:

—¡Y siéntate!, le dijo de pronto la hija a la madre.

—¡No! ¡Tú! ¡Deja al niño y siéntate!

—Tienen que venir las dos a la mesa.

Vinieron las dos. La hija fue a dejar al niño en la habitación de al lado, y luego vino a sentarse. La madre le sirvió una cucharada y no puso plato para ella misma.

—¿Qué pasa?, pregunté, mirando el sitio vacío delante de ella.

—¡Sirvetel!, le dijo la hija.

La madre se levantó, trajo el plato y también echó en él una cucharada.

Era una sopa blanca, con pequeños aritos de pasta ya muy deshechos, y mucho aceite. Para mi gusto también le faltaba sal. Me era muy difícil tomarla. Ellas movían la cuchara pero en realidad apenas comían. Yo la tomaba con dificultad.

—¿No te gusta? Es sana.

—Sí, me gusta. Pero ustedes no comen.

—La hicimos para ti.

—Está muy bien.

Al fin las vi tomar algunas cucharadas, pero con una lentitud tal que comprendí que sólo cumplían un rito. No estaban comiendo: me estaban acompañando de otra manera, como creían que yo lo exigía.

Luego la pasta. Mientras comía:

—¿Bajaré las valijas del coche?

—Nosotras estamos aquí.

—No. Para cuando durmamos.

—No te preocupes. Nosotras nos quedamos aquí.

—¿Aquí?

—Bueno. Si nos dejas entrar, dormimos dentro del automóvil.

—¡Cómo, dentro del automóvil!

—Lo cuidaremos bien.

—Pero no. El coche se puede cerrar. Bajo las valijas y ya está.

—Nosotras te lo cuidaremos.

Al fin pude convencerlas de que podrían dormir como siempre.

Cuando subí la valija por la escalera que partía del otro cuarto, fui sintiendo, a medida que subía, que reaparecía con intensidad creciente aquel olor. Era tan denso allí que parecía que ensuciaba. Al fin de la escalera, un rellano de madera y una puerta a cada lado. Subíamos con una vela. Entramos al cuarto de la izquierda y ellas pusieron una vela sobre la cómoda. La habitación era grande: cubría el espacio de las dos de la planta baja y en el centro de uno de los lados había una gran cama de matrimonio.

—En la jarra tienes agua, y para lo otro tienes que ir allí, me dijo la madre señalándome el rellano al que daba la otra puerta.

Me dijeron que podía dejar la ventana abierta: nos dimos las buenas noches y se fueron. El olor venía de la otra habitación. Era un cuarto desnudo, bajo y grande, con techos inclinados y una ventanita. En el centro, como un vaso sagrado, se alzaba un cántaro como el

que ya había visto en la calle sobre la cabeza de una joven. Estaba más que mediado de inmundicia. Entonces comprendí que todas las casas tenían un cántaro en una habitación superior, y que de él desbordaba y caía el olor que me había estado persiguiendo en Marina. Cerré la puerta y volví al dormitorio. Por la ventana abierta se veía el cielo estrellado que ardía sobre la plaza desierta. A mi derecha se alzaba la fachada blanca de la Chiesa di Santo Doménico. Una mancha de luz amarilla que salía de la puerta de la casa cruzaba la calle a mis pies y se perdía en la plaza. Del otro lado del pueblo venía una brisa fresca y húmeda que traía olor a mar. Pero mientras la aspiraba, no podía dejar de sentir el otro olor que se me había quedado como pegado a la piel. Sentí que la puerta se cerraba, y la mancha de luz desapareció. Marina di Camerota no tenía ruidos. Apenas se rozaban, con la brisa, cerca de la ventana, las hojas de la parra.

Las sábanas de la cama, blanquísimas y almidonadas, crujían cada vez que me movía, y junto a mi cara me sorprendían los relieves de los abundantes bordados de aquel ajuar de bodas.

EL PADRE DE VICENTE

Me desperté temprano. En la casa no había ruidos. En el pueblo tampoco. Después de la visita a la habitación del cántaro me lavé, me vestí y acerqué una silla a la ventana abierta.

Estaba en Marina. Busqué mi libreta en la valija y me senté con la estilográfica en la mano y la libreta en las rodillas. Pero ¿qué podía anotar? Creo que lo único que me importaba era iniciar una línea escribiendo: *Marina di Camerota*, y la fecha. ¿Y después? Había llegado por un camino de montaña; había recorrido un camino entre los olivares; y había bajado hasta las barcas cuyas sombras dormitaban todavía en el fondo del mar. Allí había nacido él; junto a la ventana latían las hojas de la parra. Anoté que era de mañana. Que desde la ventana veía la plaza del pueblo; que a veces, en medio de la brisa, venía el olor repugnante que desbordaba de los cántaros.

Cuando bajé ya se oían los chillidos del niño que berreaba. La madre estaba haciendo fuego y la hija había salido.

—Buon giorno.

—Buon giorno. ¿Dormiste bien?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Bien. Pero poco. Siempre dormimos poco. No es como en las ciudades.

—¿Y tu hija?

—En el campo

—¿Tienen campo?

—Sí. Allá está la vaca. Ya trajo la leche. Pero ahora fue a buscar uvas. E higos. ¿Tomas leche, verdad?

El sol ya alumbraba la fachada de la iglesia. La plaza estaba desierta.

—¿Quieres ver el campo?, me dijo mientras me alcanzaba un tazón de leche tibia. Tenemos olivos e higueras. Y uva. Allá fue ella a buscar la fruta para la comida.

—Es lástima. Yo voy a salir temprano. No quiero andar por las montañas de noche.

—¿Y no te vas a quedar aquí?

—Tengo que irme.

—Pero un día. Yo ya le dije que trajera uvas. Comes aquí.

—Quiero llegar temprano a Salerno.

—Vas mañana.

—No me puedo quedar. Y lo siento, créeme.

—Como tú quieras. Pero si te vas tienes que irte temprano. En las montañas hay *briganti*.

—¿*Briganti*?

—Sí, *briganti*. Es peligroso. Hay que andar de día.

Yo no quería guiar de noche por la montaña, pero que hubiera *briganti*... Serían los hijos de aquéllos, los nietos quizá. Sin embargo... Me acordé de aquella vez que le habían dado de comer *fasule e pasta* y del cabrero que yo mismo encontré junto al camino, y casi me

dieron ganas de salir de tarde. Pero no. El camino era realmente muy malo. Me acerqué a la puerta. El campanario de la iglesia se recortaba nitidamente contra el cielo puro.

—Me gustaría bañarme en el mar.

—¿En el mar? Muchos se bañan.

—¿Ustedes se bañan?

—No. Nosotros no. Estamos siempre aquí... Pero ahora, en verano, hay muchos que vienen a tomar baños. Algunos vienen de Torre Orsaia o de Céntola y tienen casa aquí para bañarse. El doctor de Céntola tiene una linda casa aquí.

—Entonces me puedo bañar.

—Sí. Hay una linda playa.

Subí y me puse el traje de baño.

Cuando bajé, ella me explicó que para ir a la playa había que atravesar el pueblo y andar un poco hacia el Norte. Allí, entre unas rocas altas que eran ya el comienzo del cabo Palinuro se abría una pequeña playa. Mucho después supe que aquella era la *Spiaggia delle Sirene*. Fui hacia allá.

Atravesé el pueblo casi sin darme cuenta, hasta que me sorprendí andando por un sendero que corría por la arena ya entre las rocas. Tuve que atravesar un alambrado. Iba en mangas de camisa y alpargatas. Entonces me di cuenta de que me había equivocado. Allí no se sentía el mal olor, sino el aire del mar que latía junto al rostro. Me quedé tendido en la arena dorada, sintiéndola entre los dedos, mirando cómo algunos veraneantes

ya estaban en la playa. Casi todos vestidos. Pero aun así veía que no eran del pueblo. Había algunos pocos grupos familiares junto a las rocas, desde donde se des-parramaban los chiquillos que correteaban hasta el borde de la playa y allí jugaban con el último festón de la espuma.

Pero no era eso lo que yo quería. Nadie lo recordaba allí. Traté de descubrir cuál sería la familia del médico, el médico de Céntola, pero no pude darme cuenta. Aca-so para él mismo el nombre de Céntola sonaba de otra manera. Quién sabe. A lo mejor tenía un padre viejo, y tal vez un viejo tío cura al que su padre le había manda-do una canasta desde Marina, todos los sábados, en la época en que estudiaba.

Me levanté de la arena y entré en el mar. Era fácil nadar en aquella agua salada y transparente. El escalón de la playa era hondo, y muy pronto se llegaba al agua profunda ("Como de aquí a allí con un cabo de cien brazas no se llega al fondo"). Nadé un poco. Cuando me detuve a ver dónde estaba, vi que tenía delante, pero todavía lejos, la peña alta y oscura del cabo Palinuro. Torcí de vuelta hacia la playa y salí del agua. Algunos me miraban. Yo me sentía un intruso. Ninguna de las personas que había conocido durante mi recorrida por el pueblo estaba allí, pero sin duda algunos me habían visto porque hablaban entre ellos y me miraban.

Volví al pueblo.

Entré por la misma calle que había recorrido el día anterior y reconocí la casa de la prima de mi madre.

Pero no había nadie en la ventana y no quise llamar. La calle terminaba en la plaza. Se entraba a ella por la esquina de la casa de Antonio. En la estrecha callejuela que allí hacía el ángulo, el automóvil, negro y brillante, parecía más grande entre los muros cercanos. Delante de él, ya casi sobre la plaza, yacía un hombre en el suelo. Pensé que era un borracho. Pero cuando ya pasaba junto a él, se irguió como pudo, apoyándose en un brazo, y me increpó hablando rápidamente en dialecto. Apenas lo entendía. Le pregunté qué quería de mí y entonces comprendí que me hablaba de su hijo y me pedía café.

—¿Quién es su hijo?

—¡Cómo, ¿quién es?!, me dijo—. ¿Y tú no lo conoces? ¿No eres tú el americano?

—Sí, le dije.

No estaba borracho, estaba enfermo: tenía las caderas muertas y por eso estaba tendido en el suelo, pero levantaba el torso y me hacía gestos. Al hablarme se arrastraba apoyándose en un brazo y extendiendo el otro hacia mí para alcanzarme. Mientras hablábamos yo tenía que cuidarme de mantener suficiente distancia para que no pudiera asirse de mis ropas.

—¡Me tiene que mandar café! ¿Me entiendes?—me dijo; y repitió, separando las palabras y gritando más fuerte: —¡Me tiene que mandar café! ¡Hace seis meses que no me manda nada, ni siquiera medio-kilo! Tú vas y le dices que me mande café. No hay que decirle más nada, él sabe todo: que su padre estaba aquí, estropea-

do, y que no tiene una taza de café para tomar. Y que venga, si quiere, que si pudiera alcanzarlo le rompería la cabeza con una piedra. Con una piedra, ¿me entiendes? Le dices eso... ¿Cuándo vas?

El viejo me hablaba atropelladamente, y a cada palabra se encendía más. Tenía la cara roja. De vez en cuando se pasaba por las mejillas un pañuelo oscuro, sucio, para enjugar las gotas que destilaban de sus ojos impávidos; y luego volvía a extender rápidamente su brazo para asirse de mí.

—Pero yo no conozco a su hijo.

El viejo me tenía ahora por el cinturón. La mujer de Antonio había salido a la puerta de la casa y nos miraba. La plaza estaba desierta.

—¡Cómo que no lo conoces! Vicente, se llama. ¡Todos lo conocen! Tiene otra mujer en América y gana mucho dinero; y deja a su padre estropeado aquí y no le manda ni tan siquiera medio kilo de café. Vicente, se llama. Trabaja en la Boca, —precisó al fin, y al hacerlo me soltó para señalar, en el espacio, el lugar donde trabajaba su hijo. Ahora, cerca de nosotros, se habían detenido dos hombres.

—Pero yo no vivo en la Boca. La Boca está en Buenos Aires, y yo vivo en Montevideo.

La mujer de Antonio nos miraba atentamente y sería.

—Hace años que no voy a la Boca. No conozco a nadie allí.

—¿Pero eres el americano, o no? ¡No lo conoces! ¡Y lo conocen todos! Trabaja en el puerto. Entre los barcos. En una compañía grande. Y si no lo conoces, tú vas y preguntas por Vicente y cualquiera te lo enseña; por Vicente, el hijo de Pedro. Yo soy Pedro: éste que está aquí tirado en la plaza, estropeado, con el hijo en América, que gana todo el dinero que quiere y se divierte con otra mujer, y sin una taza de café. Yo sé todo porque me contó Pablo cuando vino. A mí me hace bien el café: el doctor lo dijo.

Había vuelto a gritar, pero las últimas palabras las dijo más sosegado. Se detuvo un momento y volvió a preguntarme:

—¿Cuándo vas?

—Cuando te vuelvas le dices a Vicente, —agregó uno de los hombres que se habían detenido y que yo reconocí como uno de los compañeros de la noche anterior—. ¡Pobre viejo! —agregó—. Es un favor que te pide. ¿Entiendes?

Yo entendía muy bien, pero no volvía a Buenos Aires y ya se los había explicado. Por su parte el lisiado insistía:

—¿Cuándo vas?

—De aquí me voy, hoy, contesté.

—¿Y cuándo vuelves allá?

—Dentro de unos meses.

—¡Unos meses! ¿Pero te vas a decir?

—Sí. Le diré.

—Estate tranquilo, viejo —dijo el que había hablado antes—. Es el sobrino de Antonio. Él no se olvida. Es inteligente.

Senti que la mujer de Antonio me miraba fijamente comprendiendo que yo había mentido.

—¿Y adónde vas ahora? —volvió a preguntarme vivamente el viejo—. Ésta me dijo que vas a Francia. Allí también hay café. Mándame. Mándame un kilo.

El compañero me miró. Yo ya me iba.

—Déjalo; me dijo la mujer de Antonio—. La culpa es del hijo. Vicente no piensa más en Marina.

—Hasta luego, me dijeron los dos hombres. Uno agregó: —Después venimos. Y se fueron.

Al ver que nos íbamos todos el viejo se puso a gritar:

—¡Ah si pudiera alcanzarlo! ¡Quiero romperle la cabeza con una piedra! Tienes que decirse lo: ¡con una piedra! Y que me mande café. ¡Cinco quilos! ¡Sí! ¡Cinco quilos, eh! ¡No te olvides!

—Le diré, sí, le diré.

Dentro de la casa de Antonio todavía seguía oyendo sus gritos.

CAMBIAMOS REGALOS

Subí a hacer mi valija.

—Ella te ayuda —me dijo la mujer de Antonio.

—No necesito. En un momento estoy.

—Ve —insistió la madre. Sube con él.

—En un momento la arreglo, —le dije mientras subíamos, para defenderme de su ayuda, pero sin atreverme a indicarle otra vez que se quedara.

Recogí mis ropas y me puse a ordenarlas en la valija; ella, de pie, a mi lado, miraba todo.

—¿Qué es?

—Una máquina fotográfica, —le dije. No me la había visto todavía. No había tomado ninguna fotografía en Marina. Durante el viaje había fotografiado todo lo que se me aparecía por delante, pero en Marina la había guardado. No quería tomar fotos que me sirvieran para recordar. Los recuerdos que de allí guardara no debían quedar apoyados en nada.

—¿Y esto? Es lindo...

—Una caja de música.

—¿Una caja de música? Por qué ¿de música?

—Oye —le dije; y se la di entreabierta. Ella terminó de abrirla, y la música empezó a sonar.

—¡Oh!

Su expresión era de sorpresa, pero también de codicia, una codicia ingenua, salvaje; y yo me sentí tan mal

advirtiéndole que poseía esos objetos que para ella eran infinitamente valiosos, que le dije:

—¿La quieres?

En cuanto me oyó, volvió a cerrar la caja y se quedó con ella apretada entre sus brazos. La hacía suya de modo duro, como hace suyo un niño su juguete o el hambriento un pedazo de pan.

—¿Y eso? —me dijo señalando una cartera de cuero.

—Una cartera... le contesté. Su voz sugería algo más que curiosidad. No supe qué agregar. Después ella me preguntó:

—¿Tú haces fotografías?

—Sí. A veces.

—A ella le hicieron una fotografía en Nápoles, cuando se casó. El padre se la hizo hacer por un fotógrafo, —dijo la madre, que había entrado también en la habitación.

Ahora estaban las dos frente a mí, de pie, mirando la valija abierta. Había otras cosas: accesorios de fotografía, pequeñas piezas de cerámica, objetos de cuero: los recuerdos que compran los que viajan. Pero yo ya le había dado lo más valioso que tenía. Sin embargo ellas esperaban. ¿Qué podía darles? Era estúpido que me sintiera obligado a dejarles aquella baldosa de cerámica o la cartera de cuero que había comprado para mi padre. ¿Dinero? ¿Cómo iba a darles dinero! Hubiera sido como pagarles el alojamiento. Sin embargo... Cerré la valija. Ellas se quedaron al lado, serias, sin moverse.

Esperaban. Me erguí y busqué mi cartera en el bolsillo. Los ojos de ellas seguían con interés el movimiento de mis manos. Yo sentía vergüenza. Pero sí, era dinero. Saqué algunos billetes y se los di a la muchacha que rápidamente los arrugó en su mano.

—Anda. ¡Guárdalos! —le dijo la madre.

Ella ya se dirigía a la escalera.

Cuando bajé estaba junto al baúl. Allí guardó las liras y allí sepultó la caja de música. ¿Habrá sonado alguna vez, después, en todos estos años?

Cuando ya estaba junto a la puerta con la valija que iba a cargar en el automóvil, ella vino con la bola de cristal en la mano: aquella que tenía una virgen y en la que se podía hacer nevar a voluntad: *Novi Velia*.

—Para tu madre —me dijo.

—¡Oh, gracias! ¡qué linda es! —le dije, y al levantarla para verla mejor, un diminuto temporal de nieve arreció, dentro del cristal, sobre la impávida figura de la virgen.

—Para traerla tuvo que ir a la montaña, —me explicó la madre. Dos días de camino por la montaña, ¿sabes? De allá la trajo. Dos días de camino. ¿Oíste?

Le pedí que la guardara. Le expliqué que yo iba a tardar mucho en volver a casa, en dársela a mi madre. La muchacha tenía todavía la mano extendida; miró a su madre. Pero ésta me dijo:

—Y... Ya te la dio. Guárdala ahora. Llévala. Es un recuerdo para tu madre. A ella le va a gustar.

—¿Y por qué vas a partir ahora? —me dijo una cabeza que se metió por la puerta— ¿Por qué no te quedas más y estás en la casa, con la familia?

Junto a la puerta se había formado un grupo que me esperaba. Habían venido dos hombres y varias mujeres, y una bandada de niños. La que se creía mi prima había traído una de las hermanas de tío Domingo, la que vivía en el cuarto de arriba.

—La traje para la fotografía —dijo la hija de Antonio, que seguía pensando, sin duda, en mi máquina fotográfica.

Todos se ordenaron en una línea frente a la casa. Ajusté la cámara. La fila comenzaba junto al tallo de la parra y cubría todo el frente, cruzando la puerta y la ventana. Delante de los mayores se ordenaban, en otra fila despareja, los niños.

Cuando puse la cámara junto a mi cara, uno de los hombres, riendo, dijo:

—Guardate l'uccellino!, —y les pidió que se quedaran quietos un momento.

Les dije que no, que no era una fotografía, que podían moverse y hablar, que yo quería que lo hiciera. Pero fue inútil: creían entenderme mal y discutían entre ellos, pero cuando comencé a tomar la escena quedaron inmóviles de nuevo. Tomé un poco de película. En ella sólo quedó, casi como el único movimiento registrado, la palmada con que una de las mujeres inmovilizó a un niño que no se quedaba suficientemente quieto.

El olor me envolvía. Mientras guardaba la cámara, me sorprendí mirando la ventana alta como si hubiera sido posible verlo salir por ella.

Después hubo abrazos, recomendaciones —alguien volvió a advertirme que tenía que tener cuidado, que en las montañas había *briganti*—, y saludos; casi todos para personas que yo no conocía, ni conocí después, y otros para personas que no conocían ellos: mis padres, mi tía. Y gestos dolorosos, cabezas inclinadas a un lado, manos cruzadas sobre el pecho. La mayor parte de las mujeres estaban vestidas de negro. Alguna se enjugó los ojos en el delantal. Salvo los dos hombres, que vestían camisas blancas, el resto formaba un grupo oscuro, como de plañideras, en el ángulo de la plaza clara y soleada.

La mañana estaba avanzada, pero el sol daba todavía sobre la fachada de la iglesia.

Cuando ya me iba, uno de los hombres metió la cabeza por la portezuela del coche para hacerme la última aclaración:

—Cuando venga Antonio le vamos a contar. ¡Si él hubiera estado! ¡Entonces sí que hubiera sido una fiesta!

Y luego, como esbozando todavía una esperanza:

—¿Tú no puedes volver, verdad? ¡Es lástima! ¡Addio!

La bandada de niños me escoltó todavía un poco por el camino.

LA PESCA DEL PESCECANE.

El camino subía rápidamente. Cuando llegué a una curva me detuve. A la derecha, abajo, se extendía el mar con un horizonte lejano. Algunas pocas nubes que avanzaban desde tierra dejaban vagar sobre el mar una lenta manada de sombras. Más allá el mar estaba limpio y brillante. A lo lejos se veía el punto apenas móvil de una barca. Desde ella verían la altura donde yo estaba, pero difícilmente verían Marina. Como cuando el *pesccecane* arrastró su barca mar adentro, hasta allá desde donde no se veía la costa, apenas si las cumbres de la montaña.

Habían salido, como siempre de noche, iban a recoger los palangres. La barca también llevaba redes para el trasmallo y anzuelos, líneas, arpones. Además de Marcello, que era el dueño, iban cuatro en la barca, y con ellos un niño:

—¡Doménico, trae el farol!

Uno de los cuatro era Rafael, el sobrino de Marcello, que después se había ido con los *briganti*. El niño era Doménico.

—¡Suelta ese cabo, Doménico!

Y el niño, con sus dedos pequeños, forcejeaba con el grueso cabo de proa. Antonio terminó de desatarlo y la barca quedó libre.

Cuatro remaban. Marcello iba al timón y el niño encaramado en la proa.

No habían encontrado los palangres todavía y echaron una vez la red. Pero había poco pescado.

—Siguieron mar afuera. Cuando empezaron a levantar los palangres ya aclaraba. Pero, mientras recogían, un tirón de la línea casi arrastra a Marcello.

—¿Qué es esto?, dijo Marcello.

—¡Aguanta!, le gritó Rafael, y él mismo dio una vuelta a la línea en una cornamusa. Hubo varios tirones violentos que hicieron mover la barca y luego la línea aflojó.

—¿Qué era el tirón, tío?

—Ah, Marcello, sabía! —Por eso no hay pescado, dijo. Este es el *pesce-cane*. Seguimos levantando la línea, pero venía sin nada, rota, destrozada; en algunos anzuelos había una cabeza de pescado y en otros lugares faltaba todo.

—¿Los anzuelos también?

—Todo. Eran los anzuelos chicos, no para pescado grande. Él venía, mordía y arrastraba todo.

—¿Y cómo no se quedaba enganchado?

—¿El *pesce-cane* enganchado? ¿Con aquellos anzuelos? ¿No te digo que es un pescado grande? La boca, que está toda llena de dientes, es así; dijo reuniendo sus manos y haciendo un círculo con los brazos. Aquellos anzuelos no los siente.

—Le servían de escarbadiques, dijo mi padre.

—¿Pero es tan grande?

—Mira. Una vez habían sacado uno a la playa. Era más grande que la barca. Más grande. Como desde aquí hasta allá, hasta la mampara. ¡Qué! ¡Más allá; hasta la piletta! Yo recorría con mis ojos todo el comedor y el pedazo de patio y buscaba un lugar para que cupiera aquel enorme cuerpo de pez. Si llegaba hasta allá, hasta la piletta, sería tan grueso que no cabría sino abriendo las dos hojas de la puerta.

Pero Marcello quería pescarlo.

—Preparemos un anzuelo grande, dijo Marcello.

—Mejor lo dejamos perder, Marcello, dijo Antonio. Es un pescado grande.

—Por eso quiero pescarlo.

—Es grande, Marcello. Éste es muy grande.

—¡Así eres pescador, tú!

Rafael ya tenía el anzuelo en la mano. Doménico había hurgado en la proa y había sacado el anzuelo que él conocía bien, grande como una mano y prendido a una cadena, y se lo había alcanzado a Rafael.

—¡Prepara el cabo, tú!, le gritó Marcello.

El mar ya se había puesto azul profundo. Al Este las estrellas se borraban. Mientras terminaban de levantar los palangres, Rafael ató un cabo a la cadena del anzuelo.

—Quince brazas tiene.

—Hay otros tres a popa. Iguales.

—¿Y qué esperas? ¡Prepáralos!

Un rollo quedó ordenado a proa, y cada uno de los otros detrás de cada uno de los bancos. Yo estaba siem-

pre a proa, colgado; era un chiquilín, poco más grande que éste, dijo señalándome. Y a mí, que estaba de rodillas sobre una silla y con los codos apoyados en la mesa, la silla y la mesa se me convirtieron en una barca, y el comedor que nos rodeaba se hizo un profundo y extenso mar habitado por seres enormes y poderosos que rondaban invisibles. Así, como está él estaba yo, colgado a la proa, y, mirando el mar, lo vi. Era grande. El comedor sólo tenía una lámpara sobre la mesa y alrededor de ésta caía una manta de sombra en la que reconocí al enorme pez que rodeaba la barca.

—¡El pescel! ¡El pescel!, gritó el niño, Doménico, que colgado sobre la proa había visto pasar una gran sombra.

Marcello buscó un pescado grande, lo ensartó en el anzuelo que le alcanzaba Rafael, y lo tiró al mar; lo hizo pasar por la corredera de proa y luego le dio una vuelta en el tolete de un remo.

—¡Cuidado! ¡Los cabos no están atados!

Pero el pez ya había mordido. El primer tirón sacudió toda la barca. Yo me aferré a los bordes de la mesa.

—¡Ata el otro cabo!

Mientras gritaba, Marcello dejaba correr el cabo que tenía entre las manos. Pero el pez tiraba con fuerza y rapidísimamente.

—¡Suelta, Marcello! ¡Suelta todo!

Marcello tuvo que soltar. El cabo le quemaba las manos, pero el segundo ya estaba atado.

—¡Ata los otros! ¡Ata! El cable giraba sobre el tolete zumbando. La barca empezaba a ser arrastrada mar afuera. Ya habían sido atadas las otras cuerdas. El extremo de la última fue atado al primer banco. El tolete humeaba. Yo no me soltaba de los bordes de la mesa. Antes que el último cabo se desenroscara el nudo se atascó en la corredera; se sintió el crujido de las maderas y la violenta vibración de la cuerda que quedaba tensa y se hundía recta en el mar. La barca corría arrastrada por el monstruo invisible que, hundido delante, tiraba. La proa levantaba olas a los lados.

—¡E un vaporel, gritó, gozoso, Doménico, encaramado en la proa. Como un vapor. El agua saltaba a los costados.

—¿Tan ligero, tío?

—¡Ligero...! ¿No te digo que iba como un vapor? El mar se levantaba delante un tanto así, dijo, poniendo la mano plana a la altura de la mesa para indicar el alto de las olas.

—¿Y no caía adentro, el agua?

—Poco. Salpicaba. Yo estaba todo mojado ya. ¡Pero era una barca la de Marcello! Tenía la proa alta y así, dijo, y juntando las manos figuró una proa aguda que partía el agua navegando sobre el hule en el que yo advertí entonces móviles festones de espuma y, por debajo, grandes y confusas sombras huidizas. Pero Antonio se había asustado, por eso le gritó:

—¡Larga, Marcello! Mira cómo tira. ¡Larga!

—Larga, larga... ¿Ahora vamos a largar? ¿Así eres pescador, tú? La pesca es esto.

—Es grande, Marcello. Tú ves que nos lleva.

—Antes de llegar a América se va a cansar.

Pero no se cansaba. La barca andaba rápida y con un rumbo firme: mar afuera. El cielo ya estaba claro. Detrás, muy lejos, el cabo Palinuro, esa misma peña que yo veía adelantándose en el mar, con una población a su lado; arriba las montañas desde donde yo miraba aquella misma pulida e inmensa extensión marina viva, desierta. La barca corría.

—¿Y hasta cuándo, ahora?

—Hasta que se canse.

Pero de pronto la barca se detuvo. El cabo pendía, muerto, a proa.

—¡Iza! ¡Iza!

Recogían las cuerdas. Habían recogido ya casi dos tramos cuando él vio otra vez al animal.

—¡Está allí!

A veinte metros de la barca una aleta triangular emergió, giró, enderezó otra vez al Este, y desapareció. La cuerda se fue separando hacia estribor.

—¡Cuidado que vuelve a tirar!

Tuvieron que ir soltando de nuevo la cuerda. Yo quedé otra vez prendido a la mesa que no había alcanzado a soltar totalmente. Y fue otra carrera hacia tierra. Cambiaron así de rumbo tres veces. Cada vez la barca giraba sobre sí misma. Nunca tenían tiempo de recoger más de dos cuerdas: la nueva carrera empezaba en se-

guida. Al fin, en la última, la bestia parecía decidida a hacerlos perderse en el mar. Detrás sólo se veían con claridad las cumbres azules de las montañas sobre las que ardía el sol, esa misma altura desde la cual yo miraba entonces la ancha extensión marina y el lejano punto apenas móvil de una barca pescadora. Allá había sido. Desde tierra seguramente no se la habría visto mover. Sin embargo, era una navegación empeñosa, constante, empecinada. La bestia nadaba segura, como si la guiara una intención. Pero ahora nadaba más lentamente:

—Se cansa.

—Se cansa, sí.

—Pero el cabo no afloja.

La cuerda que salía de proa estaba tensa, firme, pero cambiaba de ángulo: el animal se hundía.

—¡Se va al fondo! ¡Mala bestia!

La barca avanzaba apenas.

—¡Déjalo que se hunda!

—¡Que se hunda!

Pero cuando la cuerda caía ya verticalmente en el mar, se aflojó. Casi no tuvieron tiempo de tirar de ella, porque se tensó violentamente de nuevo y se sintió la fuerte sacudida del tirón, pero hacia abajo, ahora. Las maderas crujieron y la popa se alzó. "Así, se puso la barca", dijo inclinando la mano y el antebrazo en un ángulo violento contra la mesa. Yo, que estaba asido a sus bordes como si fueran la borda de la barca, estiré de golpe los brazos para alejarme de aquella agua honda hacia la que me arrastraba esa inesperada inclinación.

—¡A popa!, gritó Rafael.

—¡Suelta, Marcello!

—¡Ahora, voy a soltar! ¡Firmes a popa! ¡Todos!

La cuerda se volvió a aflojar. Y en seguida, otra vez, el mazazo del tirón hacia el fondo. Aquella sombra, que podía destizarse en torno de la barca con la soltura de una hebra de humo, había hecho sólida y corpórea toda la hondura del mar y se agitaba allí abajo empeñada en hundirse en el abismo arrastrando consigo aquel hilo que era su destino. Ya no saldría más. La barca crujía. En uno de los momentos en que aflojó, la cuerda se salió de la corredera y quedó prendida de uno de los toletes de los remos: dos saltaron a proa para reponerla, para que la barca no recibiera el golpe en una banda, pero el tirón que dio en ese momento puso la borda al nivel del mar. Fue el cuchillo de Marcello el que cortó el cabo. La barca quedó como ciega, sin destino, flotando simplemente sobre el mar. Debajo, inhallable ya, en el abismo, se movía sin duda una sombra todavía viva. Y perdida.

MIRO EL MAR

La extensión brillante del mar se perdía en un horizonte limpio. No había olas o no se las veía desde la altura. El sol caía ya verticalmente y levantaba el olor de la vegetación recalentada y de la tierra que perdía la humedad del rocío. A lo lejos, junto a la proa de la barca, brillaban por instantes algunos reflejos.

Encendí el motor. El ruido rompió aquella quietud en cuyo silencio reverberaba el zumbido de un invisible insecto. El camino, además de malo era muy angosto, y en sus bordes se despeñaba la ladera cubierta de vegetación. Me acerqué a la curva muy lentamente. Cuando ya la iniciaba me detuve. Junto al camino había algunos árboles altos. Detrás, entre las ramas, seguía viendo el mar. El ruido familiar del motor me había puesto en otro lugar, pero además el mar, visto detrás de aquellos árboles, era también otro. El automóvil adelantó un poco. ¡Sí! Hacía pocos años, sin embargo. Volví a detener el automóvil y me bajé. Cuando di unos pasos sobre las piedras sueltas del camino, el ruido de los zapatos se unió a todo lo demás. Hasta creí sentir otros pasos junto a los míos. Pero no me di vuelta: ahora ya sabía. La altura era menor sin duda, pero también se veía el mar entre los árboles aquel día de invierno, cuando caminábamos por una avenida lateral del cementerio del Buceo. El día era de sol y el cielo puro.

Desde lo alto, entre los pinos, el río era también azul. Mi padre caminaba al otro lado del ataúd. Sobre nuestras cabezas oíamos el viento entre las ramas. El grupo iba en silencio: sólo se oía el rumor de los pasos sobre la grava del camino.

INDICE

<i>Prólogo</i>	VII
<i>Bibliografía</i>	XLI
<i>Criterio de la edición</i>	XLIII

LOS FUEGOS DE SAN TELMO

Primera parte

EL PUERTO

1. Su ausencia me rodea.....	7
2. Comprábamos pescados.....	9
3. Mi búsqueda.....	11
4. Paseamos por el puerto y hablamos de Marina di Camerota.....	12
5. Lo busco en un campo de América.....	16
6. El pique.....	18
7. El brasero y el reloj.....	29
8. Tejía el mediodiurno y me contaba historias.....	34
9. El Pontón.....	40
10. La polea en lo alto.....	46
11. Una lucha con lo que no sabemos.....	50

Segunda parte

EL VIAJE

12. Lo recuerdo en Nápoles.....	53
13. Mi recuerdo se confunde con sueños y con mitos.....	57
14. Sigo hacia el Sur.....	63
15. Los fuegos de San Telmo.....	66

16.	En las montañas de Lucania.....	73
17.	El encuentro con los <i>briganti</i>	76
18.	Ahora descendiendo hacia el mar (Ellos hablaban con sus muertos).....	82

Tercera parte

MARINA DI CAMEROTA

19.	Llego a Marina di Camerota.....	91
20.	En la casa de la prima.....	104
21.	Conozco la casa que le compró a su madre y visito a sus hermanas.....	107
22.	El baúl verde y un pájaro negro.....	115
23.	Me hospedo en la casa de Antonio.....	128
24.	El padre de Vicenza.....	132
25.	Cambiamos regalos.....	140
26.	La pesca del <i>pescecone</i>	145
27.	Miro el mar.....	153

Biblioteca Artigas
Colección de Clásicos Uruguayos

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. — Carlos María Ramírez: ARTIGAS.
2. — Carlos Vaz Ferreira: FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyes: EL TERRUÑO - PRIMITIVO.
4. — Eduardo Acevedo Díaz: ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY (TOMO I).
8. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY (TOMO II).
9. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS LITERARIOS.
10. — Sansón Carrasco: ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS CONSTITUCIONALES.
12. — José P. Massera: ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: FAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellán: DOÑA RAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz: SOLEDAD Y EL COMBATE DE LA YATERA.
16. — Álvaro Armando Vassent: TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez: NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ.
19. — Javier de Viana: CAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.
21. — José Enrique Rodó: MOTIVOS DE PROTEO (TOMO I).

22. — José Enrique Rodé: MOTIVOS DE PROTEO (Tomo II).
23. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO (Tomo I).
24. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO (Tomo II).
25. — Daniel Granada: VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO (Tomo I).
26. — Daniel Granada: VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO (Tomo II).
27. — Francisco Xavier de Viana: DIARIO DE VIAJE (Tomo I).
28. — Francisco Xavier de Viana: DIARIO DE VIAJE (Tomo II).
29. — León de Palleja: DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY (Tomo I).
30. — León de Palleja: DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY (Tomo II).
31. — Pedro Figari: ARTE, ESTÉTICA, IDEAL (Tomo I).
32. — Pedro Figari: ARTE, ESTÉTICA, IDEAL (Tomo II).
33. — Pedro Figari: ARTE, ESTÉTICA, IDEAL (Tomo III).
34. — Santiago Maciel: NATIVUS.
35. — Alejandro Magariños Cervantes: ESTUDIOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE EL RÍO DE LA PLATA (Tomo I).
36. — Alejandro Magariños Cervantes: ESTUDIOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE EL RÍO DE LA PLATA (Tomo II).
37. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS (Tomo I).
38. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS (Tomo II).
39. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS (Tomo III).
40. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS (Tomo IV).
41. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS (Tomo V).
42. — Juana de Ibarbourou: LAS LENGUAS DE DIAMANTE.
43. — Eduardo Dieste: TESO - LOS PROBLEMAS DEL ARTE.

44. — José Enrique Rodó: ARIEL - LIBERALISMO Y JACOBINISMO.
45. — Mateo Magariños Solórzano: PASAR.
46. — Héctor Miranda: LAS INSTRUCCIONES DEL AÑO XIII (Tomo I).
47. — Héctor Miranda: LAS INSTRUCCIONES DEL AÑO XIII (Tomo II).
48. — Martín C. Martínez: ANTE LA NUEVA CONSTITUCIÓN.
49. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS. LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO (Tomo I).
50. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS. LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO (Tomo II).
51. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS. LA LEGISLACIÓN ESCOLAR (Tomo I).
52. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS. LA LEGISLACIÓN ESCOLAR (Tomo II).
53. — Eduardo Acevedo Díaz: NATIVA.
54. — Eduardo Acevedo Díaz: GRITO DE GLORIA.
55. — Carlos Roxlo: SELECCIÓN DE POESÍAS.
56. — Antonio D. Lussich: LOS TRES CAUCHOS ORIENTALES.
57. — Elías Regules: VERSOS CRIOLLOS.
58. — Osvaldo Crispo Acosta: MOTIVOS DE CRÍTICA (Tomo I).
59. — Osvaldo Crispo Acosta: MOTIVOS DE CRÍTICA (Tomo II).
60. — Osvaldo Crispo Acosta: MOTIVOS DE CRÍTICA (Tomo III).
61. — Osvaldo Crispo Acosta: MOTIVOS DE CRÍTICA (Tomo IV).
62. — Carlos Reyles: NENA.
63. — Eduardo Acevedo Díaz: LANZA Y SABLE.
64. — Juan Zorrilla de San Martín: CONFERENCIAS Y DISCURSOS (Tomo I).
65. — Juan Zorrilla de San Martín: CONFERENCIAS Y DISCURSOS (Tomo II).
66. — Juan Zorrilla de San Martín: CONFERENCIAS Y DISCURSOS (Tomo III).

67. — José P. Varela-Carlos María Ramírez: EL DESTINO NACIONAL Y LA UNIVERSIDAD - POLEMICA (Tomo I).
68. — José P. Varela-Carlos María Ramírez: EL DESTINO NACIONAL Y LA UNIVERSIDAD - POLEMICA (Tomo II).
69. — Delmira Agustini: ANTOLOGÍA.
70. — Javier de Viana: SELECCIÓN DE CUENTOS (Tomo I).
71. — Javier de Viana: SELECCIÓN DE CUENTOS (Tomo II).
72. — Juan Manuel de la Sota: HISTORIA DEL TERRITORIO ORIENTAL DEL URUGUAY (Tomo I).
73. — Juan Manuel de la Sota: HISTORIA DEL TERRITORIO ORIENTAL DEL URUGUAY (Tomo II).
74. — Benjamín Fernández y Medina: CUENTOS.
75. — Joaquín Torres García: LA RECUPERACIÓN DEL OBJETO (Tomo I).
76. — Joaquín Torres García: LA RECUPERACIÓN DEL OBJETO (Tomo II).
77. — Agustín de Vedia: LA DEPORTACIÓN A LA HABANA.
78. — Martín C. Martínez: ESCRITOS SOCIOLOGICOS (1881-1885).
79. — José E. Rodó: EL MIRADOR DE PRÓSPERO (Tomo I).
80. — José E. Rodó: EL MIRADOR DE PRÓSPERO (Tomo II).
81. — Pedro Figari: EDUCACIÓN Y ARTE.
82. — Francisco Acuña de Figueroa: ANTOLOGÍA.
83. — Rómulo Riso: POESÍAS.
84. — Carlos Reytes: ENSAYOS (Tomo I).
85. — Carlos Reytes: ENSAYOS (Tomo II).
86. — Carlos Reytes: ENSAYOS (Tomo III).
87. — Ernesto Herrera: TEATRO COMPLETO (Tomo I).
88. — Ernesto Herrera: TEATRO COMPLETO (Tomo II).
89. — Víctor Pérez Petit: LOS MODERNISTAS (Tomo I).
90. — Víctor Pérez Petit: LOS MODERNISTAS (Tomo II).
91. — Laila Melián Lallinur: LAS MUJERES DE SHAKESPEARE.

92. — Dámaso Larrañaga: SELECCIÓN DE ESCRITOS.
93. — Prudencio Vázquez y Vega: ESCRITOS FILOSÓFICOS.
94. — Carlos Reyles: LA RAZA DE CAÍN.
95. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (Tomo I - Primera Parte).
95. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (Tomo I - Segunda Parte).
96. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (Tomo II).
97. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (Tomo III).
98. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (Tomo IV).
99. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (Tomo V).
100. — Francisco Bauzá: HISTORIA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN EL URUGUAY (Tomo VI).
101. — Horacio Quiroga: SELECCIÓN DE CUENTOS (Tomo I).
102. — Horacio Quiroga: SELECCIÓN DE CUENTOS (Tomo II).
103. — Carlos María Ramírez: CONFERENCIAS DE DERECHO CONSTITUCIONAL.
104. — Fernán Silva Valdés: ANTOLOGÍA.
105. — Yamandú Rodríguez: SELECCIÓN DE CUENTOS (Tomo I).
106. — Yamandú Rodríguez: SELECCIÓN DE CUENTOS (Tomo II).
107. — Justino Zabala Muñoz: CRÓNICA DE UN CRIMEN.
108. — Ramón Píriz Coelho: ANECDOTARIO DEL URUGUAYO SANTIAGO MARCOS.
109. — Otto Miguel Cloner: LAURACHA.
110. — Manuel Herrera y Obes - Bernardo Prudencio Berro: EL CAUDILLISMO Y LA REVOLUCIÓN AMERICANA - POLEMICA.

111. — Bernardo Prudencio Berro: ESCRITOS SELECTOS.
112. — Lorenzo Barbagelata: ESTUDIOS HISTÓRICOS.
113. — Julio Herrera y Reissig: OBRAS POÉTICAS.
114. — Gregorio Pérez Gomar: CONFERENCIAS SOBRE EL DERECHO NATURAL COMO INTRODUCCIÓN AL CURSO DE DERECHO DE GENTES.
115. — Gregorio Pérez Gomar: CURSO ELEMENTAL DE DERECHO DE GENTES (Tomo I).
116. — Gregorio Pérez Gomar: CURSO ELEMENTAL DE DERECHO DE GENTES (Tomo II).
117. — Francisco Espinola: RAZA CIEGA Y OTROS CIENTOS.
118. — Juan Andrés Ramírez: DOS ENSAYOS CONSTITUCIONALES.
119. — Rafael Barret: CARTAS ÍNTIMAS CON NOTAS DE SU VIUDA, FRANCISCA LÓPEZ MAÍZ DE BARRET.
120. — Andrés Héctor Lerena Acevedo: PRADERAS SOLEADAS Y OTROS POEMAS.
121. — Florencio Sánchez: TEATRO (Tomo I).
122. — Florencio Sánchez: TEATRO (Tomo II).
123. — Juan de Iberbouron: ANTOLOGÍA.
124. — Gustavo Gálizal: CRÍTICA Y ARTE - TIERRA ESPAÑOLA.
125. — Gustavo Gálizal: LETRAS URUGUAYAS.
126. — Horacio Quiroga: HISTORIA DE UN AMOR TURBIO.
127. — Pedro Leandro Ipuche: SELECCIÓN DE PROSAS (Tomo I).
128. — Pedro Leandro Ipuche: SELECCIÓN DE PROSAS (Tomo II).
129. — César Díaz: MEMORIAS.
130. — José M. Pérez Castellano: CRÓNICAS HISTÓRICAS.
131. — José M. Pérez Castellano: OBSERVACIONES SOBRE AGRICULTURA (Tomo I).
132. — José M. Pérez Castellano: OBSERVACIONES SOBRE AGRICULTURA (Tomo II).
133. — Roberto Sienra: PARÁFRASIS.

134. — Emilio Oribe: POÉTICA Y PLÁSTICA (Tomo I).
135. — Emilio Oribe: POÉTICA Y PLÁSTICA (Tomo II).
136. — José G. Antuña: UN PANORAMA DEL ESPÍRITU. EL "ARIEL" DE RODÓ (Tomo I).
137. — José G. Antuña: UN PANORAMA DEL ESPÍRITU. EL "ARIEL" DE RODÓ (Tomo II).
138. — Adolfo Montiel Bañesteros: SELECCIÓN DE CUENTOS.
139. — ANTOLOGÍA DE LOS POETAS MODERNISTAS MENORES.
140. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS SOCIALES Y ECONÓMICOS (Tomo I).
141. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS SOCIALES Y ECONÓMICOS (Tomo II).
142. — Francisco Soca: SELECCIÓN DE DISCURSOS (Tomo I).
143. — Francisco Soca: SELECCIÓN DE DISCURSOS (Tomo II).
144. — Francisco Soca: SELECCIÓN DE DISCURSOS (Tomo III).
145. — Francisco Bauza, José Pedro Ramírez, Agustín de Vedia, José Espalter, Gustavo Gallinai, Juan Zorrilla de San Martín, Felipe Ferreira: LA INDEPENDENCIA NACIONAL (Tomo I).
146. — Pablo Blanco Acevedo: LA INDEPENDENCIA NACIONAL (Tomo II).
147. — Carlos Ferrer: ÉPOCA COLONIAL. LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN MONTEVIDEO.
148. — Mariano B. Berro: LA AGRICULTURA COLONIAL.
149. — Pablo Blanco Acevedo: EL GOBIERNO COLONIAL EN EL URUGUAY Y LOS ORIGENES DE LA NACIONALIDAD (Tomo I).
150. — Pablo Blanco Acevedo: EL GOBIERNO COLONIAL EN EL URUGUAY Y LOS ORIGENES DE LA NACIONALIDAD (Tomo II).
151. — Luis Arcos Ferrand: LA CRUZADA DE LAS TREINTA Y TRES.
152. — Carlos María Ramírez: PÁGINAS DE HISTORIA.
153. — Valentín García Sáiz: EL NARRADOR GAUCHO, SELECCIÓN DE CUENTOS.
154. — Juan Zorrilla de San Martín: ENSAYOS. EL SERMÓN DE LA PAZ (Tomo I).

155. — Juan Zorrillo de San Martín: ENSAYOS. EL LIBRO DE RUTH (Tomo II).
156. — Juan Zorrillo de San Martín: ENSAYOS. BUERTO CERRADO (Tomo III).
157. — Francisco Acuña de Figueroa: DIARIO HISTÓRICO DEL SITIO DE MONTEVIDEO EN LOS AÑOS 1812-13-14 (Tomo I).
158. — Francisco Acuña de Figueroa: DIARIO HISTÓRICO DEL SITIO DE MONTEVIDEO EN LOS AÑOS 1812-13-14 (Tomo II).
159. — Luciano Lira: EL PARNASO ORIENTAL O GUARNALDA POÉTICA DE LA REPÚBLICA URUGUAYA (Tomo I).
160. — Luciano Lira: EL PARNASO ORIENTAL O GUARNALDA POÉTICA DE LA REPÚBLICA URUGUAYA (Tomo II).
161. — Luciano Lira: EL PARNASO ORIENTAL O GUARNALDA POÉTICA DE LA REPÚBLICA URUGUAYA (Tomo III).
162. — Mario Falcao Espalter: ENTRE DOS SIGLOS.
163. — Juan Antonio Rebella: PURIFICACIÓN. SEDE DEL PROTECTORADO DE "LOS PUEBLOS LIBRES" (1815-1818).
164. — Juan Zorrillo de San Martín: LA LEYENDA PATRIA.
165. — Carlos Sabat Erccasty: ANTOLOGÍA (Tomo I).
166. — Carlos Sabat Erccasty: ANTOLOGÍA (Tomo II).
167. — Serafín J. García: YACUROSSES.
168. — Serafín J. García: ANTOLOGÍA (Tomo I).
169. — Serafín J. García: ANTOLOGÍA (Tomo II).
170. — Bartolomé Hidalgo: OBRA COMPLETA.
171. — Juan E. Pível Devoto: DE LA LEYENDA NEGRA AL CULTO ARTIGUISTA.
172. — Enrique Amorim: LA CARRETA.
173. — Milton Stelardo: CUENTOS SELECTOS.
174. — María de Montserrat: EL VALS SECRETO.
175. — Francisco Espinola: SOMBRAS SOBRE LA TIERRA

176. — Arturo Ardao: ESPIRITUALISMO Y POSITIVISMO EN EL URUGUAY.


177. — Clara Silva: AVISO A LA POBLACIÓN.

178. — José Pedro Díaz: LOS FUEGOS DE SAN TELMO



Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Tradición S.A.
Mons. 1267 - Montevideo - Uruguay - Tel. 429 44 61, Diciembre de 2009
S.L. 346-525-08. Edición computarizada de mayo 2006 (Consultar el 2º tomo)

ISBN: 978-9974-36-132-4

 Argento Círculo de Oro

Esta edición del volumen
CLXXVIII de la Colección
de Clásicos Uruguayos fue
compuesta e impresa para
la Biblioteca Artigas del
Ministerio de Educación y
Cultura por Tradinco S.A.
Se terminó de imprimir en
Montevideo, a los 20 días
del mes de diciembre de
2008.